ANNE MORELLI

PRINCIPIOS ELEMENTALES DE LA PROPAGANDA DE GUERRA

(utilizables en caso de guerra fría, caliente o tibia)

F1ºM FUNDACIÓN PRIMERO DE MAYO

CATARATA

ANNE MORELLI

PRINCIPIOS ELEMENTALES DE LA PROPAGANDA DE GUERRA

(utilizables en caso de guerra fría, caliente o tibia)

F1ºM FUNDACIÓN PRIMERO DE MAYO

CATARATA

ANNE MORELLI

PRINCIPIOS ELEMENTALES DE LA PROPAGANDA DE GUERRA

(utilizables en caso de guerra fría, caliente o tibia)

F1ºM FUNDACIÓN PRIMERO DE MAYO

CATARATA

Índice

PRÓLOGO. LA HISTORIA INSOLENTE O ¿QUIÉN TEME A ANNE MORELLI?, por Michel Collon

¡GRACIAS, LORD PONSONBY!

1. NOSOTROS NO QUEREMOS LA GUERRA

2. EL ADVERSARIO ES EL ÚNICO RESPONSABLE DE LA GUERRA

3. EL ENEMIGO TIENE EL ROSTRO DEL DEMONIO (O "EL VILLANO DE TURNO")

4. ENMASCARAR LOS FINES REALES DE LA GUERRA PRESENTÁNDOLOS COMO NOBLES CAUSAS

5. EL ENEMIGO PROVOCA ATROCIDADES A PROPÓSITO. SI NOSOTROS COMETEMOS ERRORES E INVOLUNTARIAMENTE

6. EL ENEMIGO UTILIZA ARMAS NO AUTORIZADAS

7. NOSOTROS SUFRIMOS MUY POCAS PÉRDIDAS, LAS DEL ENEMIGO SON ENORMES

8. LOS ARTISTAS E INTELECTUALES APOYAN NUESTRA CAUSA

9. NUESTRA CAUSA TIENE UN CARÁCTER SAGRADO

10. LOS QUE PONEN EN DUDA LA PROPAGANDA DE GUERRA SON UNOS TRAIDORES

DE LORD PONSONBY A JAIME SHEA

EPÍLOGO. TIEMPOS CONVULSOS PARA LA PROPAGANDA, por Rafael Poch

NOTAS

Hitos

Cover

Índice de contenido

Página de título

Página de copyright

Prólogo

Anne Morelli

Anne Morelli es una historiadora belga y profesora honoraria de la Universidad Libre de Bruselas, donde enseñó durante 40 años. A uno de sus cursos, titulado "Crítica histórica aplicada a los medios de comunicación modernos", asistían cada año más de mil estudiantes. Dedicó un capítulo a los mecanismos de la propaganda de guerra y lo convirtió en un pequeño volumen titulado Principes élémentaires de propagande de guerre. El libro, que se ha reeditado y actualizado periódicamente desde su primera edición en 2001, se ha convertido en un "clásico" y ya se ha traducido a ocho idiomas (incluidos el japonés y el esperanto). En él describe los mecanismos esenciales de la propaganda moderna, utilizados tanto durante la Primera Guerra Mundial como en otros conflictos del siglo XX (Yugoslavia, las guerras del Golfo, Afganistán, Irak, etc.) y más recientemente.

Anne Morelli

Principios elementales de la propaganda de guerra

(utilizables en caso de guerra fría, caliente o tibia)

Prólogo de Michel Collon

Epílogo de Rafael Poch

CATARATA

F1ºM FUNDACIÓN PRIMERO DE MAYO

Diseño de cubierta: Pablo Nanclares

Traducción: Odile Jaclot

© Anne Morelli, 2025

© Los libros de la Catarata, 2025

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

© FUNDACIÓN 1º DE MAYO

LONGARES, 6

28022 MADRID

WWW.1MAYO.CCOO.ES

Principios elementales de la propaganda de guerra.

(UTILIZABLES EN CASO DE GUERRA FRÍA, CALIENTE O TIBIA)

isbne: 978-84-1067-219-2

ISBN: 978-84-1067-246-8

DEPÓSITO LEGAL: M-3.054-2025

thema: JPV/JPWC/JWX

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Prólogo

La historiadora insolente o

¿quién tiene miedo de Anne Morelli?

¿Cómo? ¿Estamos cayendo en las mismas trampas propagandísticas que nuestros bisabuelos durante la guerra del 14-18? ¿Estamos dejándonos llevar por relatos e imágenes de atrocidades burdamente manipuladas? ¿Estamos aceptando, también con docilidad, la calificación de nobles guerras humanitarias sin ver los sórdidos trasfondos? Parece que hemos olvidado la advertencia del escritor Anatole France, que a principios del siglo XX dijo: “Creemos morir por la patria y morimos por los industriales” (N. B. reemplazar “la patria” por “la democracia”, “la paz”, o “los derechos del hombre” según las circunstancias).

Anne Morelli es una historiadora belga de gran renombre, muy admirada por muchos y temida por otros. Una mujer “peligrosa”. ¡Qué os parece! Solo porque no quiere permanecer encerrada en las polvorientas bibliotecas ni en los círculos académicos que huelen a naftalina y porque quiere enseñarnos algo sobre nuestra vida en los tiempos actuales.

Por ejemplo, se descuelga de pronto entre nosotros y nuestro inevitable telediario para cantarnos con desparpajo las verdades del barquero:

Vosotros, los que estáis ahí, sí, vosotros, mis contemporáneos, que os creéis superiores a las generaciones precedentes y que os consideráis vacunados contra esta propaganda de guerra simplista y burda que engañó a nuestros padres, a nuestros abuelos, a nuestros bisabuelos, ¿estáis seguros de que lo que os dicen ha sido así? Haríais mejor examinando más de cerca lo que acaban de deciros vuestros medios de comunicación, porque puede que os lo hayáis tragado ¡No hay que remontarse a 50 o 100 años atrás!, sino a ayer mismo, durante la guerra contra Irak, Yugoslavia, Rusia y Palestina.

Existe un paralelismo abrumador.

¿Quién tiene que temer a Anne Morelli? Desde luego, no el público, ya que este enjundioso libro nos ofrece un magnífico regalo: los instrumentos para descubrir y desenmascarar las mentiras mediáticas.

¿Quién tiene que temer a Anne Morelli? Los medios de comunicación. Al menos aquellos que, de forma complaciente, se alinean con los poderes. La historiadora insolente y molesta selecciona algunos de ellos, belgas o franceses; sin embargo, en estos tiempos de pensamiento único mundializado, os será fácil reemplazar ciertos nombres y reconocer en su lugar a los vuestros propios.

He aquí el camino fundamental: aplicar a los medios de comunicación de hoy las exigencias científicas de los historiadores. Hace bastantes años, siendo estudiante en una facultad de letras en Bruselas, por cierto, muy tradicional, me gustó mucho un curso sobre “crítica histórica”.

Como si nada, un profesor, con una apariencia muy común, nos explicó en qué condiciones podía uno confiar en un documento o en un testimonio histórico y cómo distinguir los falsos y los dudosos. Nos dijo que no porque 100 fuentes repitan la misma “información” esta debe ser tenida por verdadera. Si, por ejemplo, todas son fuentes “indirectas” —que en realidad se asientan en una sola— y si, por otra parte, esta fuente es poco fiable —porque se ha descubierto que no se ajusta a la verdad o tiene intereses en el asunto en cuestión— entonces estas 100 fuentes valen menos que una sola. Menos que ninguna.

Años más tarde, este curso me vino a la memoria y me ha ayudado mucho para poner a prueba la información sobre la guerra del Golfo en mi libro ¡Ojo con los media!

No me cabe duda de que hay que aplicar este principio científico de la crítica histórica a los medios de comunicación. ¿Por qué razón no debería someterse la información de hoy a las mismas exigencias

que los documentos históricos de ayer? Igual que se verifica la calidad sanitaria de los productos alimentarios, por ejemplo, ¿por qué no hacer lo mismo con la información? Sería de gran utilidad pública que las personas se organizaran para analizar sus medios de comunicación en temas concretos.

Anne Morelli nos ayuda mucho a esto. Forma parte de esos historiadores que acuden al pasado para esclarecer el presente. Y también el porvenir, ya que la cuestión más importante es el mañana. ¿Caeremos de nuevo en la trampa o resistiremos, organizando la contrainformación activa al aplicar el principio de que "todos somos periodistas"? ¿No tenemos el deber de oponernos a estas mentiras mediáticas que matan desde el momento en que hacen que la opinión acepte guerras injustas y en absoluto "limpias"?

Además, en este libro no hay solo una mujer, también hay un hombre. Un tal lord Ponsonby, por el que Anne siente una debilidad comprensible y al que, con razón, da las gracias.

Un sorprendente aristócrata inglés que desenmascara a su propia clase dirigente, un diplomático que planta cara y nos muestra los secretos de la engañifa. No es extraño que no nos hayan hablado de él en la escuela. Habría hecho falta reescribir una buena parte de los manuales de historia contemporánea. En definitiva, también se trata de un hombre peligroso.

Desgraciadamente, si habíais creído que este prólogo iba, como tantos otros, a resumir el libro y ahorraros su lectura, os habéis equivocado. Para descubrir la sorprendente historia del aristócrata traidor y de la historiadora insolente, será preciso que leáis el libro. Y no lo lamento, porque es divertido a más no poder.

Michel Collon

¡Gracias, lord Ponsonby!

Cuando la Universidad Libre de Bruselas me confió el curso de Crítica Histórica, el profesor Stengers, que me había formado, me aconsejó dos obras como libros de cabecera y básicos para ese curso.

El primero era un libro de Jean Norton Cru, sobre los "testimonios", que cuestionaba muchas ideas sobre la veracidad de los relatos de los testimonios en tiempo de guerra[1]. El segundo era la turbadora obra de Arthur Ponsonby, publicada en Londres en 1928, titulada Falsedad en tiempos de guerra[2].

El propio autor es un personaje fascinante, que merece ser tratado con calma, pues es de su estimulante reflexión sobre la propaganda de guerra durante la Primera Guerra Mundial de donde nace, casi un siglo más tarde, esta obrita.

Arthur Ponsonby (1871-1946) nace en el más eminente de los linajes británicos. En efecto, este barón nació en el propio castillo de Windsor, puesto que su padre era nada más y nada menos que el secretario particular de la reina Victoria.

Tras sus estudios en Eton y Oxford —como era obligado en ese ambiente—, entró en la diplomacia británica y enseguida lo hizo en la Cámara de los Comunes como miembro del Partido Liberal (¡lo cual ya era una osadía en esos tiempos!).

En 1914 se mostró contrario a la entrada de Gran Bretaña en la guerra, razón por la cual abandonó su partido (lo que no era un acto banal para un aristócrata de la época) para irse al Partido Laborista, del que fue representante en la Cámara de los Comunes y luego en la de los Lores.

Colaboró con los Gobiernos laboristas, fue subsecretario de Estado para Asuntos Exteriores y ministro de Transportes y, posteriormente, líder de la oposición laborista en la Cámara de los

Lores.

Cuando en 1940 el partido laborista apoyó a la Unión Sagrada, Arthur Ponsonby, fiel a sus convicciones pacifistas, rompió con él.

En octubre de 1914 fundó, junto a tres liberales ingleses de renombre (Norman Angell, Edmund D. Morel y Trevelyan) y al líder del partido laborista (Ramsay MacDonald), la Union of Democratic Control, cuyo fin era ejercer un incesante control público sobre la política exterior de Gran Bretaña. A pesar de las persecuciones de que fueron objeto sus miembros[3], la Union publicó, durante y después de la Gran Guerra, panfletos que combatían la propaganda oficial del Gobierno británico.

Extendió su acción al extranjero, sobre todo a través de su revista mensual Foreign Affairs, que tenía como frase de cabecera A Journal of International Understanding.

En Francia, la Union of Democratic Control (UDC), de la que Ponsonby era uno de los fundadores, tenía como afiliados a la Société d'Études sur la Guerre y a la Union Populaire pour la Paix y dirigió la publicación de la obra de Georges Demartial titulada Cómo se movilizan las conciencias[4].

Arthur Ponsonby era pacifista y, evidentemente, no negaba que la guerra fuera la ocasión para que se produjeran innumerables atrocidades, actos de violencia y barbarie. Sin embargo, en su libro se dedicó a desmontar muchas de las mentiras, inventadas y propagadas durante la Primera Guerra Mundial, con el fin de insuflar en las poblaciones indignación, horror y odio, es decir, para encender las pasiones populares y —en el caso de Gran Bretaña, en donde el servicio militar no era obligatorio— asegurarse el reclutamiento de suficientes voluntarios.

Describía las mentiras vertidas en Alemania[5], Francia[6], Estados Unidos[7] e Italia[8], pero, sobre todo —dada su posición en Gran Bretaña—, pudo analizar con detalle las de su propio país, en donde el servicio oficial de propaganda estaba en manos de Lord Northcliffe[9].

Arthur Ponsonby describió algunos mecanismos básicos de la

propaganda de guerra, que pueden resumirse en “diez mandamientos”. Yo he sistematizado estos diez mandamientos en sendos capítulos que forman la trama de esta obra. Para cada uno de los principios elementales de la propaganda de guerra, me he dedicado a demostrar que no eran solo propios de la Primera Guerra Mundial, sino que después también se han utilizado con regularidad por las partes implicadas de distintos conflictos, incluso en los más recientes.

No intentaré averiguar la pureza de las intenciones de unos u otros. Aquí no busco saber quién miente o dice la verdad, quién tiene buena fe y quién no. Mi único propósito es ilustrar los principios de la propaganda, unánimemente utilizados, y describir sus mecanismos.

Y aunque la demostración es más fácil al hablar de las guerras “calientes”, las guerras frías o tibias tampoco escapan a la aplicación de los viejos principios de Ponsonby, tan cómodos y eficaces…

Anne Morelli

1. Nosotros no queremos la guerra

Arthur Ponsonby ya había señalado que los hombres de Estado de todos los países, al menos en la historia moderna, antes de declarar una guerra o en el mismo momento de su declaración, siempre aseguraban previa y solemnemente que ellos no la querían. Porque la guerra y su cortejo de horrores son, en efecto, muy poco populares a priori y por eso queda bien presentarse como enamorados de la paz.

En 1914 el Gobierno francés recurrió a todo con tal de proclamar que la movilización no significaba la guerra, sino, al contrario, el mejor medio de asegurar la paz.

El 19 de agosto de 1915, en el Reichstag, el canciller alemán aseguró: "Nosotros no hemos querido la guerra. Tras la fundación del imperio, cada año de paz nos aporta una ganancia: nosotros prosperamos con la paz"[10].

En la Conferencia de Washington de noviembre de 1921 y a propósito de la reducción de los armamentos, Aristide Briand, amnésico en cuanto a las guerras de Napoleón o de Luis XIV y respecto a las exigencias francesas en Versalles, se atrevió a afirmar: "A lo largo de su historia, el pueblo francés jamás ha sido imperialista o militarista, y tampoco ningún pueblo victorioso hubiera mostrado la moderación de Francia"[11].

La Segunda Guerra Mundial no fue la excepción de la regla y aunque no nos asombre el hecho de que nuestros aliados se declarasen comprometidos con la paz, descubriremos estupefactos que en las declaraciones de las potencias del Eje se decía lo mismo.

Es curioso, por ejemplo, observar en paralelo la actualidad de Estados Unidos y Japón cuando esos dos países entraron en guerra en 1941, porque el almirante Tojo y el presidente Roosevelt mantuvieron por entonces casi textualmente el mismo discurso. Se

autoproclamaban pacifistas y contrarios a la guerra[12].

Este fue un tema frecuente en los discursos de Franklin Roosevelt. Por ejemplo, cuando el 16 de mayo y el 10 de julio de 1940, en su mensaje al Congreso pidiendo créditos enormes para crear un ejército más grande y mejor organizado, aseguraba: “No solo cualquier ciudadano americano, sino cualquier Gobierno en el mundo, sabe que nos oponemos a la guerra. Nosotros no emplearemos las armas en una guerra de agresión, no enviaremos a Europa a nuestros soldados a participar en guerras. Pero rechazaremos la agresión contra Estados Unidos o el hemisferio occidental”[13].

Pero también dijeron lo mismo Hitler, el mariscal Göring y Von Ribbentrop en 1939, así como el presidente del Consejo francés, Édouard Daladier, quien, sin duda, sinceramente, intentó retrasar el estallido de la guerra…

Si consultamos los documentos diplomáticos publicados por el Gobierno francés durante el periodo inmediatamente anterior a la Segunda Guerra Mundial[14], veremos que abundan los ejemplos contradictorios de estas “voluntades de paz”.

Ya en 1936, en el acuerdo austro-alemán firmado por los Gobiernos del Reich y del Estado Federal de Austria, estos declaraban modificar sus relaciones “con la convicción de aportar una preciosa contribución a la evolución general de Europa con vistas al mantenimiento de la paz”[15].

En 1938, durante la crisis que desembocaría en el desmantelamiento de Checoslovaquia, Hitler declaró en su discurso del Palacio de los Deportes de Berlín[16] sobre su encuentro con Chamberlain: “Le he asegurado que el pueblo alemán no quiere otra cosa más que la paz, pero también le he declarado que no puedo hacer retroceder los límites de nuestra paciencia”.

En este mismo discurso, un año antes de la invasión de Polonia, citó el acuerdo germano-polaco como un modelo: “Estamos convencidos de que este acuerdo conducirá a una pacificación duradera. Nos damos cuenta de que hay dos pueblos que deben vivir uno al lado del otro. El elemento decisivo es que los dos Gobiernos, y todos los

hombres razonables y clarividentes de los dos pueblos y de los dos países, tengan la firme voluntad de mejorar continuamente sus relaciones"[17]. Esta "voluntad de paz" es ciertamente uno de los leitmotivs de las declaraciones del Führer.

Acerca de las relaciones franco-alemanas, manifestó al embajador de Francia en Berlín: "Deseo que estas relaciones sean pacíficas y buenas, y no se me ocurren razones para que no lo sean. No hay ningún motivo para una guerra entre Alemania y Francia"[18].

El 15 de marzo de 1939 Hitler y el presidente del Estado checoslovaco, Emil Hácha, firmaron un acuerdo que se inició con la declaración de "la convicción de que el fin de todos los esfuerzos debe ser asegurar la tranquilidad, el orden y la paz en esta parte de Europa central"[19].

Von Ribbentrop, aludiendo a las relaciones entre Alemania y Polonia, declaró al monseñor Tiso, jefe del Gobierno eslovaco: "El Führer no quiere la guerra. No se decidirá por ella más que muy a su pesar"[20]. También Göring, dirigiéndose a los obreros de Rheinmetall a principios de agosto de 1939, les afirmaba que "el Reich no quería la guerra, que esperaba, lleno de calma y confianza en el Führer, la paz que deseaba, pero que se defendería si le rechazaban esa paz o si alguien cometía la tontería de sumir a Europa en una guerra"[21].

Cuando Hitler escribió al presidente del Consejo de Ministros francés, Édouard Daladier, el 27 de agosto de 1939, le aseguró su voluntad de paz en términos que serían casi creíbles si no se conociera la violencia de sus proyectos reales, elaborados desde hacía tiempo: "Como antiguo combatiente, conozco como usted el horror de la guerra. Debido a esta mentalidad y a la experiencia, también me he esforzado fielmente a eliminar cualquier causa de conflicto entre nuestros dos pueblos".

Aseguraba haber renunciado a Alsacia y Lorena: "Pensaba, con esta renuncia y con esta actitud, haber eliminado cualquier elemento de conflicto concebible entre nuestros dos pueblos que pudiera conducir a una repetición de la tragedia de 1914-1918 […]. Nosotros hemos renunciado a Alsacia y Lorena para evitar un nuevo derramamiento de sangre"[22].

Simultáneamente, Hitler escribió también al Gobierno británico para que no tuviera dudas sobre sus intenciones pacíficas. Expresó una vez más que "el Gobierno del Reich desea sinceramente un entendimiento, una cooperación y una amistad anglo-alemana"[23].

Y cuando convocó al Reichstag el 1 de septiembre de 1939 para anunciar la invasión de Polonia, Hitler aún insistió en sus sentimientos pacíficos y en sus esfuerzos por mantener la paz:

Siempre he tratado de obtener un examen de esta situación por medios pacíficos. Es mentira hacer creer que nosotros hemos recurrido siempre a la violencia. En todas las ocasiones, y no solo una vez, sino varias, he intentado conseguir modificaciones indispensables por la vía de las negociaciones […]. En vano, he intentado resolver amistosamente las cuestiones de Austria, de los Sudetes, de Bohemia y Moravia […]. Quiero que en las relaciones entre Alemania y Polonia se produzca un giro que haga posible una colaboración pacífica entre los dos pueblos[24].

El panorama es obviamente paralelo —pero menos sorprendente— en nuestro campo.

En una conversación mantenida el 15 de agosto de 1939, el embajador francés en Berlín ofreció al secretario de Estado de Asuntos Exteriores alemán una imagen de Francia en vísperas del desencadenamiento de la guerra como "el trabajo, tranquilo y pacífico pero dispuesto a todos los sacrificios, por defender su honor y su lugar en el mundo"[25].

El 2 de septiembre de 1939, al anunciar el estallido de la guerra a la Cámara de Diputados, Édouard Daladier retomó este tema y —olvidando el pasado colonial de Francia— exclamó: "No son los franceses quienes se levantarán para invadir el territorio de un país extranjero"[26]. Su "llamada a la nación" del 3 de septiembre de 1939 también se centró en la reafirmación de su voluntad de paz: "Soy consciente", dijo en esta ocasión el presidente del Consejo francés, "de haber trabajado hasta el último minuto y sin tregua ni descanso

contra la guerra”[27].

Las declaraciones más recientes expresan ese mismo deseo pacifista. En octubre de 2019, el presidente turco Recep Tayyip Erdogan envió a su ejército al norte de Siria con la intención de neutralizar a los kurdos armados del Partido de Unión Democrática, Ankara bautizó a esta operación militar como Fuente de Paz.

Podemos encontrar esta misma devoción por la paz en las propuestas de Donald Trump. En enero de 2020 el presidente de Estados Unidos ordenó el lanzamiento de un misil que acabó con la vida del general iraní Qassem durante su visita a Bagdad.

La respuesta iraní no se quedó atrás: dispararon 22 misiles contra las bases estadounidenses de la región. Pese a todo, Trump presentó su estrategia como un “plan de paz de Oriente Próximo” y el diario francés Le Figaro lo titulará como “Irán se moviliza contra el plan de paz de Donald Trump”[28].

Incluso la alianza militar de la OTAN, que durante tres meses bombardeó Yugoslavia —que no había amenazado a ningún país miembro— y atacó Irak, proclama que su objetivo es garantizar una paz duradera.

Si a todos los jefes de Estado y de Gobierno los mueven unas voluntades de paz similares, podemos preguntarnos, inocentemente, por qué a veces (y a menudo) siguen estallando guerras.

Pero el segundo principio de la propaganda de guerra responde inmediatamente a esta objeción: nos hemos visto forzados a hacer la guerra, el adversario ha comenzado, estamos obligados a reaccionar, en defensa propia o para cumplir nuestros compromisos internacionales…

2. El adversario es el único responsable

de la guerra

Arthur Ponsonby ya señaló esta paradoja de la Primera Guerra Mundial —que sin duda podría encontrarse en muchas guerras anteriores—: cada bando aseguraba haber sido obligado a declarar la guerra para impedir que el otro arrasara el planeta.

Cada Gobierno proclamaba alto y claro la aporía según la cual a veces hay que hacer la guerra para acabar con las guerras. Esta vez será la última guerra, la "última de las últimas".

A sabiendas de que la movilización simultánea de Rusia y Francia empujaría a Alemania a la declaración de guerra, en agosto de 1914 el Gobierno francés se prepara y espera la declaración de guerra alemana para entonces jurar que si Francia está en guerra es, para su mayor sorpresa y únicamente, a causa de la "agresión súbita, odiosa, traidora e increíble de Alemania"[29]. Obviamente, no decía ni una sola palabra sobre sus tratos con Rusia, para hacer creer así en la única y total responsabilidad de los alemanes en el estallido de la Primera Guerra Mundial. El Libro amarillo francés, recopilación de documentos diplomáticos, omitirá o mutilará los documentos para que no aparezca nada ni sobre los acuerdos franco-rusos ni sobre la movilización rusa[30].

El historiador francés Ernest Lavisse, en su discurso de entrada en la Facultad de Letras de la Universidad de París del 5 de noviembre de 1914, aseguró: "No habría habido guerra si Alemania no lo hubiera querido, solo [soy yo quien subrayo] ella ha querido la guerra"[31].

En el mismo sentido, Le Matin del 1 de agosto de 1914 aseguraba: "Si dependiera de nosotros, haríamos todo lo posible por evitar la guerra. Pero si termina estallando, la saludaremos con una inmensa esperanza". Y Le Temps del 2 de agosto de 1914 escribía: "Como se nos ha impuesto esta guerra [soy yo quien subrayo], ¿con qué

ánimo pensamos librarla?”.

Por supuesto, siempre se presenta al vecino como el agresor (aunque no es frecuente que sepamos quién es el verdadero agresor en el momento en que estalla la guerra).

De hecho, según Luigi Sturzo[32] la guerra la desencadenan antagonistas que creen poder ganarla segura y rápidamente porque cuentan con la superioridad de su armamento o la rapidez de su ofensiva[33]. Además, siempre se acusa al enemigo, al “otro”, de no respetar nunca los tratados. Así, según la tesis francesa, los alemanes violaron en 1914 la convención que, desde 1839, reconocía la neutralidad de Bélgica.

Según los franceses, para los alemanes los tratados no habían sido nunca más que “papel mojado”. En realidad, los tratados no son sagrados más que para aquellos que tienen interés en valerse de ellos, y son “papel mojado” para los que tienen interés en romperlos.

La neutralidad de Bélgica, ciertamente, fue violada por Alemania en 1914, pero en 1911 el general francés Michel, en un informe para el ministro de la Guerra francés, le aconsejaba “dedicar la mayor parte de nuestros esfuerzos a una fuerte ofensiva en Bélgica”[34].

Con el mismo propósito, los británicos llevaban planeando desde 1911, y habían acordado con el Estado mayor belga, que en caso de guerra con Alemania desembarcarían de forma preventiva en Flandes[35]. Así que París y Londres se alegraron cuando, en agosto de 1914, Alemania forzó a Bélgica a abrirle el paso. Ahí encontraron el pretexto que les permitía justificar ante la opinión pública su entrada en la guerra. Era el “otro” quien la había querido, no ellos.

Cuando Estados Unidos entró en la guerra el 2 de abril de 1917, también “fue para castigar las agresiones [el subrayado es mío] ilegales de Alemania contra los ciudadanos y los bienes americanos que la neutralidad del país no protegía ya adecuadamente”[36]. Así pues, cada bando presenta su entrada en la guerra como una respuesta a una agresión.

Incluso el artículo 231 del Tratado de Versalles, impuesto a Alemania en 1919 tras su derrota, precisaba que Alemania reconociera su total responsabilidad en la guerra. Ella y sus aliados "son responsables de haber causado todas las pérdidas y todos los daños sufridos por los Gobiernos aliados y asociados, y por sus naciones, por culpa de una guerra que les ha sido impuesta [el subrayado es mío] mediante la agresión [subrayado mío] de Alemania y de sus aliados"[37].

Sin embargo, tras la guerra, los aliados llegaron a reconocer que esas responsabilidades eran compartidas. Así, Poincaré pudo decir en 1925: "No puedo decir que Austria y Alemania tuvieran en un primer momento la intención consciente y meditada de provocar una guerra general. No existen documentos que nos den derecho a suponer que en ese momento hubieran ideado algún proyecto sistemático"[38].

En cuanto a Francesco Nitti, antiguo presidente del Consejo italiano, confesaría tras la guerra que la atribución de la culpa solo al enemigo no era más que un mito de guerra:

No puedo decir que Alemania y sus aliados hayan sido los únicos responsables de la guerra que ha devastado Europa… Nosotros mismos afirmamos eso durante la guerra y fue un arma que utilizamos en esta época; ahora que la guerra ha terminado, no podemos tomarlo como un argumento serio… Cuando sea posible examinar con cuidado los documentos diplomáticos de la guerra y cuando el paso del tiempo nos permita evaluarlos con tranquilidad, se verá que la actitud de Rusia (aliado de Francia) ha sido la causa real y profunda del conflicto mundial[39].

Habría podido creerse que 25 años más tarde no volvería a echarse mano de una nueva "última de las últimas" por parte de una generación tan escaldada, pero no fue así, y el tema volvió a repetirse por parte de los dos bandos en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

Sabemos muy bien, porque lo hemos aprendido en clase, cuál es la versión de nuestro bando. Lo que le ocurrió a la pobre Austria, anexionada por Alemania contra su voluntad, a la pobre y pacífica Checoslovaquia, partida en trozos, y a la pobre y democrática Polonia, a la que se iba a privar de su salida al mar, fueron provocaciones del Eje que obligaron a Francia e Inglaterra a declarar la guerra a Alemania para no repetir las vergonzosas abdicaciones que habían entregado, por ejemplo, los Sudetes a la voracidad alemana.

Nada, según el punto de vista anglo-francés, justificaba el retroceso de poblaciones y territorios impuesto a los checos, más allá del temor inspirado por el Reich y la inexcusable debilidad de los ministros que representaban a las democracias.

Francia, por ejemplo, decidió participar a regañadientes en la confrontación, y solo lo hizo porque estaba indisolublemente unida a Checoslovaquia, a la que había traído al mundo. El Gobierno francés no podía deshonrar su palabra, la firma de Francia y su compromiso ineluctable y sagrado.

Este es el punto de vista de nuestro bando, que además es el punto de vista de los vencedores. Porque, por ejemplo, no hay pruebas de que hubiera ninguna firma o tratado que obligara a Francia a que, en caso de ataque alemán contra Checoslovaquia, tuviera que acudir corriendo en su auxilio. Podía hacerlo si le interesaba, pero nada le obligaba a ello, ni el acuerdo de ayuda mutua firmado entre los dos países en 1924 ni el firmado en Locarno en 1925.

En el pacto de 1924 los dos países se comprometían “a concertar las cuestiones exteriores”[40] y a ponerse “de acuerdo sobre las propias medidas para salvaguardar sus intereses comunes en el caso de que fueran amenazados”[41], lo que evidentemente está muy lejos de ser una obligación de Francia con Checoslovaquia.

En cuanto a los Acuerdos de Locarno, Francia y Checoslovaquia habían convenido un acuerdo de asistencia militar recíproca en caso de una agresión alemana, pero este pacto franco-checoslovaco, en su último artículo, se declararía sin efecto si el pacto general de Locarno dejaba de estar en vigor[42].

Es evidente que el pacto de Locarno, denunciado desde hacía tiempo por sus distintos firmantes, no era en 1938 más que un recuerdo histórico, y que el pacto franco-checoslovaco se había anulado completamente. Pero las autoridades francesas se cuidaron mucho de decírselo a la población, porque de ese modo acreditaban la idea de una Francia obligada a hacer la guerra, una guerra presentada, evidentemente, como defensiva.

Daladier, en su declaración a la Cámara de Diputados el 2 de septiembre de 1939 —y siempre tan olvidadizo respecto al pasado colonial de su país— aseguró: "El heroísmo de los franceses reside en la defensa, no el de la conquista. Cuando vemos a Francia en pie, es porque sabe que está amenazada"[43].

El 3 de septiembre de 1939, en su "llamada a la nación" —y omitiendo las responsabilidades francesas en la situación creada por el Tratado de Versalles— aseguró: "Alemania ha rechazado responder a todos los hombres de bien cuya voz se había elevado estos últimos tiempos a favor de la paz mundial […]. Nosotros hacemos la guerra porque nos la han impuesto"[44].

Así que siempre es el otro bando el que carga con toda la responsabilidad de la guerra.

Basta con remontarse a los textos de la época para comprender que también era posible argumentar ante la opinión pública alemana, y más tarde ante la japonesa, que eran los aliados quienes querían la guerra.

Desde un punto de vista alemán, por ejemplo, y no especialmente nazi, los Tratados de Versalles, Saint-Germain y Trianon son sentencias intolerables, impuestas tras una victoria incierta, para reducir el poder de Alemania y Austria haciendo añicos sus imperios. Estos tratados se viven como humillaciones que han conducido a los vencidos a la más profunda miseria material y que separan a la madre patria de las importantes minorías alemanas. Por lo tanto, la revisión de estos tratados se presenta como la reparación de una injusticia que los "anglo-franceses" se niegan a aceptar.

Desde este punto de vista, la Anschluss, que unió Austria y

Alemania el 11 de marzo de 1938, no fue en absoluto un golpe de fuerza, y hay que recordar que una proporción muy grande de austriacos estaba a favor de ella.

Desde el punto de vista alemán, Checoslovaquia no era más que una creación antinatural anglo-francesa, que combinaba artificialmente eslovacos católicos y checos fuertemente secularizados con grandes minorías alemanas, húngaras, rutenas, rumanas y polacas, con el objetivo principal de debilitar a Alemania[45].

Por otro lado, la Checoslovaquia de entreguerras no era precisamente el modelo tolerante y democrático que quisieron presentarnos[46]. Como tampoco lo era Polonia, aliada de Francia y de Gran Bretaña, con un régimen autoritario (el mariscal Piłsudski, el coronel Beck…) y violentamente antisemita —aunque, obviamente, esto no formaba parte de la propaganda hostil de Alemania—.

Cuando se produjeron las primeras crisis que precedieron a la Segunda Guerra Mundial, los alemanes aseguraron que tan solo reaccionaban contra las violencias y amenazas de los anglo-franceses o de sus protegidos.

Respecto a la cuestión checa, la propaganda alemana no dudaba en afirmar que los alemanes habían reaccionado frente a la movilización organizada por el presidente Benes a mediados de mayo de 1938, y que en 1939 invadieron Polonia respondiendo a las provocaciones polacas.

Cuando Hitler escribió al Ministerio de Asuntos Exteriores[47] en vísperas de la invasión de Polonia, denunció —lo cual resulta cínico cuando se conoce al personaje y sus innumerables proyectos para los pueblos eslavos— la actitud polaca hacia las minorías alemanas:

Actos bárbaros, malos tratos que clamaban venganza al cielo y otras formas de persecución del importante grupo nacional alemán de Polonia, que llegaron incluso al asesinato de numerosos residentes alemanes y a su traslado forzoso en las más crueles condiciones. Esta situación es intolerable para una gran potencia. Y ha forzado a

Alemania [el subrayado es mío] a dejar de ser el espectador pasivo de los últimos meses y a tomar las medidas necesarias para salvaguardar sus legítimos intereses [subrayado mío].

¡La "paciencia alemana" hacia estas provocaciones habría llegado a su límite de tolerancia en septiembre de 1939!

Von Ribbentrop, ministro alemán de Asuntos Exteriores, retomó este tema cuando se entrevistó con el embajador de Francia en Berlín el 1 de septiembre de 1939:

No ha habido ninguna agresión contra Polonia por parte alemana. Ha sido esta quien, durante meses, se ha dedicado a provocarnos continuamente, ahogando económicamente Danzig, maltratando a las minorías e incurriendo en incesantes violaciones fronterizas. El Führer se ha armado de paciencia para aguantar estas provocaciones, con la esperanza de que Polonia entrara en razón. Pero ha ocurrido lo contrario. Polonia, que ya se venía movilizando desde hacía meses, decretó ayer por la noche la movilización general. Los polacos han efectuado tres ataques [el subrayado es mío] en territorio alemán. En estas condiciones, tenemos que descartar la versión de una agresión alemana[48].

En su discurso al Reichstag, Hitler justificó la invasión de Polonia con los mismos argumentos de legítima respuesta: "Danzig ha sido siempre una ciudad alemana; el corredor ha sido y es alemán. Una y otro deben su desarrollo cultural al pueblo alemán. Danzig ha sido separada de Alemania y el corredor anexionado. En otras regiones los alemanes han sido sometidos a tantos malos tratos, que más de un millón de ellos han tenido que abandonar sus hogares". Y asegura nuevamente que Polonia ha decretado la movilización general: "Hemos comprobado un recrudecimiento del terrorismo. Así que me he propuesto hablar a Polonia en su propio idioma"[49]. De esta forma, la responsabilidad de la guerra recae por entero sobre Polonia.

El 1 de septiembre de 1939, Von Ribbentrop justificó la entrada de tropas alemanas en Polonia asegurando que las tropas polacas habían efectuado incursiones aéreas sobre territorio alemán, que Polonia había provocado a Alemania y que él había esperado en vano la llegada de un negociador polaco[50].

El Führer no quiere la guerra. La hará en contra de su deseo. Pero no depende de él la decisión a favor de la guerra o de la paz. Depende de Polonia. Sobre ciertas cuestiones de un interés vital para el Reich, Polonia debe ceder ante las reivindicaciones a las que nosotros no podemos renunciar. Si las rechaza, la responsabilidad del conflicto recaerá sobre ella, no sobre Alemania[51].

El 3 de septiembre de 1939 Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania. Desde el punto de vista de los alemanes, ello confirmaba su tesis, según la cual estas potencias eran las agresoras… Ellos no harían más que responder, primero, a las incursiones polacas y, luego, a la declaración de guerra franco-británica.

Otro argumento defendido por Alemania en 1939 y 1940 para justificar la guerra será el de afirmar que los anglo-franceses y sus aliados estarían cercando al III Reich obligándolo a ir a la guerra para liberarse de su asedio[52]. La guerra es, pues, desde el punto de vista alemán, una guerra preventiva y defensiva. Este tema se trató abundantemente en los noticiarios cinematográficos de mayo de 1940 en los que —con mapas animados que reforzaban esta idea— hacían recaer la responsabilidad de este "asedio" de Alemania sobre las potencias, quienes desde el Tratado de Versalles se habrían opuesto a cualquier revisión pacífica de estos injustos acuerdos.

Cuando Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial, también argumentaron que el país estaba "envuelto" por las potencias del Eje, lo que les colocaba en una situación de peligro permanente[53].

Pero cuando Alemania y Estados Unidos rompieron las relaciones

diplomáticas, Hitler pasó a responsabilizar a Roosevelt, detrás de quien siempre vio la mano y los consejos de las finanzas internacionales y de los judíos.

Según él, el presidente americano arrastraba a su país a la guerra para desviar la atención de la opinión pública de la política interior y del fracaso del New Deal. Además:

Desde el comienzo de la guerra, el presidente americano Roosevelt fue culpable de los peores crímenes contra la ley internacional […]. Los sinceros esfuerzos de Alemania e Italia para impedir la expansión de la guerra y mantener las relaciones con Estados Unidos, a pesar de las insoportables provocaciones hechas por el presidente Roosevelt, fueron frustradas. Por eso, y por lealtad al pacto tripartito, Alemania e Italia se vieron finalmente obligadas [subrayado mío] a hacer la guerra contra Estados Unidos[54].

La nota, remitida por el encargado de Asuntos Exteriores de Alemania al Departamento de Estado americano, que reconocía el estado de guerra entre ambos países, atribuía a Estados Unidos la responsabilidad de esta situación. Ellos habían violado muchas veces su neutralidad desde que el 3 de septiembre de 1939 Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania, e incluso habían ordenado disparar contra submarinos y capturar navíos mercantes alemanes.

A pesar de que Alemania se ha ceñido siempre estrictamente a las reglas del derecho internacional en sus relaciones con Estados Unidos en la actual guerra, el Gobierno de Estados Unidos, partiendo de una violación de su neutralidad, ha acabado realizando actos de guerra contra Alemania. Así, el Gobierno de Estados Unidos ha creado virtualmente un estado de guerra […]. En estas circunstancias provocadas [subrayado mío] por el presidente Roosevelt, también Alemania, a partir de hoy, se considera en estado de guerra con Estados Unidos[55].

Los belicistas más declarados se esfuerzan pues en hacerse pasar por corderos y echar toda la culpa del conflicto a su enemigo. Lo más frecuente es que consigan convencer a su opinión pública (y quizás también a ellos mismos) de que se trata de una legítima defensa.

Volviendo sobre Estados Unidos y Roosevelt, no hay un evento que marque tanto la historia de este país como el "ataque sorpresa" del ejército japonés a la base de Pearl Harbor en 1941. ¿Cómo no apelar a la defensa propia después de semejante ataque? La interpretación que se le da a este evento sigue siendo controvertida a día de hoy. Roosevelt esperaba un pretexto ante un Congreso y una opinión pública hostiles a la entrada de su país en la guerra, que entonces se desarrollaba principalmente en Europa. Había que hacer disparar primero a los japoneses para lanzarse a la Segunda Guerra Mundial y presentarse como víctimas legítimas sedientas de venganza.

Años más tarde, se podían leer titulares así en la prensa belga: "Al final, el ataque contra Pearl Harbor, si bien fue una sorpresa, facilitó las cosas a la Casa Blanca"[56].

Debo recordar que mi propósito no es, evidentemente, el de equiparar a agresores y a agredidos, sino mostrar que los dos bandos utilizan el mismo lenguaje. En el momento en que se desencadena un conflicto, y en ausencia del conjunto de fuentes y archivos para contrastar, lo más frecuente es que sea imposible decir quién fue realmente el agresor.

Está claro que este segundo principio de la propaganda de guerra ("es el otro el que ha querido la guerra") se ha aplicado en numerosas ocasiones tras la Segunda Guerra Mundial. Unos pocos ejemplos bastarán para demostrarlo.

El "pulpo" enemigo que "rodea a nuestro desdichado país" es un tema utilizado frecuentemente por la propaganda americana durante la época de la Guerra Fría. Mediante mapas proyectados con una particular perspectiva, "demostraban" a los ciudadanos americanos que Estados Unidos estaba rodeado por los países comunistas, de modo que esos mapas legitimaban la creación de un

estado de guerra evidentemente “defensivo”. Igualmente, a la inversa, la URSS podía sentirse y presentarse como rodeada de Estados Unidos y sus aliados militares[57].

Un diputado francés, encargado de la Comisión de Defensa de la Asamblea Nacional, propuso recientemente que Francia se lanzara a la investigación bacteriológica y química para defenderse y responder al bioterrorismo que podrían desencadenar [subrayados míos] Huseín, Corea del Norte, Libia o Irán, con la complicidad de Rusia… No aludía, claro, a investigaciones parecidas realizadas por los occidentales, quienes se “comprometerían a cesar cualquier actividad en este campo, incluida la investigación”[58].

La campaña americana para la construcción de “misiles antimisiles” también es presentada como una “defensa” necesaria contra la hipotética agresión a Estados Unidos con unos misiles con ultraprestaciones que, en una situación geoestratégica como la actual, cabría preguntarse de dónde podrían venir…

En la guerra liderada por la OTAN contra Yugoslavia en 1999, los Gobiernos europeos, algo avergonzados ante su opinión pública por verse arrastrados a un conflicto sobre el que los Parlamentos no habían sido ni siquiera consultados —a pesar de la obligación constitucional que había para ello en algunos países—, utilizaron mucho en su propaganda el argumento de que los países europeos estaban obligados a unirse a la guerra.

Así, Christian Lambert, jefe de gabinete del ministro belga de Defensa, respondió, cuando le preguntaron los estudiantes por qué Bélgica había participado en los bombardeos contra Yugoslavia, “que era una obligación para nuestro país, ligada a su adhesión a la OTAN”[59]. En su momento fue una respuesta clásica, aunque no se correspondía con la realidad.

Los países europeos se habrían visto obligados a participar en la guerra “si un Estado miembro de la OTAN hubiera sido atacado, pero este no era, evidentemente, el caso de Yugoslavia. No había existido agresión serbia contra un Estado miembro y, si hubo alguna agresión, fue la cometida por una acción militar llevada a cabo fuera de cualquier mandato de la ONU (e incluso sin el acuerdo de los Parlamentos de los países europeos que realizaron la

operación)[60] en contra de un Estado soberano.

El principio de “ha empezado él” fue frecuentemente empleado en esta guerra por parte de la propaganda occidental y, sobre todo, bajo una forma que Arthur Ponsonby ya había señalado: si el enemigo desprecia y subestima nuestra fuerza, no podemos quedarnos de brazos cruzados, nos van a obligar a mostrársela.

Este fue un argumento muy utilizado contra Sadam Huseín: en 1990 había “desafiado” (habría que analizar esta expresión) “a la comunidad internacional invadiendo” (o “recuperando”, ¡depende del punto de vista!) Kuwait.

El 2 de agosto de 2000 el diario Le Soir, en conmemoración del décimo aniversario del acontecimiento que desembocó en la guerra del Golfo a principios de 1991, titulaba en portada: “El 2 de agosto de 1990 Sadam desafió al mundo en Kuwait”[61].

En 1999 la propaganda occidental aseguraba que los yugoslavos “desafiaban” a la OTAN y la empujaban a responder con violencia. Así, Le Soir publicaba el 8 de abril de 1999: “La OTAN ha sido desafiada con un cinismo sorprendente: ¿podrá la primera potencia armada del globo justificar durante mucho tiempo su espera?”[62]. Y Le Monde[63] titulaba: “Las nuevas provocaciones [subrayado mío] de Slobodan Milosevic”.

La OTAN sostenía en su momento que estaba reaccionando ante una campaña de “purificación étnica” de los serbios contra los albaneses de Kosovo. Pero con el paso del tiempo, los expertos internacionales de la OSCE confirmaron los documentos internos del Gobierno alemán en los que se indicaba que, cuando el 24 de marzo la OTAN empezó a bombardear Yugoslavia, Belgrado reaccionó mediante una campaña sistemática de violencia contra la mayoría albanesa de Kosovo. Antes del 24 de marzo las violencias policiales contra los albaneses de Kosovo no habían sido más que hechos aislados, en ningún caso “purificaciones étnicas”[64], pero para convencer a la opinión pública occidental sobre lo bien fundados que estaban los bombardeos contra Yugoslavia fue necesario hacer creer que se trataba de una situación de respuesta.

Era el enemigo quien debía asumir toda la responsabilidad de la

guerra, y más concretamente su líder. La guerra fue culpa de Sadam Huseín, "dictador-depredador […] que ha provocado él solo el fracaso de las negociaciones mantenidas en Yeda […], enfrentándose y desafiando el derecho internacional"[65].

La guerra fue culpa de Milosevic, quien además habría rechazado, en su intransigencia, las proposiciones occidentales de "paz" en Rambouillet[66].

Vif-L'Express titulaba: "El dictador de Belgrado tiene una responsabilidad aplastante en las desgracias de los pueblos serbio y albanés"[67].

Durante las guerras del siglo XXI se han aplicado constantemente los dos principios propagandísticos de la guerra. Así, durante la segunda guerra contra Irak, Colin Powell no dejaba de afirmar: "Los estadounidenses no buscábamos una guerra. Vamos a ella con repugnancia"[68]. Tony Blair tampoco decía otra cosa: "Nosotros no queríamos esta guerra, pero ante la negativa de Sadam a renunciar a sus armas de destrucción masiva, no nos quedó más remedio que actuar"[69].

Para que nosotros "respondamos" a un ataque es necesario que el enemigo nos "provoque". Esto no es más que un pretexto banal que utiliza un hecho ajeno al conflicto como una declaración de guerra.

Una semana antes del bombardeo de Afganistán, Le Soir publicó un titular que decía "Los talibanes y Bin Laden desafían a Estados Unidos"[70], el mismo que anunció la "reacción" y, asimismo, la respuesta al ataque del World Trade Center sin que comprendamos con claridad por qué la "liberación" de Kabul (o más tarde, de Bagdad) impidió atentados como los de Nueva York, Bali o Mombasa.

Para justificar una "respuesta" militar, se transforma un acto terrorista en un acto de guerra. De esta manera, se dice que el atentado contra el World Trade Center es una declaración de guerra y, para poder validar la segunda guerra contra Irak, se argumenta que los —falsos— pedidos iraquíes de uranio enriquecido a Níger demuestran que la amenaza nuclear iraquí es real[71]. El agresor presenta así su ataque como un derecho de legítima defensa.

Lo mismo ocurrió en marzo de 2003 con el ataque unilateral a Basora, en el sur de Irak, que la cadena Sky News retransmitió de la siguiente manera: “Nuestra artillería ha respondido” [subrayado propio]. La cadena británica, citando fuentes militares, había precedido este anuncio con informaciones, posteriormente desmentidas, de que había estallado un “levantamiento popular, reprimido por la artillería iraquí”[72]. Esto significaba, por tanto, que la coalición estaba apoyando a una revuelta legítima. Además, al atacar, el agresor no hace otra cosa más que anticipar la inminente invasión de su territorio.

Y lo mismo ocurre con la guerra entre Ucrania y Rusia. Para los occidentales, toda la responsabilidad del conflicto recae sobre Rusia, pues ellos declararon la guerra en 2022. Sin embargo, los rusos aseguran que ellos no han hecho más que responder a los constantes bombardeos ucranianos contra territorios de habla rusa que comenzaron en 2014.

Maquiavelo (1469-1527) ya hablaba de esta responsabilidad de las guerras y de aquellos que las inician: “No es culpable de guerra quien primero toma las armas, sino quien le dio motivo para tomarlas”[73].

De un modo u otro, la guerra estalló por culpa de Milosevic, de Bin Laden, de Putin o de Sadam Huseín, que acabó siendo solamente “Sadam” por un descuido con su apellido y por la necesidad de encontrar un eslogan corto.

La insistencia sobre la persona del jefe del bando enemigo no es una casualidad. El tercer principio de Ponsonby insiste en la necesidad de personificar al enemigo en la figura de su jefe.

3. El enemigo tiene el rostro del demonio

(o 'el villano de turno')

No se puede odiar globalmente a todo un grupo humano, ni siquiera presentándolo como enemigo. Es más eficaz concentrar este odio sobre el líder del enemigo. Así el adversario tendrá un rostro y este rostro será, evidentemente, odioso.

No se hará la guerra solo contra los "boches" o a los "japos"[74], sino más concretamente contra Napoleón, Mussolini, Hitler, Nasser, Gadafi, Jomeini, Sadam Huseín o Milosevic.

Este odioso espantapájaros oculta la diversidad de la población a la que dirige, cuyo ciudadano de a pie podría encontrar en él a su alter ego. Para debilitar la causa del adversario hay que presentar a sus jefes como incapaces, haciendo dudar de su fiabilidad e integridad.

Un método simple consiste en envolver con entrecomillados las palabras "presidente" o "general", pues se trata de enemigos y hay que poner en duda su legitimidad: el "presidente" Karadjic, el "general" Mladic…

Pero, en la medida en que sea posible, hay que demonizar a este líder enemigo, presentarlo como un ser inmundo al que hay que derribar, como el último de los dinosaurios, como un loco, un bárbaro, un criminal diabólico, un carnicero, un perturbador de la paz, un enemigo de la humanidad, un monstruo…

Y es de ese monstruo del que vienen todos los males. El fin de la guerra sería capturarlo y su derrota significaría la vuelta inmediata a la moral y a la civilización.

En algunos casos, este retrato de nuestro enemigo puede parecemos justificado, pero no hay que perder de vista que ese monstruo ha sido en muchas ocasiones muy "recomendable" antes del conflicto,

e incluso en algunos casos, también, posteriormente.

Así, justo antes de la Primera Guerra Mundial, la familia imperial austríaca tenía muy buenas relaciones con la familia real belga[75] y el káiser alemán era muy apreciado en Gran Bretaña.

Unos meses antes de la declaración del conflicto, el káiser fue presentado por el Evening News (el 17 de octubre de 1913) como si se tratara de un perfecto gentleman: “Todos vemos en el káiser a un caballero de carácter muy noble, cuya palabra vale más que el compromiso formal de muchos otros, un huésped al que siempre nos sentimos complacidos de dar la bienvenida y al que vemos partir con pena, un soberano cuyas ambiciones para su pueblo se basan en el mismo buen derecho que las nuestras”.

Pero cuando estalla el conflicto las críticas más feroces se concentran en el príncipe heredero (de quien se escribe que es un ladrón[76] o que ha abofeteado[77] a su padre) y, sobre todo, en el viejo káiser, que se convierte de la noche a la mañana en un loco, un asesino o un carnicero, como ocurre en la carta de Sir W. B. Richmond aparecida en el Daily Mail del 22 de septiembre de 1914:

Guillermo el Loco no hará temblar a Inglaterra, ni a la Europa civilizada, ni a Asia, aunque la catedral de Reims haya sido destruida bajo sus órdenes.

Este último acto del jefe bárbaro no hará más que estrechar nuestras filas para deshacernos de una calamidad como nunca antes ha visto el mundo civilizado. El loco está apilando la madera para su propia pira. El monstruo no sabrá inspirarnos terror, nosotros apretamos los dientes sabiendo que incluso deberíamos morir hasta que sean barridos el último Judas moderno y su infernal calaña [todos los subrayados son míos].

Para alcanzar este fin justiciero, debemos armarnos de paciencia, energía y seguir trabajando. Nuestra gran Inglaterra derramará voluntariosamente su sangre para liberar a la civilización de un monarca criminal y una corte criminal que han conseguido transformar a un pueblo dócil en una horda salvaje.

Sir James Crichton dijo en Dumfries: 'Para el káiser, la soga'; fusilarlo sería darle la muerte honorable de un soldado. La única absolución para este criminal es la horca.

En ese mismo sentido podía leerse en The Times el 15 de mayo de 1915: "Lord Robert Cecil ha dicho que los responsables de las terribles atrocidades y violaciones en serie de todas las leyes y de todos los usos de la guerra civilizada, cometidos por los alemanes, eran los dirigentes de Alemania, el emperador y sus inmediatos consejeros, y es sobre ellos sobre quienes debe caer, si es posible, el castigo y nuestra cólera"[78].

Un editorial del Daily Express reclamaba que el káiser fuera expulsado de la Orden de la Jarretera, asegurando: "Han incendiado ciudades, han asesinado a niños y ancianos, han violado a mujeres y jóvenes y han muerto ahogados inofensivos pescadores por órdenes de este criminal [subrayado mío] coronado. 'El día en que el mundo entero sea juzgado' tendrá que responder por las víctimas del Falaba y del Lusitania"[79].

Cuando al final de la contienda, el Presidente Wilson exigió al pueblo alemán que cambiara de Gobierno si quería que la guerra terminara del todo, el káiser se refugió en los Países Bajos. Los aliados pidieron oficialmente su extradición, pero los holandeses la rechazaron. Los aliados fingieron acatar sumisamente el rechazo holandés, pero apenas pudieron esconder la satisfacción que les causaba. El artículo 227 del Tratado de Versalles precisaba que se abriría un proceso contra el exemperador Guillermo por "ofensa suprema a la moral internacional y a la sacralidad de los tratados"[80], pero los aliados tuvieron la prudencia de no iniciarlo nunca, porque habría desembocado fácilmente en la demostración de lo poco fundamentadas que eran las "pruebas" de su culpabilidad.

Una de las "pruebas" de la responsabilidad personal del káiser en los crímenes cometidos por el ejército alemán era la carta que Guillermo II envió al emperador de Austria en los primeros días de la guerra, en la que el emperador decía:

Mi alma se desgarra por ello, pero hay que lanzarse a fuego y sangre, degollar hombres y niños, mujeres y ancianos, no dejar ni un árbol en pie, ni una casa. Con estos procedimientos terroríficos, los únicos capaces de golpear a un pueblo tan degenerado como el francés, la guerra acabará antes de dos meses, mientras que si tengo miramientos humanitarios se puede prolongar durante años.

El "documento", que evidentemente habría permitido probar la responsabilidad directa del káiser, fue presentado por los profesores Larnaude (Derecho Público General) y de Lapradelle (Derechos de las Personas) de la Facultad de Derecho de París. Los profesores se conformaban con señalar como referencia que esta carta había sido publicada en el número 138 del Bulletin de l'oeuvre des écoles d'Orient, dirigido por monseñor Charmetant, pero nadie pudo conseguir precisiones sobre la fuente de esta publicación.

¿Dónde había conseguido monseñor Charmetant esta carta? ¿Cuándo había sido escrita? ¿Dónde estaba el original? ¿Qué pruebas había de su autenticidad?

La carta —cuya existencia fue formalmente desmentida por el Berliner Tageblatt[81] y que muy probablemente era apócrifa— fue sin embargo reproducida hasta el infinito por la prensa francesa como "la" prueba de la responsabilidad personal del káiser.

Estas terribles acusaciones sobre el nefasto papel personal del káiser fueron rápidamente olvidadas tras el conflicto y cabe recordar que este "criminal", apodado Atila durante la guerra, recibió de los aliados el permiso para vivir tranquilamente en Holanda, en donde acabaría sus días. El monstruo se había convertido en el alter ego de los demás jefes de Estado, un poco como Yasser Arafat, durante mucho tiempo demonizado por los medios de comunicación occidentales (asesino, terrorista…) antes de convertirse en un honorable interlocutor, que brinda con todos los jefes de Estado y es recibido amistosamente por el presidente de Estados Unidos y por el papa.

Cualesquiera que sean las perversidades reales del jefe enemigo, debe ser presentado de una forma inhumana, como un ser monstruoso y un chiflado mental.

Hitler presentaba, sin duda, rasgos psicológicos más que inquietantes, pero cuando los aliados difundieron una película falsa de la firma de la rendición francesa en Compiègne, en junio de 1940, difundieron la imagen de un loco exaltado.

En efecto, las imágenes en las que Hitler, sonriente y satisfecho, choca los talones y flexiona las rodillas, se multiplicarán para hacer creer que ¡estaba bailando de alegría en el acto! Este gag de Hitler confirmará, en los países aliados no ocupados en los que se presentó la película, que el dirigente alemán estaba loco de atar.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Hitler fue considerado tal paradigma del mal que cualquier jefe enemigo sería comparado con él. Al menos en el momento del conflicto…, porque la propaganda creada desde Hitler ha hecho que a menudo fueran personas honorables antes de la crisis y que incluso una vez pasada la crisis, se las rehabilitara de nuevo. Este fue el caso de Stalin, Mao, Kim II-Sung o Ceaucescu (fotografiados, por otro lado, en múltiples ocasiones en compañías tan honorables como la del rey Balduino de Bélgica, Charles de Gaulle, el presidente Nixon…). Y también más recientemente, todos los "villanos" han tenido que soportar esta misma comparación.

En el momento de la guerra contra Irak, Sadam Huseín, a quien tiempo antes se había presentado como nuestro mejor aliado "laico" contra el Irán de los ayatolás, fue comparado con el dictador nazi incluso por su aspecto físico. Con un ligero retoque fotográfico para acortarle el bigote, el semanario estadounidense Newsweek llegó a presentarlo en su portada como un doble de Hitler.

La portada de Vif-L'Express colocaba al sombrío iraquí sobre un fondo negro muy inquietante y presentaba su programa en estos términos: "¿Qué más trama Sadam: nuclearizar, desestabilizar, sorprender, aterrorizar, sacrificar, esperar…?"[82].

Lo mismo ocurrirá con Milosevic, a quien el semanario italiano L'Expresso[83] presentaba en portada con el título "Hitlerosevic", en

la que una mitad del rostro correspondía a la cara de Hitler y la otra a la de Milosevic.

En esta misma línea, Vif-L'Express[84] presentaba, al comienzo de los bombardeos contra Yugoslavia, una portada muy sombría en la que aparecía a la izquierda la mitad del rostro de Milosevic y a la derecha el titular: "El terrible Milosevic".

Ya en el interior, a través de un texto acompañado de fotos oscuras e inquietantes del dirigente yugoslavo, nos dirán que la "capacidad de hacer daño" de Milosevic "está lejos de haber sido frenada".

Quien tres años antes brindaba con Chirac y Clinton tras los acuerdos de paz de Bosnia firmados en París[85], era de pronto un neurótico cuyos padres e incluso tío materno se habían suicidado, síntoma evidente de un desequilibrio mental hereditario…

Vif-L'Express no citaba ningún discurso, ningún escrito del "maestro de Belgrado"[86], pero sí señalaba sus anormales cambios de humor, sus explosiones de cólera, enfermizas y brutales: "Cuando se ponía furioso, su rostro se contraía. Después, instantáneamente, recuperaba su sangre fría".

Según Le Monde del 8 de abril de 1999, "su hermano era traficante de cigarrillos, y su esposa era una mujer prepotente, ambiciosa y desequilibrada, cuyos problemas psicológicos se remontan al hecho de haber sido reconocida tardíamente por su padre"[87]. Y Le Vif concluye: "Slobo y Mira no son una pareja, son una asociación de delincuentes".

En Le Monde, Pierre Hassner[88] justificaba los bombardeos de Yugoslavia "porque identifican al primer culpable de los males de la ex-Yugoslavia —el último tirano de los Balcanes— y lo designan con la palabra y el gesto de un adversario".

La técnica de diabolización del líder enemigo es eficaz y continuará aplicándose durante mucho tiempo. El lector y el ciudadano necesitan "buenos" y "malos", claramente identificados, y en nuestros días lo más simple es tratar a estos "villanos de turno" como el "nuevo Hitler". Y todo aquel que quiera no ya defenderlo, sino incluso dudar de que sea la encarnación misma del mal, queda

inmediatamente desacreditado por esta comparación.

Sin explicar quién se lo atribuía, en julio de 2000, Libération utilizó el sobrenombre de "Hitler" para designar al instigador de los negros que ocupaban las tierras en Zimbabue y titulaba: "En Zimbabue llegan hasta el final, a lo Hitler"[89]. El mismo diario francés escribía que "Chenjerai Hitler Hunzvi ha sido declarado culpable por el Tribunal Supremo por haber incitado a estas ocupaciones ilegales" y añade: "El 'nombre de guerra' de este dirigente, como informa la BBC, dice mucho sobre su humanismo"[90].

También había un artículo favorable a los granjeros blancos de Zimbabue (que también son, pues a menudo lo olvidamos, los grandes propietarios, colonos británicos que rechazan adoptar la nacionalidad del país) y hostil con los partidarios del presidente Mugabe (que también son, y también lo olvidamos, los campesinos pobres de Zimbabue), presentando el día del asalto efectuado contra los granjeros blancos como el peor de los días. Para desvalorizar por completo el levantamiento, el texto denunciaba a los caciques locales, pero sobre todo a la figura más relevante de los antiguos combatientes, Chenjerai Hunzvi. Este daría "sus órdenes a la presidencia, quien temería su capacidad de hacer daño"[91].

Se le demonizó con una sola palabra: en el titular, así como en el pie de su foto, era calificado como Chenjerai "Hitler" Hunzvi.

Cualquier simpatía del lector hacia la causa defendida por los negros de Zimbabue era, desde ese mismo momento, imposible.

La segunda guerra de Irak orientó toda su propaganda sobre Sadam Huseín. Él era "el villano de turno" y no era raro encontrar titulares como "Estados Unidos contra Sadam" o variantes similares[92].

Parisoula Lampsos, quien se presentó a sí misma como la amante principal del presidente iraquí, testificó para ABC acerca del sadismo y la hipocresía de su amante, quien adoraba el whisky pero luego se postraba en la mezquita[93]. Con todo y con esto, en la década de 1980, los demócratas, inclusive Estados Unidos, decidieron ayudar a Sadam Huseín —que era el mismo dictador de hacía 15 años— a proveerse "de armas de destrucción masiva" y le apoyaron en la guerra contra Irán.

Una foto tomada el 20 de diciembre de 1989 muestra a Sadam Huseín estrechándose la mano calurosamente con Donald Rumsfeld, el enviado especial del presidente Ronald Reagan en Bagdad[94].

El propio Bin Laden, que fue "el villano de turno" por excelencia durante la guerra contra Afganistán, iniciada oficialmente para capturarlo, había gozado anteriormente de la simpatía de Estados Unidos, y su familia había realizado inversiones petrolíferas conjuntas con la familia Bush. Por lo tanto, durante el bombardeo a Afganistán, fue su imagen (vestido de traje y corbata, con el pelo corto y perfectamente afeitado, dejando claro que había abandonado la causa como un cobarde) la que se difundió por todas partes para recomendar a la población que, en caso de tener cualquier tipo de contacto, no le brindasen ninguna ayuda[95].

Cada vez aparecen más "canallas provisionales". En sus momentos álgidos, los políticos belgas enaltecieron a Todor Zhivkov (Guy Spitaels le dedicó un extenso prólogo a sus obras atemporales) y a Nicolae Ceaucescu (en el caso de Willy de Clercq) antes de que tomase el hábito cuando su carrera se vino abajo. Madeleine Albright saludó a los talibanes a su entrada en Kabul antes de ponerse a trabajar en la forma de liquidarlos.

Sin embargo, estos "villanos de turno" siempre pueden volver a ser perfectamente aceptados al terminar el conflicto. Por ejemplo, el ministro de Información de Sadam Huseín, Mohamed Said al-Sahaf, ridiculizado en Occidente y considerado el mayor falsificador y mentiroso del régimen después de unas ruedas de prensa en las que, a pesar de las pruebas irrefutables, negaba el avance de los estadounidenses, fue arrestado por estos mismos en junio de 2003, interrogado y finalmente liberado unas horas después[96]. Encontró trabajo de comentarista y crítico de televisión. Los hijos de Sadam Huseín, que habían sido demonizados al mismo nivel que su padre, no tuvieron la misma suerte que el ministro[97].

Como "monstruo", Putin se ha ganado el voto de confianza de los medios de comunicación occidentales. Atrás queda la época en que el presidente ruso se burlaba del presidente de Francia, Emmanuel Macron, en el estadio Luzhnikí de Moscú, donde los franceses habían ganado el Campeonato Mundial de fútbol de 2018. Ya nadie recuerda las flores que Putin le regaló a Angela Merkel en el verano

de 2021. Putin, rebautizado como el “zar soviético” (Bernard-Henri Lévy, Le Point, 3 de marzo de 2022), “Vladimir el Terrible” (Le Point, 17 de marzo de 2022) e incluso “corazón de perro” (ibidem), ha sido comparado con Stalin. Es un megalómano, un paranoico. Además de ser un loco y un desalmado, evidentemente está muy enfermo. La Voix du Nord nos informa de que “el presidente ruso se encuentra bajo tratamiento para combatir el cáncer de tiroides. Su aspecto más robusto se debe al uso de esteroides. Vladimir Putin también ha probado varios métodos de medicina alternativa, como tomar baños de sangre de astas de ciervo en una clínica de Siberia que le ha recomendado su ministro de Defensa, Serguéi Shoigú”[98].

Si todos los líderes de la oposición están locos, se nos olvida la necesidad de someter a nuestros propios líderes a ese mismo revisionismo psicológico cuando todavía están en el poder. Freud se dedicó a analizar minuciosamente la demencia del presidente de Estados Unidos Thomas Woodrow Wilson (en la presidencia de 1913 a 1921), pero ese terrible retrato que hizo de él no vio la luz… hasta 1966[99].

4. Enmascarar los fines reales de la guerra

presentándolos como nobles causas

Generalmente la guerra suele estar motivada por el deseo de dominación geopolítica, al que acompañan motivos económicos. Pero los verdaderos intereses de la guerra se ocultan a la opinión pública.

Porque las guerras modernas, al contrario, por ejemplo, de las guerras de Luis XIV, no son posibles sin el consentimiento de la población, y son los Parlamentos los que deberían en principio estar de acuerdo a la hora de declarar una guerra[100]. Este consentimiento se adquiere fácilmente si la población piensa que de esta guerra depende su independencia, su honor, su libertad o su vida y que está cargada de indiscutibles valores morales.

La propaganda deberá, pues, esforzarse por ocultar ciertos motivos y hacer creer en otros.

Así, de la Primera Guerra Mundial podemos resumir los intereses de las potencias en estos términos:

Francia esperaba que al ganar la guerra a Alemania podría restaurar sus fronteras del Segundo Imperio.

Rusia esperaba la hegemonía en los Balcanes y quizás Constantinopla.

Inglaterra quería mantener su hegemonía como primera potencia colonial y marítima y frenar el desarrollo alemán en el continente.

Alemania quería obtener materias primas de las colonias, poder exportar sus productos manufacturados, romper el monopolio británico de los mares que impedía estos proyectos, romper el cerco

franco-anglo-ruso y reforzar su unidad.

Estados Unidos esperaba (y además lo consiguió) realizar ventas y préstamos ventajosos a Europa y entrar políticamente en el concierto de las grandes naciones[101].

Pero los textos oficiales nunca hablaron de estos motivos. Nunca dijeron que se trataba de luchar por tal o cual mina, o de conseguir tal colonia o tal provincia (exceptuando el caso de Alsacia y Lorena), ni siquiera de la satisfacción de proclamarse el más fuerte.

Probablemente, porque muchos ciudadanos no creerían que valdría la pena morir o arriesgar su vida por estos motivos, era preferible proclamar a los cuatro vientos algunas ideas morales de alto vuelo, capaces de imprimir a la guerra el carácter de una cruzada.

Hay que persuadir a la opinión pública de que nosotros —al contrario que nuestros enemigos— hacemos la guerra por motivos honorables.

Arthur Ponsonby ya había señalado respecto a la guerra del 14-18 que en los textos oficiales o beligerantes nunca se habla de los objetivos geopolíticos o económicos del conflicto.

Sin embargo, el 5 de septiembre de 1919, el presidente americano Woodrow Wilson confesó la importancia de los motivos económicos en la guerra que acababa de finalizar, afirmando: "¿Hay algún hombre o mujer —qué digo, hay siquiera un niño— que no sepa que la semilla de la guerra en el mundo moderno es la rivalidad industrial y comercial? […]. Esta guerra ha sido una guerra industrial y comercial"[102]. Gracias a su participación en el conflicto, Estados Unidos no solo había logrado un avance industrial incuestionable, sino que también se había consolidado internacionalmente como potencia política de primer orden.

Oficialmente, desde el bando aliado, los fines de la guerra se resumían en tres puntos:

Acabar con el militarismo.

Defender a las pequeñas naciones.

Preparar el mundo para la democracia.

Estos objetivos, muy honorables, se repitieron casi textualmente en la víspera de cada conflicto, aunque apenas tuvieran nada que ver con los propósitos reales.

Ya en tiempos de la Primera Guerra Mundial, estos tres fines fueron muy poco creíbles para los observadores avezados.

Respecto al argumento del "militarismo", todos los beligerantes rivalizaban entre ellos antes de la guerra, pero si la contienda debía poner fin al militarismo prusiano es extraño que tras la misma no disminuyeran los gastos militares de los aliados, sino todo lo contrario. "La guerra que tiene como objetivo restablecer la paz" es un sofisma muy utilizado.

En cuanto a la guerra "para defender a las pequeñas naciones oprimidas", es bueno saber que los tratados secretos franco-rusos (revelados más tarde por el Gobierno soviético) preveían el reparto entre las dos grandes potencias de los despojos de sus adversarios, sin ninguna consideración por el "derecho de los pueblos". El Gobierno francés, por ejemplo, aceptaba, en caso de una victoria franco-rusa contra Alemania, dejar a Rusia adueñarse de Polonia, lo mismo que Rusia dejaba que Francia tomara de Alemania las partes que le convinieran.

"Preparar el mundo para la democracia" tampoco es defendible como un objetivo real de los aliados de la Primera Guerra Mundial. La simple presencia, en el bando aliado, de la Rusia zarista y autócrata enturbiaba la hipótesis de las "democracias" unidas en el mismo bando contra las autocracias. Además, no estaba tan claro que Alemania y su Reichstag, debidamente elegido, fuera más "autócrata" que Inglaterra.

Podríamos decir lo mismo respecto a la guerra contra Irak, en la

que volamos en auxilio de Kuwait, es decir, del país del mundo en donde menos comprenden y más se burlan de la noción de democracia, en donde la mayoría de los habitantes no tienen el estatus de ciudadano y en donde los derechos humanos, especialmente respecto al sexo femenino, son pisoteados diariamente.

Durante la guerra contra Irak, el objetivo era salvar —y esta era la más noble de las causas— a un pequeño país que había sido invadido. La misma justificación que utilizaron durante la Primera Guerra Mundial el Gobierno británico y, luego, el americano para despertar el ardor guerrero de los ciudadanos de unos países que ni siquiera habían sufrido ningún ataque. La intención era acudir al rescate de la "pequeña y valiente Bélgica", cuyos sufrimientos, mártires y refugiados eran utilizados hasta la saciedad por la propaganda aliada.

Por parte alemana, claro, las motivaciones no podían ser menos nobles. Así, el 19 de agosto de 1915, el canciller afirmaba en el Reichstag: "Alemania no ha tenido nunca como objetivo la supremacía en Europa. Toda su ambición ha sido dominar en el concurso pacífico de las grandes y pequeñas naciones con vistas al bienestar general de la civilización"[103].

Oficialmente, los aliados de la Primera Guerra Mundial no buscaban ampliar sus territorios respectivos (salvo Francia, que no ocultaba querer "recuperar" Alsacia y Lorena).

Sin embargo, milagrosamente, en el momento en que se firmaron los acuerdos de paz, Gran Bretaña, por ejemplo, "recibió" (bajo la forma de colonia, mandato, dominio, protectorado u otros):

Egipto.

Chipre.

Un mandato sobre el sudeste africano (a través de la Unión Sudafricana).

Un mandato sobre el África Oriental alemana.

La mitad de Togo y de Camerún.

Samoa (a través de Nueva Zelanda).

La Nueva Guinea alemana y las islas del sur del Ecuador.

El mandato sobre Palestina.

El mandato sobre Irak.

Estos “dones” nunca habían sido reivindicados oficialmente durante el conflicto, cuando solo se hablaba del derecho de las personas y de los pueblos, la democracia y la lucha contra el imperialismo y el militarismo.

Este proceso —clásico— ya había sido sugerido por Émile Zola (1810-1902), que escribió el siguiente discurso programático para uno de los personajes de su relato Aventuras del gran Sidoine y del pequeño Médéric, que irónicamente recomendó a sus “colegas-soberanos”:

Los motivos de las guerras son difíciles de inventar […]. Tras largas reflexiones, me ha venido una inspiración sublime. Lucharemos siempre por los otros, nunca por nosotros mismos […]. Observen el honor que obtendremos de tales expediciones. Nos haremos con el título de bienhechores de los pueblos, gritaremos muy alto nuestro desinterés, apoyaremos modestamente a las buenas causas, como devotos servidores de las grandes ideas […]. Nuestra pasión por prestar nuestras armas a quien las pida es un generoso deseo de pacificar el mundo, de pacificarlo, de hecho, a golpes. Nuestros soldados pasearán como civilizadores, cortando el cuello a quienes no se civilicen lo suficientemente rápido[104].

Parece que el consejo de Zola fue cuidadosamente aplicado después

por muchos de nuestros dirigentes, pero no solo por ellos. En 1938, la propia Alemania nazi jugaba paradójicamente en un terreno "humanitario" para anexionarse a las minorías alemanas de los Sudetes integradas en Checoslovaquia.

En nuestro bando, generalmente, nos decían que "la arrogancia" alemana en Múnich había exigido la cesión de los Sudetes a Alemania. Pero los alemanes y los austríacos no trataban el tema de la Bohemia alemana y de los Sudetes con un tono imperialista, sino como la justa devolución de un grupo germanófono que había sido injustamente arrancado a los suyos. La "devolución" de Alsacia y Lorena fue un tema recurrente en la propaganda francesa de 1870 a 1914, mientras que la "devolución" de la Bohemia alemana y los Sudetes fue su contrapartida alemana o austriaca en el periodo de entreguerras.

En 1919 estos territorios fueron arrebatados a Austria, a pesar de las solemnes protestas de la Asamblea Nacional Constituyente de la República de Austria. Ya en 1919, las poblaciones alemanas anexionadas a Checoslovaquia protestaron organizando manifestaciones que fueron duramente reprimidas por el Gobierno checoslovaco.

El Tratado de Saint-Germain, firmado el 10 de septiembre de 1919, preveía, en su sección V, diversas medidas para proteger a estas minorías, sobre todo en materia del uso de las lenguas, escolaridad y acceso a la justicia[105]. Sin embargo, Checoslovaquia optó rápidamente por un trato discriminatorio de las minorías e impuso ampliamente el checo[106].

La prensa de las minorías fue estrechamente vigilada; sus obras benéficas, restringidas y las tierras de los alemanes de Checoslovaquia fueron las más afectadas por las reformas agrarias.

Si añadimos a esta lista de agravios la escasa representación de los alemanes de los Sudetes en la Administración[107], la existencia de ciudadanos de segunda clase ofrecía a la propaganda alemana o austríaca la ocasión soñada de una noble causa para ser defendida: la ayuda a una minoría oprimida, a un pequeño grupo injustamente perseguido.

La cuestión de los Sudetes servirá pues de pretexto para la amenaza de una intervención militar alemana contra Checoslovaquia, preludio de los criminales proyectos de Hitler, al igual que la cuestión alsaciana había sido un objetivo conveniente para Francia. El asunto de las minorías alemanas de Polonia sería de nuevo un pretexto para la campaña alemana contra Polonia.

La consulta de documentos diplomáticos de 1938-1939 (por ejemplo, el informe del embajador de Francia en Berlín del 17 y 18 de agosto de 1939) demuestra el destacado lugar que ocupaba este argumento en los discursos y la prensa alemanes.

"Volar en auxilio de las minorías alemanas de Polonia" fue el tema favorito de la propaganda alemana, que relataba con gran lujo de detalles los malos tratos de los que, al parecer, eran víctimas los alemanes de Polonia. En Polonia se organizarían "cacerías de alemanes", como se habían hecho anteriormente en Checoslovaquia. Habría detenciones masivas y decenas de miles de refugiados estarían siendo obligados a buscar refugio en Alemania, en campos de acogida organizados a bombo y platillo en los alrededores de Dresde o en Silesia[108].

No es del todo imposible que algunas de estas "persecuciones" fueran provocadas por los propios agentes nazis, atentando por ejemplo contra los bienes de varios propietarios alemanes, para denunciar inmediatamente el terrorismo polaco del que habían sido víctimas. Esta era, en cualquier caso, la teoría de los diplomáticos franceses, que consideraban que el terror contra las minorías alemanas no era más que un elemento de la propaganda alemana para justificar, de cara a los propios alemanes y a la opinión pública internacional, una intervención militar contra Polonia.

El embajador de Francia en Berlín señaló a su ministro de Asuntos Exteriores la necesidad de combatir esta propaganda mediante una contrainformación: "Esta acción en contra debería ser relativamente fácil si, como me afirma el embajador en Polonia, el 95% de los hechos citados en la prensa alemana para apoyar su campaña son exagerados, desnaturalizados o puramente inventados"[109]. Y el embajador de Francia citaba el ejemplo de un asesinato aparecido en portada de la prensa alemana del 15 de agosto de 1939 bajo el título "Horrible crimen polaco, un ingeniero alemán asesinado",

cuando se trataba de un crimen pasional, sin motivación política y que se remontaba… ¡al 15 de junio!

Pero, para el desarrollo de los acontecimientos, poco importa que se trate de calumnias sistemáticamente negadas mediante desmentidos formales por parte de las autoridades polacas; la cuestión de las minorías alemanas "perseguidas" en Polonia y a las que había que ayudar se convirtió, poco antes de la invasión de Polonia, en el tema central de la propaganda nazi.

La prensa y la radio alemanas trataban el tema a diario, y fue retomado por Hitler, von Ribbentrop y los embajadores de Alemania.

En una entrevista con el embajador de Francia en Berlín el 25 de agosto de 1939, Hitler aseguraba:

En un principio yo había prescrito a la prensa del Reich no publicar nada sobre los malos tratos sufridos por los alemanes de Polonia. Pero la situación pasa actualmente cualquier medida tolerable. ¿Sabe usted que ha habido casos de castración? ¿Que en nuestros campos de acogida hay más de 70.000 refugiados? Ayer mismo la policía polaca mató a siete alemanes en Bielitz […]. No hay país digno de tal nombre que pueda soportar semejantes afrentas[110].

En esta ocasión, también tuvo lugar el habitual baile de cifras. El embajador francés habló de 741.000 alemanes en Polonia. Respondiendo por escrito a Chamberlain, el 24 de agosto de 1939, Hitler habló también de las "atrocidades" que los polacos hacían sufrir "a las minorías alemanas, que cuentan con un millón y medio de habitantes"[111], y en su respuesta del 27 de agosto a Daladier[112], el canciller alemán evocó el terror y los horrores cometidos sobre "casi dos millones de seres humanos" que vivían en sus propias fronteras.

Desde el punto de vista alemán, la guerra tendrá fines "humanitarios" —muy sorprendentes desde nuestro punto de vista

—: reparar una injusticia que los anglo-franceses quieren mantener, cesar el terror ejercido contra una minoría inocente, correr en auxilio de un pequeño grupo oprimido y mantener la libertad de los alemanes.

Estas nobles motivaciones ocultaban, obviamente, otras, aunque oficialmente nunca se habló de intereses económicos[113] y geopolíticos. Lo mismo ocurre en otros conflictos revestidos de las más nobles causas.

Lo mismo que acabamos de describir para la propaganda nazi de entreguerras (no hablar de economía ni de geopolítica, sino alegar motivos humanitarios, ir en auxilio de un pequeño pueblo oprimido…) podría aplicarse igualmente a las motivaciones declaradas por Estados Unidos para justificar de cara a su opinión pública su intervención en las dos guerras mundiales.

Oficialmente (en la Primera Guerra Mundial), Estados Unidos no habló más que de la pequeña Bélgica mártir y de sus refugiados. Y en general, de la defensa de la libertad, de los derechos humanos y de la democracia[114]. Sin embargo, las intervenciones americanas en las guerras europeas vehiculaban enormes intereses económicos, geoestratégicos y políticos.

Así, la transición de Estados Unidos desde la neutralidad hasta su participación en la Segunda Guerra Mundial tuvo claramente motivaciones políticas. El presidente Roosevelt temía que pudiera llegar a cuestionarse el sistema liberal. Un temor que tenía una vertiente económica (el cuestionamiento del sistema económico sobre el que se basa Estados Unidos). El proceso de abandono de la neutralidad se inició con la moción Pepper, quien, tras la invasión de mayo de 1940, propuso “vender a los aliados el material de guerra americano no utilizado”[115]. La propuesta, dos veces rechazada por la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado americano, fue recogida por el presidente Roosevelt[116]. Entonces, Estados Unidos reactivó su producción de armas y definió su fórmula de “préstamo-arrendamiento” a los países europeos que ofrecieran garantías[117]. Oficialmente, Estados Unidos se mantenía neutral porque vendía a compañías privadas (United States Steel) que servían de intermediarios con Gran Bretaña y Francia. Gran Bretaña, que entonces contaba con su imperio para suministrar

materias primas a Estados Unidos, así como Bélgica y los Países Bajos, serían considerados como poseedores de las suficientes "garantías" como para beneficiarse de la ayuda americana.

En este caso, los motivos son puramente económicos, aunque obviamente rara vez se alude a ellos en los discursos oficiales. Los mismos procedimientos se utilizaron en las recientes guerras contra Irak y Yugoslavia.

Respecto a Irak, aunque los objetivos principales de la guerra eran frenar políticamente al país y controlar sus recursos petrolíferos, el pretexto que utilizaron para atacarlo fue el de acudir en auxilio de un pequeño país —Kuwait— injustamente invadido.

Siempre es magnífico sentirse cerca de un pueblo pequeño que sufre, y la llamada injerencia "humanitaria" permite a los fuertes inmiscuirse en la política de los débiles con la mejor de las coartadas morales.

Estados Unidos emprendió operaciones militares contra pequeños países de América Latina con el pretexto de que mantenían vínculos con narcotraficantes. Una de ellas, la efectuada contra Panamá en 1989, se llamaba, precisamente, operación Causa Justa[118]. ¡Qué mejor manera de abordar el espinoso problema de las drogas que representando a nuestros enemigos como la fuente del mismo![119].

En la guerra de la OTAN contra Yugoslavia encontramos la misma discrepancia entre los objetivos oficiales y los no declarados del conflicto. Oficialmente, la OTAN intervino para preservar el carácter multiétnico de Kosovo, para impedir que se maltratase a las minorías, imponer la democracia y acabar con el dictador. Se trataba de defender la sagrada causa de los derechos humanos.

Al final de la guerra no solo pudimos constatar que no se alcanzó ninguno de esos objetivos, que aún estaba muy lejos de ser una sociedad multiétnica y que la violencia contra las minorías[120] —esta vez serbios y gitanos— era un hecho cotidiano, sino que también comprobamos que se alcanzaron los objetivos económicos y geopolíticos de la guerra que nunca se habían contemplado.

Así que, sin que se dijera de modo oficial, la esfera de influencia de

la OTAN se amplió notablemente en el sudeste de Europa. La Organización del Tratado del Atlántico Norte se instaló en Albania, Macedonia y Kosovo, unas regiones que hasta entonces se habían mostrado “reticentes” a ello.

Además, desde el punto de vista económico, Yugoslavia, que se resistía a adoptar una economía de puro y simple mercado[121] y que aún funcionaba con una gran mercado público, vio cómo en Rambouillet le “proponían” que la economía de Kosovo funcionase “según los principios del mercado libre y se abriera a la libre circulación de […] capitales, incluidos los de origen internacional”.

Podríamos preguntarnos ingenuamente qué relación puede haber entre la defensa de las minorías oprimidas y la libre circulación de capitales, pero el primer tipo de discurso oculta claramente otros fines económicos menos confesables.

Así, 12 grandes empresas americanas[122], entre ellas Ford, General Motors y Honeywell, patrocinaron la cumbre del 50 aniversario de la OTAN en Washington en la primavera de 1999. Algunos pueden pensar que fue de manera totalmente desinteresada, mientras que otros pensaban que era un “toma y daca” y que los bombardeos contra Yugoslavia, al destruir la economía socialista del país, abrían el camino a las multinacionales, que soñaban desde hacía tiempo con instalarse allí para hacer buenos negocios.

Además, el propio portavoz de la OTAN, Jamie Shea, anunció que el coste de la operación militar contra Yugoslavia estaría ampliamente compensado con los beneficios que a largo plazo podrían obtener los mercados[123].

Desde el 3 de septiembre, el marco alemán se convirtió en la moneda oficial de Kosovo y la fábrica de coches Zastava en Kragujevac, que yo vi en mayo de 1999, fue destruida por la OTAN el 9 de abril y codiciada por Daewoo desde julio[124].

Como escribió acertadamente Cavanna, el fin de la guerra llegó “cuando los comerciantes de cemento decidieron que había llegado el momento de entrar en escena” (Charlie-Hebdo, 2 de junio de 1999).

Los fines reales de esta guerra eran, ciertamente, complejos. Los motivos económicos no fueron confesados en ningún momento, pero no eran los únicos. Pudo ser igualmente determinante la voluntad de Estados Unidos de reafirmarse como superpotencia a través de sus aliados y de extender su imperio geoestratégico. Con los conocimientos que tenemos actualmente al respecto, es difícil dar una explicación racional a la intervención de la OTAN contra Yugoslavia y decir con exactitud cuál fue el elemento determinante.

Quizás un día los archivos americanos nos muestren los motivos reales de la guerra de la OTAN contra Yugoslavia, entre los cuales no hay que excluir el temor a una "manzana podrida", a un pequeño país sin domar (Yugoslavia, tras Nicaragua o Vietnam) que habría podido, con su "mal ejemplo", contaminar a otros países con ideas de insumisión.

En cualquier caso, las motivaciones no eran ni humanitarias ni altruistas. Pero fue esencial hacer creer a la opinión pública, en el momento del inicio de las operaciones, que se trataba de un ataque bien fundado.

La guerra contra Irak fue oficialmente declarada por el "mundo libre" para capturar a Bin Laden, contrarrestar el terrorismo e instaurar la democracia y la liberación de las mujeres.

El filósofo Guy Haarscher justificó la guerra contra Afganistán e incluso habló del deber de llevarla a cabo para "proteger a los inocentes amenazados por la red de terrorismo de Al Qaeda"[125].

Las razones de la guerra eran, por tanto, humanitarias y nobles, aunque transcurridos cinco años no hubieran alcanzado ninguno de los objetivos declarados.

El ataque contra Irak en 2003 tenía el fin de liberar a los iraquíes de su tirano. Tony Blair anunció a los iraquíes: "Nuestras fuerzas son liberadoras y amigas del pueblo iraquí"[126]. Sin embargo, a pesar de toda esta puesta en escena en pos de la "liberación", los iraquíes no se mostraron muy de acuerdo con la justificación del conflicto, algo que se reflejó pronto en sus respuestas hostiles contra los soldados anglo-americanos. En lo que respecta al establecimiento de la democracia en Irak, no parece que vaya a ser algo inminente. Sin

embargo, los nombres que reciben las recientes operaciones de la OTAN —que más bien parecen nombres de perfumes— no dejan de recordarnos la pureza de sus intenciones: operación Causa Justa choca con Tormenta del Desierto, Cosecha Esencial, Justicia Infinita o Liberación Inmutable.

Si nos fijamos una vez más en el conflicto ruso-ucraniano, veremos que los ejemplos abundan. Los intereses económicos y geopolíticos de Rusia al declarar la guerra son recalcados por todas partes en Occidente, pero cuando se trata de los intereses occidentales de la misma índole, todo queda de puertas para dentro. Preferimos explicar la intervención de la OTAN en el conflicto por medio de motivaciones morales: por nuestra parte, entrar en la guerra "para detener a Rusia" es fruto de nuestros valores éticos y de nuestro amor por la democracia, la autodeterminación de los pueblos (a no ser, claro, que decidan apoyar a Rusia) y la libertad. Apenas se mencionan los avances de la OTAN hacia las fronteras rusas o el interés de los lobbies militares-industriales en vender y exportar armas a Ucrania. Nunca hablamos de las oligarquías de nuestros multimillonarios, ese término peyorativo se reserva para hablar de los multimillonarios rusos. En cuanto a los intereses estadounidenses por las fuentes de energía, tampoco se mencionan demasiado. No importa que leamos en el Economic Alternatives: "Para disminuir su dependencia con el gas natural ruso, Europa va a importar más gas americano, de esquisto, por una suma elevada"[127]. Oficialmente, el Gobierno ucraniano lucha, con el apoyo de la OTAN, por la democracia (tras haber suprimido a los partidos de la oposición, cuyos líderes están en algunos casos en prisión o enfrentándose a los sindicatos) y Rusia lucha por desnazificar Ucrania al tiempo que mantiene su propio régimen autoritario.

En la propaganda, el imperialismo siempre es culpa del "otro". Estados Unidos acusa a China de tener objetivos imperialistas y belicistas, pero China argumenta que no tiene más que una base militar en el extranjero frente a las 725 de Estados Unidos, así como que el gasto militar de China es de 141 dólares anuales por cabeza mientras que el de Estados Unidos asciende a 2.187.

Parece que la naturaleza humana quisiera que cada grupo se presentara a sí mismo como actuando por el bien común.

Ya Voltaire[128] (1694-1778) imaginó que el escita Babuc, a las órdenes del genio Ituriel, iba sucesivamente del bando de los indios al de los persas:

[…] que guerreaban desde hacía años por una causa ridícula y que cada Gobierno afirmaba que no quería más que la felicidad del género humano: solo unos pocos de nuestros principales sátrapas saben exactamente por qué nos degollamos […]. Los asesinatos, incendios, ruinas y devastaciones se multiplican, el universo sufre y el encarnizamiento continúa. Nuestro primer ministro y el de los indios protestan a menudo diciendo que no actúan más que por la felicidad del género humano y en cada protesta hay siempre algunas ciudades destruidas y algunas provincias arrasadas.

Incluso los seres humanos más abyectos raras veces aluden a motivaciones egoístas o innobles y aseguran tener buenas intenciones y fines altruistas, convenciéndose de ello para mantener una imagen positiva de sí mismos. Los conquistadores intentaban ganar almas para el cristianismo, los torturadores chilenos luchaban contra el marxismo…

Tras esta autopersuasión, hay que convencer a la opinión pública de que va a participar en una causa noble. La van a convencer de que hay que intervenir contra “bandidos”, “criminales” y “asesinos”. Este es otro de los principios de la guerra: hay que presentarla como un conflicto entre la civilización y la barbarie. Para lograrlo, tenemos que convencer a la opinión pública de que el enemigo comete atrocidades de forma sistemática y deliberada, mientras que nuestro bando solo puede cometer errores involuntarios.

Este es el quinto principio básico de la propaganda de guerra, que desarrollaremos a continuación.

5. El enemigo provoca atrocidades a propósito,

si nosotros cometemos errores es

involuntariamente

Los relatos de las atrocidades cometidas por el enemigo son parte esencial de la propaganda de guerra.

Por supuesto, esto no significa que no se cometan atrocidades durante las guerras. Al contrario, los asesinatos, robos a mano armada, incendios, saqueos y violaciones tienden a ser —por desgracia— comunes en cualquier circunstancia de guerra y la práctica habitual de todos los ejércitos, desde la Antigüedad hasta las guerras del siglo XXI.

Sin embargo, lo que sí es propio de la propaganda de guerra es hacer creer que solo el enemigo acostumbra a cometer estos delitos mientras que nuestro propio ejército está al servicio de la población, incluso de la enemiga, y que es querido por ella.

La criminalidad se convierte en el símbolo mismo del ejército enemigo, compuesto esencialmente por sinvergüenzas sin fe ni ley.

Durante la Primera Guerra Mundial esta imagen fue explotada por los dos bandos. Por parte alemana circulaba la acusación contra las poblaciones civiles belga y francesa de llevar a cabo una guerra desleal de “francotiradores” contra el ejército alemán. Arthur Ponsonby señaló que la propaganda alemana había difundido el rumor de que se había reservado una sala en el hospital de Aix para los soldados alemanes a los que les habrían arrancado los ojos… ¡en Bélgica! Además, los diarios alemanes publicaron la noticia de que un médico francés y dos oficiales habían contaminado un pozo en Metz con bacilos de la peste y del cólera. En ese mismo sentido, la Oficina de Prensa (Pressekonferenz) alemana, presidida por un militar, dejó correr el rumor de que unos curas belgas habían escondido una ametralladora tras su altar, que habían fusilado a

soldados alemanes o cortado los dedos a alemanes que llevaban anillos para ponérselos como collares, o que incluso les habían dado café con estricnina…

Estos espantosos rumores crearon en las tropas alemanas un pánico indescriptible: cualquier civil belga o francés les parecía un sádico en potencia.

Las acusaciones aliadas referidas al comportamiento del ejército alemán no tardaron en hacerse oír como respuesta. Según los autores actuales[129], estas acusaciones nacieron de la compleja unión entre la subjetividad colectiva y la realidad de la guerra, y fueron "utilizadas", más que inventadas del todo, por los departamentos de propaganda de ambos bandos. Habrían nacido como leyendas, sin ninguna relación, ni siquiera indirecta, con los acontecimientos y transmitirían en el imaginario colectivo el miedo histérico que sentían civiles y soldados confrontados en la tensa atmósfera de la guerra. Las propagandas oficiales no habían hecho más que amplificar esta emoción colectiva del pueblo, en vez de reducirla o eliminarla desmintiendo categóricamente esas leyendas.

En el bando aliado, el tema de los "niños belgas con las manos cortadas" fue el que tuvo más éxito e impacto político durante la Primera Guerra Mundial. John Horne[130] estudió el origen de esta leyenda y llegó a la conclusión de que era un rumor infundado. Todo empezó con la publicación, a finales de 1914, de relatos de mutilaciones diversas que desembocaron en 1915 en el asunto concreto de las "manos cortadas". Este tema iba a desempeñar un papel recordatorio y simbólico para la opinión pública, que le otorgaría un profundo significado moral a la lucha maniquea contra la barbarie, un conflicto que intuía largo y cruel. Según este autor, la primera fase no fue fruto de una campaña oficial concertada, sino de esos relatos de atrocidades, que precipitaron a los refugiados a las carreteras. Si desde un punto de vista estrictamente militar este éxodo creaba un desorden nefasto, en cambio, el tema de los refugiados belgas (y de las atrocidades alemanas) iba a ser ampliamente explotado en el plano internacional.

Tras la Gran Guerra, lord Esher escribió: "El episodio belga fue un golpe afortunado que vino muy bien para dar a nuestra entrada en la guerra el pretexto moral necesario para preservar la unidad de la

nación y también la del Gobierno"[131]. Los refugiados belgas y la leyenda de los niños con las manos cortadas sirvieron para que en Estados Unidos se inclinara la balanza a favor del intervencionismo.

La historiadora belga Suzanne Tassier[132], que trabajó en archivos americanos, señaló el papel esencial que desempeñaba la imagen de la "pobrecita Bélgica" en la opinión norteamericana, algo que hizo imposible la neutralidad de Estados Unidos y los decantó hacia el bando aliado.

Las primeras brechas en el aislacionismo estadounidense se habían producido ya en 1915-1916, a través de la acción de la Comisión de Ayuda a Bélgica en la opinión estadounidense, sus llamamientos en favor de los niños belgas y sus campañas de recogida de ropa y alimentos para las víctimas belgas de la agresión alemana[133].

Mediante emotivos relatos, los bebés belgas con las manos cortadas fueron utilizados en numerosas ocasiones por Émile Vandervelde y Jules Destrée durante su gira por Italia para persuadir a los italianos de que entraran en la guerra en el bando aliado.

Franceso Saverio Nitti, que había sido ministro durante la guerra y después presidente del Consejo italiano, atestiguaba en sus memorias el impacto de esos relatos:

Hemos oído contar la historia de los pobres niños belgas a quienes los hunos les habían cortado las manos. Tras la guerra, un rico americano, profundamente emocionado por la propaganda francesa, envió a Bélgica a un emisario para conseguir entrevistar a los niños cuyas pobres manitas habían sido cortadas. No consiguió descubrir ni a uno solo. Mr. Lloyd George y yo mismo, cuando era jefe del Gobierno italiano, realizamos minuciosas investigaciones en cuanto a la veracidad de estas acusaciones, en algunas de las cuales se habían especificado los nombres y los lugares. Y nos encontramos con que todos los casos, todos los objetos de nuestra investigación, eran inventados[134].

Se contaba que los alemanes mutilaban a las enfermeras y descuartizaban los cuerpos de sus prisioneros para hacer lubricantes, que habían tapado las minas belgas para enterrar vivos a los mineros, que tatuaban un águila alemana en el rostro de sus prisioneros o les cortaban la lengua. La prensa aseguraba que los alemanes bombardeaban premeditadamente los hospitales y "apuntaban" específicamente a las iglesias.

Un oficial alemán, con fama de ser impermeable a la cultura como el resto de su "raza" (que, sin embargo, antes de la guerra daba cada año al mundo una gran cantidad de científicos, artistas y pensadores), habría lanzado a las llamas del incendio de Lovaina La última cena de Dirk Bouts, cuadro que, no obstante, aún puede verse hoy en la iglesia St. Pierre de la mencionada ciudad.

El monstruo "boche" blandía su antorcha para incendiar las ciudades y los monumentos, levantaba su vaso para beber, degollaba a los recién nacidos y, en ocasiones, cortaba los senos a las mujeres o se precipitaba sobre ellas para violarlas con una risa demoníaca[135].

Las atrocidades reales de la guerra ya eran lo bastante crueles (por ejemplo, los 5.500 fusilados civiles en Dinant, Tamines, Andenne, Rossignol y otras ciudades belgas, ejecutados en dos meses con la excusa de que eran francotiradores), pero aún hacía falta añadir algunos detalles más "jugosos" para hacer creer que la guerra se libraba entre un pueblo de bandidos y un ¡pueblo de paladines en busca de hazañas heroicas!

Se dijo que:

Treinta o treinta y cinco soldados alemanes habían entrado en la casa de David Tordens, carretero en Sempst (hoy Zempst). Ataron al hombre y luego cinco o seis de ellos se abalanzaron, ante sus ojos, sobre su hija de 13 años, la golpearon violentamente, para luego ensartarla en sus bayonetas. Tras esta horrible acción machacaron a golpes de bayoneta a su hijo de nueve años y fusilaron a su mujer. El hombre había salvado su vida gracias a la ¡llegada a tiempo de soldados belgas! Además, se afirmó que todas las chicas jóvenes de

Sempst fueron secuestradas y violadas por los alemanes[136].

Pero el secretario de la comuna, Paul van Boekpoort, el burgomaestre Peter van Asbroek y su hijo, Louis van Asbroek, dijeron, en una declaración jurada el 4 de abril de 1915, en Sempst, que el nombre de David Tordens dado al carretero les era totalmente desconocido, que no había nadie con ese nombre en Sempst antes de la guerra y que nadie en el pueblo conocía a David Tordens. Que durante la guerra ninguna mujer ni niño menor de 14 años habían sido asesinados en Sempst y que, si se hubiera producido tal cosa, ellos, con toda seguridad, lo habrían sabido.

También se publicó otro relato según el cual los alemanes habían encontrado en Ternat a un chico y le habían preguntado por el camino a Thurt (un lugar desconocido). Como el chaval no los entendía, le habrían cortado las dos manos. La declaración del burgomaestre de Ternat al doctor Poodt, el 11 de febrero de 1915, afirmaba lo siguiente: "Declaro que no hay ni una sola palabra verdadera en ese relato. Yo he estado en Ternat desde comienzos de la guerra y es imposible que no se me haya informado de un hecho tal; es pura invención".

El capitán F. W. Wilson, en otro tiempo editor del Sunday Times, explicó cómo se elaboró una de esas historias. El relato se publicó en The New York Times (y fue reproducido por el Crusader el 24 de febrero de 1922):

El capitán Wilson, un corresponsal del Daily Mail de Londres, se encontraba en Bruselas en la época de la guerra. Le telegrafiaron que se necesitaban historias de atrocidades. En ese momento, no hubo atrocidades. Así que le telegrafiaron que querían historias sobre los refugiados. Entonces me dije: "bueno, no necesitaré moverme". Había una pequeña ciudad cerca de Bruselas donde se podía cenar, y cenar bien, además. Supe que los hunos habían estado allí. Y supuse que allí debía haber habido un bebé. Y entonces escribí una historia para derretir el corazón sobre un bebé de Korbeek-Loo arrebatado a los hunos a la luz de las casas en

llamas.

Al día siguiente me telegrafiaron que enviara al bebé, porque habían recibido unas cinco mil cartas de personas que querían adoptar al niño. Un día después, el despacho del diario se vio inundado de vestiditos de bebé. Hasta la reina Alexandra envió un telegrama de simpatía y algunas ropitas. Y yo no podía telegrafiar respondiendo que el bebé no existía. Así que acabé por arreglármelas con un médico que cuidaba de los refugiados para decir que ese querido bebé había muerto de alguna enfermedad contagiosa, de modo que no habíamos podido ni tan siquiera hacerle un funeral público.

Y Lady Northcliffe se encargó de organizar una fiesta de caridad con todas esas ropas de bebé[137].

También se acusó a los alemanes de haber crucificado a un soldado canadiense. La historia recorrió toda la prensa de Canadá y los miembros del Parlamento la citaron en Gran Bretaña en sus discursos públicos:

Las autoridades militares en Francia tienen instrucciones permanentes de informar de los detalles de todos los casos debidamente constatados de atrocidades cometidas por los alemanes contra nuestras tropas. No se ha recibido ninguna información en el sentido de la planteada por el honorable miembro, pero, a partir de la información contenida en la cuestión precedente, se ha abierto una investigación que aún sigue en curso (respuesta del señor Tenant a la Cámara de los Comunes, 19 de mayo de 1915).

Pero su autenticidad fue discutida tan solo ocasionalmente por el general March en Washington. En 1919 resurgió el asunto, a raíz de la publicación de la carta en La Nation (12 de abril), de un individuo, W. Loader, del Segundo Regimiento Real de Kent

Occidental, quien declaraba haber visto al canadiense crucificado. Aunque luego La Nation fue informada por el capitán E. N. Benet de que entre los efectivos de dicho Regimiento no figuraba nadie con ese nombre y que además el segundo batallón había permanecido en la India durante toda la guerra…[138].

Aunque nos resulta fácil imaginarnos que se imputen atrocidades como estas a nuestros enemigos durante la Primera Guerra Mundial, nos es más difícil imaginar que también nuestros enemigos representaban a nuestros soldados como bestias feroces sedientas de sangre.

Y es que los aliados de la Primera Guerra Mundial sí que fueron capaces de levantar la mano sobre un enemigo desarmado. El ejército alemán de la Primera Guerra Mundial fue culpable de muchas atrocidades, pero las masacres de civiles belgas hechas por el ejército alemán tuvieron sus paralelismos en el lado aliado. En Alemania y Austria se publicaron diversas obras —algunas de ellas fiables— en las que se denunciaban los crímenes de guerra de los aliados[139].

Una octavilla lanzada los primeros días de agosto de 1916 por aviadores alemanes sobre el Gran Cuartel General Francés[140] denunciaba los bombardeos por parte de aviones franceses de civiles que se hallaban muy lejos del frente, en Karlsruhe, Mullheim, Friburg, Kandern, Holzen y Mappach.

La octavilla condenaba estos “ataques bárbaros” que habían matado a mujeres y niños lejos de cualquier objetivo militar. Efectivamente, las bombas aliadas no caían solo sobre los cuarteles y las estaciones, como anunciaban diariamente los diarios franceses. El bombardeo de Karlsruhe realizado el 26 de junio de 1916 por los aliados, por ejemplo, mató a 26 mujeres y 154 niños que asistían a la procesión del Corpus Christi.

Miss Cavell y Gabrielle Petit tuvieron sus homólogas, como la granjera de la zona de Valmy condenada a muerte por el consejo de guerra por haber acogido a fugitivos alemanes y haberlos dejado escapar[141].

Soldados franceses que estuvieron custodiando a prisioneros

alemanes testificaron que se habían infligido golpes con porra y nervios de buey y se había privado de víveres, “bajo la mirada benevolente del jefe del campo, a tropas alemanas en estado lamentable, piojosos y hambrientos”[142].

Un oficial francés de caballería, Gouttenoire de Toury, acusó formalmente al general francés Martin de Bouillon, comandante de la decimotercera división de infantería, de haber dado la orden de acabar con los prisioneros alemanes en la víspera de los ataques del 25 de septiembre de 1915 en Artois.

El médico jefe Koechlin dijo que se había dado la misma orden y en la misma fecha en Champagne, y que el quincuagésimo segundo regimiento colonial había tenido un celo especial a la hora de ejecutarla, llegando incluso a exterminar totalmente un puesto de socorro alemán con sus heridos, enfermeras y médicos[143].

Como todos los ejércitos del mundo, los ejércitos de los aliados de la Primera Guerra Mundial tenían tras de sí un oscuro pasado. Los británicos tenían el suyo propio. Habían incendiado Washington en 1812 sin ninguna razón y habían cometido numerosas atrocidades en Irlanda y en la India. Los alemanes exterminaron a los hereros en Namibia, pero durante la guerra en Sudáfrica fueron los británicos quienes destruyeron sistemáticamente las granjas bóer e inventaron los primeros “campos de concentración” para ellos[144]. Los rusos se habían lanzado en 1830 y 1863 contra los polacos y durante la Primera Guerra Mundial sometieron a un gran sufrimiento a los lituanos, letones y polacos que se llevaron consigo en su retirada. En Prusia oriental destruyeron más de 30.000 casas en un mes de invasión (a título de comparación, la invasión alemana destruyó 15.000 cuando invadió Bélgica). Los estadounidenses se habían distinguido por el genocidio de los indios. En el Congo, los belgas no habían sido precisamente blandos y los franceses, en cuanto a las guerras napoleónicas y la represión de la Comuna, eran un “modelo” de atrocidad difícil de superar en su época.

Creer que la Primera Guerra Mundial se libró entre bandidos, por un lado, y nobles caballeros, por otro, es, por tanto, una actitud sumamente ingenua.

Las violencias de uno y otro bando pueden ciertamente ser más o

menos crueles e incluso totalmente desproporcionadas según las circunstancias, los medios, la disciplina o las órdenes dadas, pero la propaganda de guerra debe hacer creer que estas son únicamente cosa del enemigo. Nosotros mismos solo podemos provocar "desatinos", por equivocación o inadvertencia.

Este principio volvió a aplicarse fielmente en las guerras de Argelia y Vietnam o, más recientemente, en las guerras contra Irak y Yugoslavia. En el primer caso, los medios de comunicación nos hicieron creer que los pilotos occidentales capturados por los iraquíes tenían el rostro tumefacto por los golpes… antes de desmentirlo más tarde y confesar que no se trataba de malos tratos infligidos por los iraquíes, ¡sino de la equimosis provocada por la eyección del avión en pleno vuelo!

También sabemos que para convencer a la opinión pública americana de que había que intervenir en el conflicto entre Irak y Kuwait, se contrató a la firma publicitaria Hill & Knowlton, con el fin de que creara una campaña de prensa favorable a esta intervención. El punto fuerte de esta campaña, y al que aludieron en diversas ocasiones el Congreso americano, la ONU y el presidente americano Bush en sus discursos, era la lamentable historia de unos bebés kuwaitíes arrancados de sus incubadoras por soldados iraquíes para que murieran. La mentira tuvo un peso decisivo en el giro de la opinión pública americana. Y aunque enseguida fue desmontada y se vio que era una pura invención de esa agencia, financiada por los dirigentes kuwaitíes, jugó su papel con gran eficacia.

Los relatos de atrocidades tuvieron también un papel clave para que la opinión pública europea y americana aceptara los bombardeos contra Yugoslavia. Es cierto —como en toda guerra y sobre todo civil— que en Kosovo hubo numerosos actos violentos, pero la propaganda de los dos bandos puso el acento —lo cual ya es un clásico— sobre las atrocidades del enemigo.

Los medios de comunicación occidentales aplicaron con precisión el principio de la propaganda de guerra del que trata este capítulo: los demócratas no podían hacer daño más que de una manera inocente mientras que los serbios lo perpetraban deliberadamente.

Los sufrimientos de las víctimas serbias no podían, pues, aparecer más que como “deslices” y la expresión “daños colaterales” fue aplicada a esas víctimas, por quienes no era necesario sentir piedad.

Por parte occidental la propaganda giró, desde antes de los bombardeos, en torno a los crímenes serbios cometidos en su “depuración étnica” en Kosovo, lo cual era fruto de un plan premeditado.

Se explicó que el estadio de Pristina había sido transformado en campo de concentración para 100.000 hombres y que Milosevic había ordenado asesinar a los líderes albaneses moderados de Kosovo, quienes —afortunadamente para ellos— reaparecieron algunos días después.

Los medios de comunicación occidentales dedicaron un enorme espacio a “informaciones” como la de la pseudomasacre de civiles en Racak[145], la del descubrimiento de “fosas” (el término es sistemáticamente utilizado para las víctimas del enemigo, pero las nuestras acaban dignamente en los cementerios u otros “lugares de sepultura”) y, por supuesto, a los fantasiosos balances que contabilizaban en varios centenares de miles las víctimas albanesas del terror serbio. Que tras la guerra el número de víctimas contabilizadas por el equipo español de médicos forenses se redujera a menos de 2.500 muertes en Kosovo de personas de diversas nacionalidades, importaba muy poco[146]. La mentira mediática ya había cumplido eficazmente su papel y había preparado a la opinión pública occidental para que aceptara la idea de los bombardeos.

En cuanto al éxodo de refugiados albaneses de Kosovo, en parte provocado por el terror serbio (que se exacerbó tras los bombardeos de la OTAN)[147] y también en parte por los propios bombardeos, sería explotado al máximo por los medios occidentales.

Como había ocurrido antes con los refugiados belgas, los refugiados kosovares sirvieron estupendamente a la política. Durante semanas ni un solo telediario se abrió sin estas imágenes impactantes, sin esos testimonios emotivos: historias de niños abandonados, de mujeres violadas, de familias masacradas, testimonios de adolescentes…

Un oficial francés aseguró que el testimonio de un pequeño refugiado albanés de 10 años con una bala en el brazo había hecho más mella que la que habrían podido hacer 50 divisiones[148].

Como en los viejos tiempos de la Primera Guerra Mundial, si los relatos no son lo suficientemente impactantes, se inventan. Ante todo, la propaganda exige "buenas historias". La periodista Nancy Durham, de la Canadian Broadcasting Corporation (CBC), explicó cómo ella misma había sido engañada y había difundido por decenas de cadenas televisivas el relato de una albanesa de Kosovo, Rajmonda, que aseguraba haber visto a su hermanita asesinada ante sus ojos. Tras una investigación seria, se supo que su familia estaba perfectamente, que Rajmonda era una militante de la UCK y que su historia era totalmente inventada. Nancy Durham, aterrada por su descubrimiento, quería que los espectadores supieran que aquel relato era falso, pero las cadenas a las que se lo propuso le desaconsejaron expresamente difundir esta aclaración[149].

Refiriéndose a la explotación política de la cuestión de los refugiados belgas durante la Primera Guerra Mundial, Georges Demartial dijo: "Francia e Inglaterra han explotado el infortunio de Bélgica como lo hacen esas mujeres que explotan la caridad pública con un niño lloroso en brazos. Han seguido haciendo que el niño llorara para aumentar los ingresos"[150].

Por parte yugoslava, en cambio, hablaron esencialmente de las víctimas civiles de los bombardeos, estimadas entre 1.200 y 5.000 según las fuentes, así como de la depuración étnica de Kosovo hecha por los milicianos albaneses de la UCK, que a partir del verano de 1999 eran el bando triunfador.

Según la investigación de Human Rights Watch, más de la mitad de los civiles muertos en los bombardeos de la OTAN habían sido víctimas de ataques que tenían por objetivo lugares sin función militar alguna[151]. Pero la OTAN aseguró que las centrales eléctricas, los puentes, las fábricas y los edificios de la televisión tenían una función militar. Si resultaban afectados civiles era porque ¡Belgrado los utilizaba como escudos humanos![152]. Así que los medios de comunicación occidentales se pusieron de acuerdo para no dar importancia a estos "daños colaterales", cuya amplitud pude constatar con motivo del viaje que realicé a Yugoslavia en mayo de

1999, durante los bombardeos[153].

Para encubrir ciertos errores desastrosos, como el bombardeo de un convoy ferroviario en el momento en que cruzaba un puente, la OTAN no dudó en falsificar la película de la operación, acelerando las imágenes para poder afirmar que había habido un "error clamoroso"[154]. Pero el aniquilamiento de los tractores de un convoy de refugiados, que un piloto americano había tomado por tanques, no mereció ni tan siquiera explicaciones o excusas.

En cuanto a la "depuración étnica" —rebautizada como "desplazamiento de población"— de los serbios, gitanos, bosnios y otros no albaneses de Kosovo, tras la llegada de la OTAN a Kosovo, fue evaluada por el informe de Jiří Dienstbier[155] con más de 250.000 expulsados, situación que además había dado lugar a numerosas atrocidades. Pero esto no tuvo la misma diligencia humanitaria en los medios occidentales como había tenido la depuración anterior. En cambio, fue ampliamente recogida en Yugoslavia, como lo habían sido las víctimas de los bombardeos de la OTAN, rebautizados "golpes" en nuestros medios de comunicación, para hacerlos más modernos y asépticos que "bombardeos", un término impopular, sangriento y que puede evocar a los que sufrieron nuestros padres durante la Segunda Guerra Mundial.

Las palabras tienen un peso: en nuestro bando se habla de "liberación de territorio", de "desplazamientos de poblaciones", de "cementerios", de "información". Si se trata del otro bando, hay que reemplazar sistemáticamente estos términos por "ocupación", "depuración étnica" o "genocidio", "fosas" y "propaganda".

Cuando en mayo de 1999 las bombas alcanzaron el hospital de Belgrado, las Noticias de la Tarde de Belgrado[156] titularon en primera página, sobre emotivas fotos de parturientas heridas estrechando a sus recién nacidos entre sus brazos: "Bombas sobre las cunas".

Belgrado entonces publicó un libro blanco en dos volúmenes sobre los crímenes de la OTAN en Yugoslavia, que incluía informes de autoridades judiciales y numerosas fotos de atrocidades, por ejemplo, del bombardeo de una colonia de refugiados el 14 de abril

de 1999 en Djakovica[157].

Otra obra, publicada en Belgrado en 2000 por el Center for Peace and Tolerance, presentó también numerosas fotos de serbios obligados al exilio y de incendios criminales de sus casas e iglesias tras una victoria de la UCK que había sido apoyada por los bombardeos de la OTAN[158].

El procurador general de Serbia inculpó, en agosto de 2000 —por lo que él consideraba como atroces crímenes de guerra—, a 14 presidentes y ministros de potencias occidentales, entre ellos Bill Clinton, Madeleine Albright, Tony Blair, Jacques Chirac, Gerard Schröder, Joschka Fischer y el antiguo secretario de la OTAN Javier Solana[159].

Los medios de comunicación occidentales, lógicamente, no darán ninguna cobertura a estas atrocidades[160], políticamente comprometedoras. Las únicas atrocidades "interesantes" para la propaganda son aquellas que pueden explotarse políticamente.

Lo que nos queda al final es la idea de que la violencia es la esencia misma de la guerra para cada uno de los beligerantes. Es utópico desear que sea humana y moderada. La guerra no puede humanizarse. Al contrario de lo que pretende la propaganda de guerra, no se trata de llevarla a cabo de una manera caballerosa o no.

Este principio es esencial para ganarse la opinión pública. Ha estado presente en todas las guerras del siglo XX, plantando cara a los monstruosos enemigos, violando mujeres, mutilando deliberadamente a nuestros buenos soldados, esperados con impaciencia por civiles enemigos, que trabajaban para protegerlos y alimentarlos, cuando no para acudir en ayuda de los enemigos heridos.

Desgraciadamente, esta imagen de Épinal ya no encaja tanto con las guerras presentes como lo hacía con las del pasado.

Todos los ejércitos violan y maltratan siempre que encuentran la oportunidad de hacerlo. Un trabajo reciente de un profesor de universidad americano calcula que la cifra de mujeres inglesas,

francesas y alemanas de todas las edades que sufrieron abusos sexuales durante la Segunda Guerra Mundial asciende a 17.000[161].

Por supuesto, las palabras tienen un peso significativo. Cuando decimos que nuestros solados "liberarán" Bagdad o "asegurarán" Kabul[162] es infinitamente más agradable que hablar de tropas de ocupación.

Las imágenes de la "liberación" fueron cuidadosamente escenificadas con la ayuda de equipamiento militar (para echar abajo la famosa estatua del hotel Palestina), de extras (como los allegados de Ahmed Chalabi) e incluso de utensilios que trajeron los libertadores (camisetas, banderas, insignias…).

La mediatización de los soldados de la OTAN repartiendo suministros en Afganistán reforzó la imagen que se le estaba dando al público occidental de que nuestros soldados estaban allí para ayudar a la población.

Por otra parte, se difundió que los "soldados" iraquíes saquearon y apalearon a una pobre chica estadounidense llamada Jessica Lynch, hasta que fue liberada por un escuadrón de rangers. Esta "liberación" más que mediatizada, aunque elevó la moral estadounidense, no se correspondía en absoluto con la realidad. La BBC reveló que la joven soldado, lejos de haber sido maltratada, estuvo en la mejor cama del hospital y recibió dos transfusiones de sangre, por lo que la redada al hospital de Nassiriya no fue más que un espectáculo mediático.

Siempre que hablamos de los crímenes de guerra cometidos por los occidentales en Afganistán en 2001 o en la segunda guerra de Irak, nos referimos a ellos —como viene siendo clásico— como "accidentes involuntarios"[163]. Son accidentes, y no atrocidades, las ejecuciones de prisioneros talibanes en Kunduz, los 48 civiles asesinados en una boda el 1 de julio de 2002 en Kakarak, los prisioneros torturados en Guantánamo, los agricultores iraquíes que fueron bombardeados, las masacres a los civiles de zonas rurales…

Si los "accidentes" se multiplicaron en Irak fue porque las provocaciones estaban azuzando los nervios de los soldados de la coalición[164]. En Faluya, 16 locales fueron ametrallados hasta la

muerte por soldados estadounidenses porque habían desafiado al ejército estadounidense durante una manifestación, en la que lanzaron zapatos a los soldados ¡que estos confundieron con granadas![165].

Sin embargo, la versión oficial de los soldados humanitarios de la coalición se vio seriamente cuestionada con la publicación en el Evening Standard[166] de las confesiones de los soldados estadounidenses que declararon haber disparado de forma indiscriminada contra civiles, haber dejado morir a los heridos e incluso haberlos rematado. Los soldados que testificaron para el periódico británico también dijeron que habían sido incapaces de distinguir entre tropas enemigas y civiles, algo que es una realidad indiscutible de todas las guerras y que, sin embargo, dista muchísimo de la versión destilada y edificante que reproducía la propaganda oficial.

Ya lo decía Voltaire en sus Cuentos filosóficos: “No hay leyes de guerra. El único mal que no hace es el temor o el interés que la detiene”.

La guerra no es, bajo ningún contexto, una expedición moral que mira por los civiles y vela por su cuidado. La guerra entre Rusia y Ucrania (sostenida por la OTAN) no es una excepción. Aunque las atrocidades cometidas por las tropas rusas tuvieron un gran eco entre la prensa occidental, el informe de Human Rights Watch sobre los abusos cometidos por los ucranianos contra los prisioneros de guerra rusos fue presentado al público en el diario Le Monde (sábado 9 de abril de 2022, que tituló “Los posibles abusos cometidos por los militares ucranianos”).

Asimismo, el informe de Amnistía Internacional del 4 de agosto de 2022 estipuló —con ejemplos concretos— que Kiev ponía en peligro a sus civiles (los escudos humanos que solo se denunciaban cuando era el enemigo el que lo hacía), al desplegar sus tropas en zonas residenciales, algo que se recibió muy mal entre la prensa occidental[167]. Es más, en agosto de 2022, los legionarios extranjeros que combatían por Ucrania por un decreto del presidente del 27 de febrero de 2022 fueron el principal tema de un informe de 78 páginas que denunciaba sus comportamientos criminales: redadas, robos, tráfico de armas, abuso de mujeres, todo bajo la autoridad de

un criminal polaco (The Kyiv Independent). Esta información tan inquietante, sin embargo, apenas sería difundida por los medios de comunicación occidentales. Siempre hay que denunciar las atrocidades que comete el enemigo (como, por ejemplo, el comportamiento de China hacia los uigures) para así evitar hablar de las atrocidades que se cometen en nuestro nombre, como en el caso de lo que está ocurriendo en Irak o en Afganistán.

Por su parte, los refugiados son muy útiles para demostrar la barbarie del enemigo. El mero hecho de que hayan huido es una "prueba" de la gravedad de su comportamiento y serán objeto de una enorme publicidad en los medios de comunicación del otro bando. En el caso del conflicto ruso-ucraniano han sido mediáticamente omnipresentes desde que comenzó la guerra y han ayudado a movilizar a la población europea a favor de su acogida, como resultó en el caso de Francia y Gran Bretaña con los refugiados belgas durante la Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, el sexto principio de la propaganda de guerra dice que es el enemigo —y solo él— quien no respeta estas leyes, utilizando, por ejemplo, armas no autorizadas.

6. El enemigo utiliza armas no autorizadas

Este principio es el corolario del anterior.

Nosotros no solo no cometemos atrocidades, sino que, además, hacemos la guerra caballerosamente, respetando —como si se tratara de un juego, duro pero viril— las reglas.

Lo cual no ocurre, evidentemente, con los enemigos, que nunca las respetan…

En realidad, el desenlace de las guerras puede depender de la excelencia estratégica de los generales o de la motivación y valentía de los participantes, pero también —¿y sobre todo?— de la superioridad manifiesta del armamento de uno de los dos bandos.

Los galos, los precolombinos o los republicanos españoles podían tener excelentes jefes de guerra y estar dispuestos a cualquier sacrificio, pero fueron vencidos por las catapultas, los caballos y los aviones contra los que sus métodos no podían hacer nada. De ese modo, lo más frecuente es que la victoria dependa de esta superioridad tecnológica.

Para quienes luchan encarnizadamente pero no ven la victoria de su lado porque están en desventaja y aún no disponen de un nuevo ejército, es fácil caer en la tentación de decir que no es justo utilizarlo. Lo mismo ocurre con el ataque por sorpresa, que resulta legítimo e incluso sinónimo de la excelencia de nuestra estrategia cuando es practicada por nuestro bando, pero es una prueba de cobardía cuando lo practica el enemigo.

Así, vemos que cuando Italia atacó a Francia el 15 de junio de 1940 —después de hacerlo Alemania—, lo que hizo fue darle “una puñalada por la espalda”, muy en consonancia con su proverbial cobardía. La operación Barbarroja de Hitler contra la Unión Soviética, el ataque a Pearl Harbor de los japoneses, la guerra de Kippur contra Israel, la ofensiva turca en Chipre, o la invasión de

Kuwait hecha por Sadam Huseín se nos han presentado como otros tantos actos de traición que sorprendieron nuestra buena fe.

Es más, incluso cuando estamos convencidos de haber causado numerosas bajas entre la población enemiga, aún nos resulta posible escudarnos en que la culpa la tiene el enemigo por utilizar la estrategia del "escudo humano" y proteger a sus soldados por medio de los civiles. Esta es probablemente la táctica que utilizó Estados Unidos cuando protegió sus aviones de espionaje tras un Boeing coreano de civiles que había caído abatido por los soviéticos en 1983. Por supuesto, esta táctica solo resulta deplorable cuando la emplean nuestros enemigos…

Pero nuestro enemigo no solo manifestaría su cobardía a través de su estrategia, sino, sobre todo, a través de las armas que utiliza. Del garrote a la bomba atómica, pasando por el cañón y el fusil automático, todas las armas han sido consideradas por los perdedores como indignas de una guerra auténticamente caballeresca, porque su uso unilateral los condenaba automáticamente a la derrota.

Durante la Primera Guerra Mundial hubo una gran polémica a propósito del uso de gases asfixiantes. Cada una de las partes acusaba a la otra de haber empezado antes a utilizarlos. Parece probado que fueron los alemanes los primeros en dominar su fabricación y en utilizarlos. Y los aliados manifestaron una hipócrita indignación en cuanto a su uso, puesto que ellos mismos llevaban a cabo investigaciones en ese sentido. Además, ¿era especialmente "bárbaro" e inhumano el uso de gases asfixiantes? La suerte de las víctimas de otras armas no fue sin duda mucho más envidiable que la de los soldados gaseados. Pero hasta la Segunda Guerra Mundial, el gas permanecería como el símbolo de la guerra "inhumana".

Los alemanes eran además maestros —al contrario que los aliados— en el uso militar de los submarinos, los cuales fueron también considerados como el prototipo de arma "deshonesta". El torpedeo del Lusitania fue particularmente explotado y presentado por la propaganda aliada como un acto de bárbara piratería.

El 7 de mayo de 1915 un torpedo lanzado por un submarino alemán alcanzó a este paquebote americano y mató a 1.200 pasajeros

civiles. Pero el Lusitania era de hecho un arsenal ambulante, sus bodegas estaban llenas de municiones y sus inocentes pasajeros sirvieron, sin saberlo, de coartada para ese transporte, del que Alemania estaba muy bien informada. Esos pasajeros fueron, empleando terminología actual, el "escudo humano" de un transporte de armas.

Esta tragedia, como los gases asfixiantes, siguió siendo objeto de grandes polémicas, incluso tras la guerra. En 1922 se firmó en Washington un tratado que reglamentaba el empleo de aquellas armas cuyo uso había dominado ampliamente el ejército alemán[168].

El tratado, firmado por Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Italia y Japón —pero, por supuesto, no por Alemania— fijaba las "reglas adoptadas por las naciones civilizadas [sic] para la protección de los neutrales y de los no combatientes", y condenaba el uso de gas asfixiante, precisando que un submarino no podía destruir un barco comercial más que después de garantizar la seguridad de los pasajeros y la tripulación.

En 1939 los Gobiernos de Francia y del Reino Unido publicaron una declaración común sobre el tema de la guerra "humana" con armas clásicas. Afirmaban sobre todo su intención de someterse al Protocolo de Ginebra de 1925, que prohibía, en caso de guerra, el uso de gases asfixiantes o tóxicos, así como de medios bacteriológicos. Aseguraban, además, que solo utilizarían sus submarinos respetando el Protocolo de 1936, aceptado por "casi todas las naciones civilizadas"[169].

El propio Hitler, no obstante, a principios de la Segunda Guerra Mundial, decía querer acabar con el uso de armas y métodos de guerra "inhumanos".

En su discurso del 1 de septiembre de 1939 en el Reichstag aseguraba que los aliados habían rechazado sus propuestas en ese sentido:

Han rechazado una tentativa de limitación de armamentos, de supresión de ciertas armas, de exclusión de ciertos métodos de

guerra que yo consideraba como incompatibles con los derechos de las personas […]. Si empiezan [subrayado por mí] la guerra de los gases, nosotros responderemos con los gases. Cualquiera que se salga de una conducta humana de la guerra no puede esperar otra cosa por nuestra parte[170].

Como es sabido, los secretos en materia de armamento no tienen una vida larga y las "nuevas" armas no lo son durante mucho tiempo. Así, el gas, que era el gran miedo de la población civil en el periodo de entreguerras, no se utilizó en el frente occidental, al menos durante la Segunda Guerra Mundial, probablemente, porque era poco manejable y demasiado reversible.

Por otra parte, el tema de los submarinos como "armas de destrucción masiva" fue utilizado varias veces más por el presidente Roosevelt. El 20 de junio de 1941 (Estados Unidos aún no se había involucrado oficialmente en la guerra), denunció ante el Congreso el torpedeo de un barco americano, el Robin Moor, por parte de un submarino alemán. La nacionalidad americana del barco era visible y conocida por el comandante del submarino alemán, así que el presidente americano consideró este torpedeo como un acto de piratería, como una violación del derecho de la guerra. En contra de lo dispuesto en el convenio internacional (aunque Alemania no lo había firmado), no se había hecho nada para poner a salvo a los pasajeros y a la tripulación de este navío mercante y Franklin Roosevelt comparó este torpedeo con un acto de terrorismo[171].

De hecho, aún se utilizarían durante la Segunda Guerra Mundial armas denunciadas como "ilegales" y métodos de guerra considerados "ilegítimos", como los bombardeos de poblaciones civiles, que empezaron con la Primera Guerra Mundial y la guerra civil española[172], el uso de balas dum-dum o expansivas, V1 y V2, y, evidentemente, la experimentación sobre poblaciones civiles de las primeras bombas atómicas[173].

Sabemos que los laboratorios alemanes y estadounidenses se enzarzaron en una carrera por encontrar una nueva arma que pudiera sellar definitivamente el desenlace de la guerra.

La victoria estadounidense crearía durante mucho tiempo entre los países que no poseían armas nucleares el deseo de prohibirlas. Los que sí las poseían contraatacaron con el deseo de mantenerlas dentro de su "club" y con el aumento del número de tratados de "no proliferación".

Tras la Segunda Guerra Mundial aparecieron otras armas que para algunos estaban prohibidas. Durante la guerra de Corea los comunistas acusaron a los americanos de usas armas bacteriológicas.

Esta acusación se repitió en 2000 en Vif-L'Express (22 de octubre de 2000), que afirmaba que los rusos la utilizaban contra los chechenos, y en Paris-Match (20 de julio), que acusaba a "17 países, de China a Libia, pasando por Corea del Norte e Irán" de llevar a cabo sus propias investigaciones en este campo, es decir, una serie de países que, por razones muy diferentes, se resisten al orden estadounidense.

El diputado de la Agrupación por la República (RPR) Pierre Lellouche, autor de ese artículo y encargado de la misión de la Comisión de Defensa de la Asamblea Nacional francesa, fue a Rusia a hacer una investigación sobre la guerra bacteriológica y química junto al diputado del Partido Socialista (PS) Guy-Michel Chauveau.

Admitió, en Paris-Match, que había vuelto con las manos vacías. No pudo ver nada, pero seguía asegurando que al terrorismo "clásico":

le sucederá quizás el bioterrorismo de los años 2000, cuyos autores, blandiendo el nombre de creencias religiosas de tendencia apocalíptica[174] u obedeciendo a fantasmas paranoicos, no dudarán en desencadenar el más calamitoso de los apocalipsis. En términos objetivos, Rusia, principal productor mundial de armas biológicas, es, a día de hoy, su cómplice[175].

En ese mismo artículo, el diputado del RPR sugería que habían sido los laboratorios de Sadam Huseín los causantes de la "fiebre del

Nilo" durante el verano de 1999, que mató a cuatro personas e infectaron a otras 33 en Nueva York…

La acusación de utilizar "armas químicas" también fue lanzada en agosto de 1999 contra Yugoslavia.

En junio los yugoslavos habían acusado a la OTAN de haber usado durante la guerra bombas de uranio empobrecido, cuyos daños humanos y ecológicos fueron inconmensurables. También acusaron a la OTAN de haber matado a 140 civiles con bombas de fragmentación, sobre el uso de las cuales el Comité Internacional de la Cruz Roja quería imponer una moratoria[176].

A pesar del bloqueo informativo, la noticia repercutió en los medios de comunicación occidentales, pero unas semanas más tarde se acusó a los yugoslavos de que no utilizaban solo "armas honestas", sino también de haber empleado armas biológicas en Kosovo.

Human Rights Watch confirmaría más tarde que la OTAN, efectivamente, utilizó las bombas de fragmentación[11]. Igualmente, la Alianza Atlántica también confirmaría en marzo de 2000 haber utilizado 31.000 obuses con uranio empobrecido durante la guerra de Yugoslavia, pero apeló al hecho de que esta arma, a pesar de la sospecha de que podía causar malformaciones en las futuras generaciones de la población, así como muertes o problemas de esterilidad, nunca había sido prohibida por ninguna convención internacional[177].

Recuerdo que, durante mi estancia en Yugoslavia en mayo de 1999, algunos jóvenes serbios mostraban sus puños a los aviones de la OTAN que venían a bombardear. "Si eres hombre ven aquí y lucha conmigo", gritaba un joven vestido de piloto. Está claro que consideraba poco "viril" o "caballeresco" luchar con tal desigualdad de medios. Los "caballeros del cielo", a los mandos de sus poco vulnerables bombarderos, le parecían unos cobardes.

Pero ¿cómo ver en esos bombardeos un "bello" combate singular, un duelo de honor, cuando las oportunidades de matar al otro son de diez mil a una?

También podría pensarse más sobre esta distinción, sutil y a

menudo hipócrita, entre armas “autorizadas” o no, así como sobre las campañas contra las minas antipersona.

El 21 de julio de 2000, la familia real belga, que apoyaba la campaña de Handicap International contra las minas antipersona, exhibió cordones azules colgando de sus sables, ramos de flores o chaquetas durante el desfile militar. El ministro de Defensa y los paracaidistas también los llevaban.

¿Es necesario señalar al respecto que los países que hacen campaña contra el uso de las minas antipersona y expresan su indignación son aquellos que, como Bélgica, es poco probable que tengan que utilizarlas?

En cambio, los grandes productores nunca se comprometen con tales campañas. Las minas antipersona son de uso regular en los conflictos armados recientes.

Tanto Estados Unidos —que quiere poder usar libremente las minas antipersona, sobre todo contra las guerrillas— como Finlandia —que es un potencial usuario contra un eventual invasor ruso— rechazan comprometerse a su no utilización. Lo mismo que Rusia, India o China.

Una vez más, el “arma de los cobardes” es aquella que nosotros no tenemos (o que no podemos tener) y que por tanto no podemos usar…

Durante la guerra contra Afganistán, esta arma estigmatizada y calificada de ilícita fue el terrorismo. ¿Hace falta recordar que la palabra pasa a carecer completamente de significado en el momento en que sencillamente se usa para referirnos a un tipo de violencia que nosotros desaprobamos?

Los afganos son los responsables, de manera colectiva, del atentado contra el World Trade Center, perpetrado de una manera “inhumana”. Según este razonamiento, hay formas de matar al prójimo “con humanidad” que los afganos no aplicaron.

El pretexto de la segunda guerra de Estados Unidos contra Irak fue que Bagdad había estado tratando de reconstruir en secreto su

potencial nuclear. Los inspectores enviados en 2003 a Irak no encontraron nada sospechoso, por lo que Washington y Londres presentaron un documento según el cual Irak había tratado de adquirir uranio enriquecido en Níger. Si se hubiera demostrado este intento, habría sido una admisión de culpabilidad, porque el único interés de esta adquisición solo podía ser un programa nuclear. Sin embargo, cuando el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) tuvo por fin acceso a estas "pruebas" no tardó en demostrar que eran falsas[178].

Sin embargo, al comienzo de la segunda guerra del Golfo, Irak volvió a ser acusado de estar en posesión de armas prohibidas y se anunció que un destacamento americano había descubierto una fábrica de armas químicas. "Información" que fue desmentida en poco tiempo[179].

Bin Laden también fue acusado, en 2003, de haber comprado una "maleta nuclear" en la antigua URSS, que tenía preparada para usar de la peor forma posible contra los objetivos estadounidenses[180].

La noción de "armas de destrucción masiva" es, hay que decirlo, extremadamente vaga, pues implica que hay guerras en las que el objetivo no es matar a los enemigos en masa, ¡sino matarlos esporádicamente! El objetivo principal de esta clasificación de armas parece ser paralizar el pensamiento crítico, ya que no existe ningún vínculo objetivo entre las armas biológicas, químicas y nucleares incluidas en esta distinción.

Los términos de armas "químicas" y "biológicas" tampoco quedan muy claros. Pretenden crear una sensación de miedo y de horror, pero tanto los estadounidenses como los soviéticos poseen (y han experimentado con ello) desde hace tiempo todo un abanico de agentes letales que pueden aplicarse en el armamento, como gases tóxicos, defoliantes (como el famoso agente naranja), neurotóxicos, municiones binarias, gérmenes trazadores y cepas hipervirulentas resistentes a antibióticos y a vacunas[181].

Recordemos como, en 2002, Estados Unidos fue víctima de una histeria colectiva a causa del ántrax, una enfermedad cuyo virus estaba siendo esparcido de manera "cobarde" por medio de la correspondencia entre las personas más importantes del mundo

político y mediático. Cinco de las muertes se atribuyeron a la propagación de ántrax por la red terrorista Al Qaeda. Sin embargo, la huella del bacilo permitió rastrear que, en realidad, provino de los propios expertos en armas biológicas de Estados Unidos[182], pero la sombra de aquella amenaza que había introducido el enemigo le dio a los estadounidenses una fuente de ingresos por medio de los vendedores de "kits de supervivencia urbana"[183].

Estas posibles "armas de destrucción masiva" detentadas por Irak fueron la coartada número uno para dar comienzo a la guerra de la primavera de 2003. Resulta particularmente interesante hacer una cronología de las declaraciones que se hicieron respecto a las armas de destrucción masiva iraquíes. En agosto de 2002, Dick Cheney, refiriéndose a los servicios de inteligencia, declaró que los iraquíes habían completado su programa atómico. El 24 de septiembre de 2002, Tony Blair aseguró a los parlamentarios británicos que los iraquíes podían desplegar sus armas de destrucción masiva en unos "45 minutos".

En noviembre de 2002, Donald Rumsfeld afirmó tener pruebas de que Irak protegía el terrorismo y de que Bin Laden estaba allí refugiado.

El 28 de febrero de 2003, Georges W. Bush, en su discurso sobre la Unión, afirmó que Irak había estado intentando obtener uranio en África para su programa militar. Una declaración que, como ya se ha visto, resultó ser falsa y que The New Yorker, el 24 de marzo de 2003, cree que se basa en unos documentos creados por expertos en contraespionaje británicos (del MI6) y transmitidos por la CIA para fomentar la propaganda antiiraquí.

El 5 de febrero de 2003, el secretario de Estado, Colin Powell, presentó ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas una profusa documentación respecto a las armas de destrucción masiva iraquíes: laboratorios móviles, misiles con ojivas químicas, gases neurológicos… Resultó que este nutrido "informe" sobre el arsenal iraquí era una copia —con faltas de ortografía— ¡de un trabajo estudiantil de hace diez años!

El 17 de marzo de 2003, Georges W. Bush aseguró en su discurso a la nación que Irak seguía "escondiendo las armas más letales jamás

inventadas", lo que debería ser excusa más que suficiente para que Estados Unidos atacase antes de que ellos decidieran hacerlo.

Sin embargo, todas estas "pruebas" empezaron a desinflarse, como si de globos se tratase, a partir del mes de marzo. Los documentos sobre los cargamentos de uranio enriquecido de Níger eran falsos y las armas de destrucción masiva no aparecían por ningún sitio.

En abril, unos oficiales estadounidenses anunciaron que habían encontrado 2.778 ojivas de artillería que contenían algún tipo de agente químico, pero unas horas más tarde resultó que las ojivas no eran más que cinco barriles y los oficiales tuvieron que admitir su error[184]. Estos inquietantes cilindros que el vicepresidente Dick Cheney declaró como pruebas de la amenaza iraquí fueron analizados por los expertos del Ministerio de Energía, quienes concluyeron que no se trataba más que de inocentes tubos de aluminio sin ningún tipo de interés estratégico.

Las fotografías aéreas, que supuestamente mostraban una fábrica de armamento iraquí en plena actividad, no fueron más significativas. El general James Conway, jefe del contingente de marines, admitió que no se habían encontrado más que algunos bidones de fertilizantes y dos semirremolques en lugar de los "cientos de toneladas de agentes bioquímicos" y los "laboratorios móviles" mencionados por Colin Powell.

El 2 de julio, Alastair Campbell, director de comunicaciones del primer ministro británico Tony Blair, admitió que se habían realizado cambios en los expedientes sobre las supuestas armas de destrucción masiva de Irak[185].

Seis meses después de las sorprendentes declaraciones sobre el peligro inminente de las armas de destrucción masiva, todas las "pruebas" resultaron estar basadas en documentos falsos, tendenciosos, reescritos o inexactos. No había ni rastro de armas químicas o biológicas de ningún tipo en Irak a pesar de los años de ocupación. Sin embargo, 1.400 estadounidenses y británicos revisaron los lugares sospechosos y aquellos en los que se había anunciado haber descubierto objetos comprometedores y todos resultaron provenir de pistas falsas. Los tubos de aluminio por los que se incriminó a Irak habían sido comprados a China y no eran

ninguna prueba de armamento nuclear, sino un intento iraquí de imitar cohetes italianos.

Como vemos, este principio de la propaganda de guerra estuvo muy presente y resultó de gran eficacia para movilizar el apoyo de la opinión pública a una guerra de "defensa preventiva" contra Irak. Fue la principal justificación de la guerra. Y cuando resultó que todas esas armas de destrucción masiva no eran más que un señuelo, una farsa y un trampantojo, se suspendieron las operaciones militares y se intentó "desviar"[186] la opinión pública hacia otros temas.

La propaganda contra China utiliza los mismos principios. Durante la pandemia de COVID-19, el presidente estadounidense Donald Trump no escatimó en recurrir a manipulaciones de este estilo, presentando a China como la responsable del virus. Durante una de sus intervenciones en la Asamblea General de las Naciones Unidas en septiembre de 2020, declaró que las Naciones Unidas debían inculpar a China por sus actos al haber "lanzado este virus al mundo". En muchas otras ocasiones, además, Trump hablaría del "virus chino" y acusaría a dicho país de haber infectado el mundo[187].

Tampoco podemos olvidarnos de la distinción entre los soldados nativos o importados que hay tanto en nuestro bando como en el enemigo. El pensamiento más clásico considera que no es lícito "importar" combatientes, así que cuando están prestando servicio entre las fuerzas contrarias hablaremos de mercenarios y si son extranjeros entre nuestras filas nos referiremos a ellos como voluntarios.

Es más, si resulta que los adversarios pelean con demasiado ardor, los acusaremos directamente de drogar a sus filas antes de enviarlas al frente. La realidad, por otra parte, es que todos los ejércitos recurren al final a algún tipo de "droga" para ayudar a los soldados a combatir el cansancio, el hambre, el dolor y los límites de sus capacidades. Generalmente, se trata de anfetaminas, alcohol y otros estupefacientes.

7. Nosotros sufrimos muy pocas pérdidas,

las del enemigo son enormes

Salvo raras excepciones, los seres humanos suelen preferir apoyar las causas victoriosas. En caso de guerra la adhesión de la opinión pública depende, por tanto, del resultado aparente del conflicto. Si estos resultados no son buenos, la propaganda deberá ocultar nuestras pérdidas y exagerar las del enemigo.

La guerra de 1914-1918 fue —ya— una guerra de comunicados o, a veces, de ausencia de estos. Así, un mes después de iniciarse las operaciones, las bajas francesas se elevaban a unos 313.000 muertos. Pero el Estado Mayor francés no confesó ni siquiera la pérdida de un caballo y nunca publicó (al contrario que los ingleses o alemanes) la lista nominativa de los muertos. Sin duda, para no minar la moral de las tropas y de la retaguardia, a quienes el anuncio de esta hecatombe habría podido inducir a reclamar una paz honrosa en vez de la continuación de la guerra. La prensa francesa explotaba las pérdidas alemanas, pero no hablaba de las suyas.

El 22 de abril de 1917 (tras una operación defensiva para romper las líneas alemanas, en la cual se puede estimar que las tropas francesas perdieron en unas pocas horas a más de 100.000 personas, entre muertos y heridos), el diputado francés Raffin-Dugens quiso pedir cuentas a su Gobierno sobre las bajas francesas, pero la Cámara le retiró la palabra antes incluso de que terminara la frase[188].

Según se consulten fuentes francesas o alemanas, el desenlace de ciertas batallas parece haber sido favorable a unos u otros. Así, Verdún fue presentado en cada uno de los bandos como la gran victoria. Los alemanes lo consideraron un éxito porque tomaron un gran número de prisioneros franceses y enormes cantidades de material de guerra. El Kronprinz condecoró a los vencedores

alemanes de Verdún. Pero también los franceses reivindicaron Verdún como su victoria. El Petit Larousse de entreguerras decía de esta batalla: “En 1916, los franceses rechazaron durante diez meses todos los ataques de los alemanes, diezmándolos, y su resistencia a lo largo de las batallas defensivas y ofensivas de Verdún maravilló al universo [sic]”.

Las claras derrotas son pura y simplemente silenciadas. Así, en la Primera Guerra Mundial, los aliados no hablarían ni de la batalla de Charleroi, ni de la toma de Maubeuge, ni de la gran ofensiva de 1917 y aún menos de la batalla de Tannenberg en agosto de 1914. Según los “entendidos”, esta victoria alemana sobre los rusos fue una de las batallas más sorprendentes de todos los tiempos. La victoria de los alemanes fue tan rotunda que expulsó a los rusos fuera de Alemania para el resto de la guerra. Sin embargo, la prensa francesa ignoró su desenlace y fingió creer ¡que los cosacos llegarían de modo inminente a Berlín![189].

Si respecto a las pérdidas humanas existe un optimismo de rigor, lo mismo ocurre en el aspecto financiero: debe parecer que la guerra no cuesta ni sangre ni dinero. Así que no se hablará del pozo sin fondo financiero que constituye un conflicto armado, sino más bien de las ventajas económicas que constituye para el país: tras el conflicto explotarán los resultados económicos, se reencontrará el dinamismo y la prosperidad, y el adversario tendrá que pagar…

En resumen, lejos de vaciar los bolsillos de los beligerantes a través de los gastos militares, las pagas, los intereses de los préstamos, la reconstrucción, las pensiones para inválidos, viudas y huérfanos, etc., la guerra los llenaría milagrosamente.

Como es lógico, estos principios volvieron a aplicarse en los siguientes conflictos. Durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, los nazis negaron durante mucho tiempo la magnitud de sus pérdidas y su retirada en el frente oriental. A principios de los setenta Estados Unidos mantuvo en secreto durante mucho tiempo sus pérdidas en Vietnam.

En la época de la televisión por satélite parece difícil poder silenciar completamente un gran fracaso, pero este puede ser notoriamente minimizado mediante unos medios de comunicación casi unánimes

a la hora de difundir la versión oficial. Hace no mucho, durante la guerra de la OTAN contra Yugoslavia y para justificar los bombardeos de 1999, la OTAN anunciaba de forma regular la destrucción de tanques del ejército yugoslavo. El total de tanques destruidos habría sido, al final de los bombardeos, de 120.

No obstante, un informe del Pentágono encargado en junio de 1999 por el propio general Clark a las Fuerzas Aéreas estadounidenses estimaba que en realidad se habían destruido 14 tanques yugoslavos, y no 120, es decir, menos del 6% de todo el armamento pesado yugoslavo[190]. La Royal Air Force confesó, además, en septiembre de 2000, que solo el 40% de las municiones lanzadas contra Yugoslavia habían alcanzado su objetivo. Ninguno de los misiles antirradares Alarm que se lanzaron había resultado satisfactorio y la RAF lo justificó a posteriori con la movilidad y dispersión de los objetivos, así como por la eficacia de la defensa antiaérea serbia, que nunca les permitió descender lo suficiente[191].

Por otra parte, la prensa yugoslava publicaba regularmente fotos de los tres únicos soldados estadounidenses capturados al comienzo del conflicto, haciendo creer al lector que se trataba de muchos otros. El mando general yugoslavo aseguró, cuando acabaron los bombardeos, que el balance de pérdidas de la OTAN se contaba por decenas de aviones y helicópteros y centenares de misiles Cruise[192]. En ambos casos, la información remontaba la moral de los beligerantes y persuadía a la opinión pública de la utilidad del conflicto.

Este séptimo principio de la propaganda de guerra tiene el deber de motivar a los combatientes y persuadir de que nuestro bando ostenta la supremacía tecnológica, por lo que el conflicto se resolverá exitosamente —sin bajas— a nuestro favor.

En este mismo sentido, siempre viene bien anunciar desde el comienzo de las operaciones que el enemigo se va a rendir en masa.

Durante los conflictos con Afganistán e Irak, el desequilibro de armamento fue una constante. Estos dos pequeños países no podían imaginarse derrotando a la mayor potencia del mundo por medio de una guerra a la antigua usanza. A pesar de ello, este principio se aplicó desde el comienzo, anunciando de manera prematura las

rendiciones masivas[193].

El 22 de marzo de 2003, unas decenas de horas después del estallido de la invasión de Irak, los funcionarios del Pentágono, citados por la Agence France-Presse, anunciaron que toda una división, de aproximadamente 8.000 soldados, correspondiente a la 51ª división del ejército iraquí se rindió frente a los marines americanos en algún punto al sur del país. Esta información, que dio la vuelta al mundo, resultó ser inexacta, pero pocos medios de comunicación se molestaron en corregirla[194].

El "escándalo" desencadenado en Occidente por la presentación en Irak de muertos y prisioneros de la "coalición" fue el corolario de este principio. Por parte del bando iraquí también era necesario hacer creer a la opinión pública que las pérdidas del enemigo eran terribles, por lo que mostraron los cuerpos de los estadounidenses abatidos.

La espectacular puesta en escena de la liberación de la soldado Jessica Lynch del cautiverio iraquí también puede entenderse en este contexto, desde el punto de vista de Estados Unidos, ya que pretendía demostrar a la opinión pública estadounidense que ellos nunca caen en manos del enemigo durante mucho tiempo.

Hasta la caída de Bagdad, el bando iraquí negó al mismo tiempo de forma absurda las pérdidas militares iraquíes y sobreestimó las pérdidas estadounidenses.

Por último, al terminar las operaciones militares fueron los occidentales los que tendieron a minimizar el impacto de sus propias pérdidas al hablar de resistencias iraquíes o de oposiciones a la ocupación, achacándole la culpa de los atentados que ya habían costado la vida de un gran número de militares de las tropas de ocupación a figuras que enaltecían a Sadam Huseín y que debían ser inminentemente "limpiadas".

Desde el comienzo del conflicto entre Rusia y Ucrania, la prensa occidental ha estado hablando de las dificultades y desventajas del ejército ruso, que no ha hecho más que sufrir bajas. Las dimisiones y deserciones se producen en masa. El periódico Sud-Ouest tituló el 29 de marzo de 2022: "Guerra en Ucrania: los generales caídos son

el símbolo de las grandes pérdidas de Rusia". Y si continuamos, podremos leer: "A pesar de que es imposible verificar las cifras exactas, las pérdidas en Ucrania son de proporciones considerables, marcadas desde el inicio del conflicto por un fenómeno concreto: la muerte de varios de sus generales y cargos superiores". En agosto de 2022, la historia del desertor ruso Pavel Filatiev se reproduciría por todas partes en la prensa occidental[195].

Para que la propaganda llegue mejor al público, es conveniente rodearse de profesionales que la fabriquen y la hagan lo más eficaz posible. Es el octavo principio de la propaganda de guerra.

8. Los artistas e intelectuales

apoyan nuestra causa

La propaganda, como cualquier forma de publicidad, se basa en la emoción. Esta es el resorte utilizado permanentemente para movilizar a la opinión pública e incluso puede decirse que la propaganda y la emoción son y han sido siempre, consustanciales.

Pero para crear emoción no se puede confiar en los funcionarios. Hay que dirigirse a profesionales de la publicidad —es lo que hizo el lobby kuwaití dirigiéndose a Hill & Knowlton, quien inventó la impactante historia de los bebés sacados de sus incubadoras por soldados iraquíes— o bien a artistas e intelectuales, profesionalmente expertos en crear emociones.

Durante la Primera Guerra Mundial, con las agencias de publicidad aún en pañales, se utilizó ampliamente la segunda solución. Artistas e intelectuales de ambos bandos fueron llamados a apoyar el esfuerzo para movilizar las conciencias de la gente. El talento de poetas y escritores era muy necesario para difundir las patrañas de la guerra de forma conmovedora.

Pierre Loti, oficial de marina, conocido escritor y miembro de la Academia Francesa, participó en este esfuerzo de guerra describiendo de manera ultrajante a los prisioneros alemanes, que tenían “un aire patán y una fealdad intensa, estúpida e incurable”[196].

Las “perlas”[197] más sorprendentes de la propaganda fueron redactadas por hombres de letras, a veces célebres, a veces anónimos, como el autor de la “Plegaria de una niñita con las manos cortadas”, aparecida en La semana religiosa, de Ille y Vilaine, en febrero de 1915. Una niña de seis años, arrodillada en actitud de rezar, en un hospital del norte de Francia, con ambos brazos envueltos en vendas, habla en voz baja:

Señor, ya no tengo manos. Un cruel soldado alemán me las ha quitado diciendo que los niños belgas y franceses no tenían derecho a tenerlas, que ese derecho solo lo tenían los niños alemanes. Y me las ha cortado. Y eso me ha hecho mucho daño. Pero el soldado reía diciendo que los niños que no son alemanes no saben sufrir. Desde ese día, Señor Dios, mamá está loca, y yo estoy completamente sola. A papá se lo llevaron los soldados alemanes el primer día. Nunca me ha escrito. Lo habrán fusilado […][198].

Una lamentable versión inglesa de la niña de las manos cortadas rivalizaba en ñoñería con la plegaria que acabamos de citar, pero demostraba una capacidad literaria evidente. Apareció en el Sunday Chronicle el 2 de mayo de 1915:

Hace pocos días una gran dama caritativa visitaba un inmueble de París en donde se albergan, desde hace unos meses, un cierto número de refugiados belgas. En el transcurso de su visita vio a una niña, una niñita de diez años que, aunque hacía mucho calor en la habitación, mantenía sus manos dentro de una pequeña funda muy raída. De repente, la niña dijo a su madre:

— Mamá, ¿quieres sonarme?

—Asombroso —dijo la caritativa señora, sonriendo a medias y regañando a medias—, ¡aquí hay una niña grande que no sabe usar ella misma su pañuelo!

La niña guardó silencio y la madre dijo en un tono apagado, como si se tratara de una cosa de lo más natural:

—No tiene manos, señora.

La señora la miró, se estremeció y comprendió.

—¿Es posible —se preguntó— que los alemanes…?

La madre estalló en sollozos. Esa fue su respuesta[199].

Hubo poetas que se inspiraron con el tema de la guerra. El ilustre poeta belga Émile Verhaeren escribió unas “selecciones” en las que dedicaba un amplio espacio a la propaganda de guerra. Se burlaba de la enfermedad de Keizer[200], presentándolo como un bribón puritano que quemaba Reims mientras lloraba por Lovaina. Uno de los poemas de Émile Verhaeren se titulaba “Alemania exterminadora de razas”[201] y decía:

Y cuando encontraban algún teutón alcanzado

por una bala certera, al borde de un camino cercano,

a menudo descubrían, en el fondo de sus bolsillos,

entre collares de oro y arrugados rasos,

dos piececitos de niños atrozmente cortados[202].

La melodramática historia de los niñitos belgas con las manos cortadas dio tanto pie a la imaginación, que aún en 1928, un poeta de Liverpool escribía, en un poema “patriótico” (dentro de un libro titulado Mezcla de canciones), lo siguiente:

They stemmed in first mad onrush

Of the cultured German Hun,

Who’d outraged every female Belgian

And maimed every mother’s son.

Traducción literal:

Reprimieron la primera embestida salvaje

del cultivado huno alemán

que había violado a cada belga del sexo femenino

y mutilado al hijo de cada madre[203].

Artistas, pintores y caricaturistas pusieron su arte al servicio de la propaganda.

En Bélgica, Alfred Ost, Ernest Wante, Louis Ramaekers, Louis Charles Crespin y Albert Besnard, entre otros, representaron en imágenes conmovedoras a los refugiados que huían de las hordas "boches", al sacerdote que encuentra su iglesia destruida por los "hunos", a los soberanos belgas que se presentan ante Cristo al frente de los reyes católicos de todas las épocas…[204].

En Francia, incluso caricaturistas célebres (Roubille, Willette, Huard, Herman Paul) colaboraron en la propaganda. Poulbot representó a una niña arrodillada ante la tumba… ¡de su propia mano![205]. Y Matisse y Monet firmaron el "Manifiesto de los 100", patriótico y antialemán. Incluso los músicos se movilizaron. Camille Saint-Saëns firmó ese mismo manifiesto y Debussy compuso una canción de Navidad de los niños que no tienen casa, cuya letra dice: "Quemaron la iglesia del Señor Jesucristo y al pobre viejo que no pudo escapar"[206].

En el lado alemán, la movilización artística e intelectual es obviamente muy parecida.

A principios de octubre de 1914 se publicó en el Berliner Tageblatt el "Llamamiento al mundo civilizado" firmada por 93 de los más importantes nombres de la intelligentsia alemana, de ahí que se conociera como el "Manifiesto de los 93". Se publicó el 13 de octubre en francés, en el diario Le Temps.

Como representantes de la ciencia y del arte alemanes, decían reaccionar contra las mentiras y calumnias de los aliados. Este manifiesto es más interesante aún porque desarrolla casi todos los principios que estamos describiendo aquí. Guillermo II había hecho lo imposible, durante su reinado de 26 años, por evitar las guerras, y siempre le animó un "amor inquebrantable por la paz". A Alemania se le había impuesto la guerra. No había violado la neutralidad belga, solo había respondido al ataque, "a la emboscada efectuada por tres grandes potencias". Estas estaban resueltas a violar la neutralidad belga, y Alemania no hizo más que "tomarles la delantera". Los soldados alemanes no cometieron ninguna atrocidad. Nunca "atentaron contra la vida o los bienes de ni un solo ciudadano belga sin haber sido forzados por la necesidad de una defensa legítima".

En cambio, los civiles belgas, según el manifiesto, habían disparado a traición a los soldados alemanes y la población belga habría "mutilado a heridos y degollado a médicos que ejercían su caritativa profesión". Aunque acosados en Lovaina por los francotiradores, los soldados alemanes habían hecho todo lo posible para que la ciudad quedara intacta. Respecto al ayuntamiento, "nuestros soldados [alemanes], poniendo en peligro su vida, lo han protegido contra las llamas". Mientras el ejército alemán respetaba las leyes de la guerra y los derechos de las personas, los aliados utilizaban en el oeste balas dum-dum que "desgarraban los pechos de nuestros bravos soldados" y en el este masacraban a mujeres y niños.

Para terminar, el manifiesto aseguraba que Alemania era un pueblo civilizado, el auténtico protector de la civilización europea, al contrario que los anglo-franceses que se aliaban con los serbios y los rusos y animaban a "los mongoles y los negros contra la raza blanca".

Descendientes de Goethe, Beethoven y Kant, los firmantes del manifiesto —entre los cuales se encontraban el premio nobel y filólogo Von Willamovitz, el físico Max Planck, el historiador Adolf von Harnack y numerosos profesores de teología católica— se proclamaban solidarios con el pueblo y el ejército alemán, protector de la cultura de su país, "expuesto como ningún otro a las

invasiones que se repiten de siglo en siglo".

A este "Manifiesto de los 93" de apoyo a la causa alemana, o "Llamamiento al mundo civilizado", respondieron numerosas peticiones de apoyo a los aliados, firmadas igualmente por los nombres más importantes de la ciencia, la universidad, la pluma y las artes. La respuesta inglesa llegó en octubre de 1914[207] y también respondieron los intelectuales rusos[208]. En noviembre de 1914 fue la Academia de las Ciencias de Portugal quien vituperó a los 93 intelectuales alemanes. También hicieron profesión de fe patriótica intelectuales y artistas españoles (Miguel de Unamuno y Manuel de Falla, entre otros), americanos, argentinos y, claro está, franceses.

Los intelectuales franceses, que, 15 años antes con el asunto Dreyfus habían creado en cierto modo el modelo del intelectual comprometido a favor de la justicia y el derecho, se sintieron con el deber de lanzarse con la pluma por delante cuando vieron amenazados estos valores, implicándose con gran entusiasmo en la defensa de la guerra[209].

Respondieron al "Manifiesto de los 93" con un "Manifiesto de los 100", suscitado por la Academia de Bellas Artes, titulado Los alemanes destructores de catedrales y de tesoros del pasado[210]. Lo firmaron conjuntamente católicos y republicanos anticlericales, intelectuales de extrema derecha (como Maurice Barrès), artistas próximos a los socialistas, anarquistas, partidarios de Dreyfus y contrarios a él. La guerra cegaba en todas partes y por igual el sentido crítico. Entre los firmantes podemos destacar a Tristan Bernard, Paul Claudel, Georges Courteline, Claude Debussy, Camille Flammarion, Anatole France, André Gide, Lucien Guitry, Pierre Loti, Matisse, Octave Mirbeau, Monet y Camille Saint-Saëns[211].

Por otra parte, los intelectuales pacifistas, limitados por los rigores de la censura y por diversas presiones (a las que volveremos en el capítulo 10), fueron obviamente incapaces de utilizar el manifiesto, ni en Francia ni en Alemania.

La movilización de artistas, sabios e intelectuales a favor de su bando plantea sin duda la compleja cuestión de saber qué es un intelectual y por qué acepta "alistar" su espíritu o su pluma en tiempos de guerra.

La sagrada unión hace que se renuncie a cualquier espíritu crítico. Madeleine Rebérioux definió a esos intelectuales franceses como "unidos en torno a la figura del universitario (el profesor de la Sorbona, de la Escuela de Chartres, de la Escuela de Altos Estudios: un sabio) y a la del escritor (Lola, Mirbeau…)[212].

Hubo historiadores franceses que contribuyeron activamente en favor de la guerra; por ejemplo, Charles Seignobos, profesor de la Sorbona, y Ernest Lavisse, miembro de la Academia Francesa, quien enseñaba que la revancha es un deber sagrado, lanzando alocadas proclamas contra Alemania y justificando por completo las acciones emprendidas por los franceses[213]. A este núcleo universitario se unieron además hombres de letras, músicos, pintores, dibujantes y, más tarde, artistas de music hall y cineastas, de quienes no puede esperarse ningún conocimiento experto en materia militar o política, pero cuyos nombres evocan la unanimidad de la nación para aprobar las operaciones armadas.

Respecto a estos profesores universitarios franceses comprometidos con la propaganda de la Primera Guerra Mundial, Romain Rolland dijo: "Todo el mundo de las letras se movilizó. Las personalidades ya no se distinguían. Las universidades formaron un ministerio de la inteligencia domesticada"[214].

En cuanto a los filósofos, que contribuyeron con su talento al esfuerzo bélico, se los describía así:

Expertos en el manejo de las ideas, sabían trabarlas, estirarlas, retorcerlas y anudarlas como si fueran de goma […]. Podían igualmente demostrar el blanco como el negro y si querían encontraban en Emmanuel Kant la libertad del mundo o el militarismo prusiano. Poseían el arte de explicar lo concreto mediante lo abstracto, lo real mediante su sombra y sistematizar algunas observaciones precipitadas elegidas con especial cuidado[215].

En el periodo de entreguerras, la elección política creó una división importante entre intelectuales simpatizantes o enemigos del

fascismo. La llegada del fascismo a Italia y Portugal, del franquismo en España y del nazismo en Alemania, así como la invasión de numerosos países europeos a manos de los nazis, reducirían al exilio o al silencio a los intelectuales antifascistas y solamente dejarían libres en esas áreas a los eruditos y artistas dispuestos a apoyar el fascismo. En cambio, en Gran Bretaña, la Unión Soviética y Estados Unidos, los intelectuales y artistas contribuyeron al apoyo de la causa aliada.

Recordemos que el propio Einstein firmó una carta dirigida al presidente de Estados Unidos pidiendo la aceleración de las investigaciones para poder terminar la bomba atómica.

Durante la Segunda Guerra Mundial —más que durante la Primera, en la que los conciertos y entretenimientos del frente no fueron sistemáticos—, se pidió a las vedettes del music hall que levantaran la moral de las tropas y de la opinión pública, tanto en un lado como en el otro. En Francia, André Claveau, Tino Rossi, Charles Trenet, André Dassary, Edith Piaf y Maurice Chevalier, entre otros, fueron firmes partidarios del petainismo y de las fuerzas de ocupación, al menos al principio de la guerra[216].

Durante la Segunda Guerra Mundial, la radio y los discos fueron muy utilizados como medio de propaganda, y la BBC, al igual que Radio Moscú, jugó un papel esencial sobre la opinión del continente europeo.

En Estados Unidos se podían comprar discos con el discurso del presidente Roosevelt[217] e incluso una marcha titulada Remember Pearl Harbor.

La pintura no fue muy utilizada durante la Segunda Guerra Mundial salvo como base para los carteles propagandísticos, que ensalzaban las razones de la participación del país en el conflicto[218].

También los fotógrafos contribuyeron a la composición de esos carteles, como los de Norman Rockwell, que presentó de un modo sentimental las cuatro libertades por las que luchaba Estados Unidos[219].

Otros temas habituales en los carteles de la propaganda de la

Segunda Guerra Mundial fueron los que denunciaban las atrocidades del enemigo o exaltaban sin fisuras a los combatientes aliados[220]. La Segunda Guerra Mundial también será testigo del desarrollo de las películas de propaganda. Cineastas talentosos como Frank Capra y Joris Ivens participaron en Estados Unidos en el esfuerzo de la guerra produciendo películas propagandísticas. Por qué combatimos, realizada por ambos cineastas, entra indiscutiblemente en esta categoría y presenta a los japoneses bajo una luz negativa particularmente caricaturesca. Otros cineastas americanos escogieron el momento en que Estados Unidos combatía junto a la URSS para propagar los méritos de su nuevo aliado a través de películas como Mission to Moscow o Northern Star.

También podemos encontrar este tipo de participaciones de artistas e intelectuales de la propaganda en la época de la Guerra Fría. Pero entonces se solicitó también la ayuda de un nuevo "arte": el cómic.

En el semanario juvenil belga Spirou, las aventuras de Buck Danny[221] envuelven al lector en la guerra de Corea[222], mientras en Francia Bernard Chamblet en misión al país amarillo[223] asiste al enfrentamiento entre un legionario leal a Francia y unos sádicos rebeldes durante la guerra de Indochina.

Las aventuras de Blake y Mortimer, por ejemplo, han perpetuado el género hasta nuestros días, como es el caso de La maquinación Voronov, una dramática historia publicada en el año 2000 que cuenta como unos científicos soviéticos identificaron en 1957 una bacteria desconocida procedente del espacio exterior en 48 horas, cultivaron la cepa y la enviaron a los confines del planeta para asesinar a destacados occidentales[224]. El dibujante y guionista del cómic se aproxima en este caso a los escritores y cineastas que participaron en la propaganda durante la Guerra Fría[225].

Durante las guerras contra Irak y Yugoslavia, no en vano, se recurrió a artistas e intelectuales para que apoyaran la propaganda. La emoción es el resorte que siempre hay que utilizar para movilizar a la opinión, y son ellos quienes la crean a través de su talento. De este modo, las futuras generaciones podrán disponer de una lista con todos los universitarios, filósofos u otros "físicos mediáticos" que han alborotado a la opinión francesa y la han empujado a apoyar la guerra sin titubeos[226], inventando fórmulas

de choque, contando buenas historias, apoyando con su prestigio "informaciones" que al día siguiente eran desmentidas, a pesar de lo cual no frenaban sus injurias hacia aquellos que osaban dudar de ellos. Para someter a los últimos reticentes, no dudan en reutilizar los signos que tocan a la memoria del antifascismo y el antiestalinismo, evocando con todas sus fuerzas y generalmente fuera de lugar palabras como genocidio, GULAG, Hitler, Múnich, Oradour…

También se apela a los geógrafos para que presenten los proyectos políticos apoyados por nuestros Gobiernos como realidades ya inscritas en la cartografía. Así, National Geographic Magazine, revista mensual distribuida por todo el mundo, ofreció a sus lectores —junto con su número de febrero de 2000— un inmenso mapa de los Balcanes "anticipando" las próximas operaciones militares proyectadas por la OTAN. En efecto, este mapa mostraba claramente, y mediante colores, que Albania había integrado a Kosovo y a una parte de Montenegro[227]. En ese mismo sentido, la RTBF presentó en su mapa meteorológico a Kosovo como un Estado independiente, a pesar de que los sucesivos acuerdos alcanzados tras los bombardeos de Yugoslavia confirmaban sin ambigüedades y de manera "definitiva" la soberanía yugoslava sobre Kosovo[228].

La televisión se movilizó totalmente para suscitar el consenso contra Yugoslavia, y no solo en los "telediarios", que la mayoría de las veces se componían de ráfagas emocionales sin hilo conductor.

Grandes espectáculos televisivos reunieron a los cantantes y artistas más famosos para sensibilizar a un público poco politizado y poco proclive a apoyar el esfuerzo bélico contra Yugoslavia.

Con el rostro patético y crispado y la voz ronca de emoción, los presentadores de la televisión belga, tanto del sector público como del privado y reunidos por primera vez, idearon programas llamados Por Kosovo, emitidos simultáneamente en las distintas cadenas, por lo que resultaba difícil escapar a ellos. La participación de los artistas más cotizados, la interacción del público en la caridad que se le demandaba, así como la competencia entre flamencos y francófonos, aseguraba a estos programas una audiencia máxima y reforzó la creencia del público en los méritos de una guerra emprendida con el apoyo de tales celebridades.

Anatole France —a pesar de firmar el "Manifiesto de los 100"— dijo una vez que "la guerra es menos detestable por todas las ruinas que siembra que por la ignorancia y la estupidez que la aplauden"[229].

De cara a la opinión pública, para dar la impresión de que la nación, de manera unánime, está a favor de la guerra, es necesario que los artistas y los intelectuales que están más en boga apoyen las iniciativas belicistas y las presenten, cada uno en sus respectivos medios (canciones, moral, cine…), de una forma positiva.

Durante las guerras de Estados Unidos contra Afganistán en 2001 y, sobre todo, contra Irak en 2003, podría parecer que no se podía recurrir a artistas e intelectuales para que contribuyeran a la campaña de propaganda porque eran contrarios a estas empresas bélicas. Sin embargo, hay que matizar esta impresión por la relevancia que dan los medios de comunicación a los opositores y partidarios de estas guerras.

En febrero de 2002, alrededor de 60 intelectuales estadounidenses firmaron una carta abierta en la que apoyaban la guerra contra Afganistán y su iniciativa se promovió y promocionó por todos los medios, tanto estadounidenses como europeos. Esta carta, poco más de una semana después de su publicación, fue objeto de toda la prensa europea en la que los intelectuales comenzaban a posicionarse a favor de este "derecho e incluso deber" de hacer la guerra contra Afganistán[230].

Otro grupo de intelectuales estadounidenses había firmado una carta que protestaba contra esta primera, pero solo tras una larga serie de intentos de respuesta apareció finalmente y sin apenas repercusión en algunos periódicos europeos.

En comparación con la segunda guerra contra Irak, muchos intelectuales y artistas reaccionaron, al igual que durante la guerra de Vietnam, por una movilización pacifista.

Las canciones protesta se multiplicaron: We want peace fue grabada por Lenny Kravitz con la estrella iraquí Kadim al-Sahir y el músico palestino Simon Shaheen. John Mellecamp grabó una canción antibelicista titulada From Washington. Mia Doi Todd siguió el mismo camino, y a principios de 2003 Russel Simmons anunció la

formación del grupo “Músicos unidos para vencer sin guerra”, entre cuyos miembros se encontraba Martin Sheen.

14.000 universitarios, escritores e intelectuales estadounidenses firmaron, durante los primeros días de marzo de 2003, una petición contraria a la guerra contra Irak, y 4.000 famosos ya habían firmado “Not in our name” en otoño de 2002, entre los que se encontraban los directores Oliver Stone y Robert Altman o la actriz Susan Sarandon.

Pero los cauces de difusión de estas posturas no guardan relación alguna con la cobertura mediática del apoyo de Tom Cruise y Steven Spielberg al presidente estadounidense, o las nuevas grabaciones del God Bless America de Ray Charles y Céline Dion, o la presencia del actor Bruce Willis y su banda, The Accelerators, entre los soldados en Irak.

Los firmantes de “Not in our name” tuvieron que publicar por cuenta propia su acusación en The New York Times, en septiembre de 2002, y en Los Angeles Times y en USA Today en octubre del mismo año.

Para airear sus quejas sobre la política del presidente Bush, el actor Sean Penn tuvo que comprar una página de 56.000 euros en el Washington Post para publicar su “Carta abierta al presidente de Estados Unidos”. Del mismo modo, una página de publicidad pagada en The New York Times acogió la petición de 14.000 universitarios estadounidenses[231]. Michael Moore y Sheryl Crow tuvieron que aprovechar el momento de la entrega de los Oscar y los Grammy Award para dar a conocer su posición contraria a la guerra. En febrero de 2003, Sheryl Crow apareció, a pesar de que se prohibió a los músicos expresar sus protestas durante las ceremonias, con un símbolo pacifista a modo de collar y con la correa de su guitarra adornada visiblemente con un “No War”[232].

Por tanto, los mecanismos para dar a conocer las distintas opiniones diferían mucho según se apoyase o no la guerra. The New York Times advirtió a los actores y músicos contra la adopción de posturas antibelicistas, que bien podrían llevarlos a ser boicoteados por el público o por determinados productores[233]. Se arriesgaban a ser marginados y desprestigiados por adoptar una postura contraria

a la guerra de Irak.

De hecho, hay muy pocas probabilidades de haber oído a Lenny Kravitz o Mia Doi Todd en la MTV, ya que, a principios de 2003, la cadena elaboró una lista de canciones tabú. Cualquier canción que contuviera la palabra bomba, misil, guerra…

Por su parte, durante la segunda guerra de Irak, la BBC ordenó a sus empleados que pusieran música ligera antes y después de los informativos. John Mellencamp no creía que su canción From Washington fuera a ser emitida, y a principios de marzo de 2003 declaró: "No creo que haya muchas posibilidades de escuchar esta canción en la radio"[234].

Mientras tanto, los especialistas en comunicación escenificaban la "liberación" de Bagdad, con muchachos que llevaban camisetas de "I Love America" y la estatua de Sadam Huseín derribada ante un escaso público, bajo las ventanas del Hotel Palestina, donde estaban reunidos los periodistas extranjeros… Las empresas de comunicación habían suplantado a los artistas e intelectuales reticentes, y Hollywood se preparaba para rodar una película sobre la "liberación" de Jessica Lynch.

La guerra de Ucrania tampoco se aleja de este principio. Hacía falta que los artistas, los deportistas y los intelectuales se posicionasen contra Rusia para llegar al corazón de la gente. Los artistas rusos que tuvieran contacto con Europa debían declarar su apoyo a Ucrania y condenar los actos de su propio Gobierno, so pena de quedar excluidos de concursos, competiciones y festivales. E incluso tras hacer estas declaraciones, los deportistas, músicos y cineastas rusos seguirían siendo excluidos también en Europa por culpa de su nacionalidad[235].

Para que la opinión pública se adhiera a la causa de guerra, basta con hacer creer que nuestra causa no tiene nada que ver con las otras, puesto que la nuestra es infinitamente moral, mejor dicho, sagrada, lo cual hace que nuestra lucha se convierta en una verdadera cruzada.

9. Nuestra causa tiene un carácter sagrado

Si nuestra causa es sagrada, debemos defenderla con las armas si es necesario.

Pero este carácter sagrado se puede tomar en sentido literal o en un sentido más amplio. Al pie de la letra, querría decir que, si la causa es religiosa, la guerra es una cruzada que no podemos evitar. Efectivamente, el argumento religioso ha sido utilizado con frecuencia en la propaganda de guerra.

Podemos recordar fórmulas lapidarias como “Gott mit uns”, “In God We Trust”, o “God Save the Queen”, que a menudo han acompañado a los combatientes.

San Bernardo decía: “El caballero de Cristo mata consciente y muere tranquilo. Muriendo, se salva; matando, trabaja para Cristo. Sufrir la muerte o darla por Cristo no tiene nada de criminal y merece una inmensa gloria”. Pero el bueno de Lutero no decía otra cosa distinta, tampoco los papas, hasta Benito XV y la Primera Guerra Mundial.

Por su parte, el Corán recomienda: “Haced la guerra contra quienes no creen en Dios. Hacedles la guerra hasta que paguen el tributo con sus propias manos y sean sometidos. Cuando os encontréis con infieles, matadlos hasta hacer una gran matanza, matadlos allí donde quiera que los encontréis, combatidlos hasta que ya no haya más desacuerdos y que solo subsista el culto de Alá”[236].

Después de la Edad Media, San Agustín fijó los criterios según los cuales era moralmente legítimo hacer la guerra (por una “causa justa”, la guerra, decidida por la “autoridad legítima, es el último recurso y proporcional al mal que castiga”), pero todos los Gobiernos cristianos que han desencadenado guerras han asegurado siempre que se ajustaban a esas condiciones.

En la Primera Guerra Mundial, los obispos alemanes apoyaban a

Alemania y los obispos franceses, a Francia. Los sermones del abad Sertillanges en la iglesia de la Madeleine en París eran unas frenéticas incitaciones a la masacre. En Bélgica, el cardenal Mercier, ferviente patriota y en conflicto con el papa Benito XV, que lo consideraba demasiado vehementemente antialemán, escribía que el bravo soldado belga, "que da conscientemente su vida para defender el honor de su patria y vengar la justicia violada, ve coronada su valentía militar por el Cristo de la muerte, cristianamente aceptada y que asegura al soldado la salvación de su alma"[237]. El cardenal Mercier aparecía en numerosos carteles de propaganda a favor de la guerra, porque de ese modo atestiguaba el carácter sagrado de la causa aliada para los católicos de los países aliados, ignorando que, en realidad, los católicos estaban repartidos por igual en los dos bandos. Los aliados incluían a países católicos (Bélgica, Francia, Italia), protestantes (Gran Bretaña) y ortodoxos, lo mismo que el otro bando.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los italianos presentaron a los soldados (negros) estadounidenses como ladrones de iglesias e iconoclastas. Al mismo tiempo, en Estados Unidos, donde la política está impregnada de religión, la causa aliada era presentada como la de Dios y del cristianismo[238]. El presidente americano Franklin D. Roosevelt echaba mano a menudo de este argumento religioso en sus discursos, apelando a Dios y a su protección. "Si el espíritu de Dios no está a nuestro lado y si nosotros no estamos dispuestos a dar todo lo que somos y tenemos para preservar la civilización cristiana, entonces nuestro país corre a su perdición"[239]. El presidente terminó el discurso inaugural de su nuevo mandato en 1941 diciendo: "Como estadounidenses, seguiremos adelante al servicio de nuestro país, por voluntad de Dios"[240].

Muchos otros oradores estadounidenses usaron también el argumento "sagrado" para persuadir a sus oyentes de que había que romper con el aislacionismo. Así, un tal padre Sheeny, de origen irlandés, proclamaba:

Quisiera decir a mis compañeros católicos en Italia: los italianos no encontrarán mejores amigos que los americanos. América ha dejado entrar a los italianos en su corazón. Pensamos que esta alianza con

Hitler es tan mala como una alianza con Stalin. Levantad, hijos de Italia, y seguid las aspiraciones pacíficas del santo padre y de vuestro propio rey. Italia pertenece a la órbita de Cristo. [Y añadía] Mi sangre irlandesa llama a la venganza contra Inglaterra, pero, desgraciadamente, he tenido que llegar a la conclusión de que la causa de Inglaterra es la de la libertad, la de Estados Unidos y la del cristianismo[241].

El coronel Knox, secretario de la marina americana, en un discurso en el que proclamaba la entrada de Estados Unidos en la guerra contra el Eje, declaró: "Podemos asegurar sin lugar a dudas la derrota de esta fuerza pagana [subrayado mío] y garantizaros la victoria de la civilización cristiana"[242]. Lord Lithian, embajador de Gran Bretaña en Estados Unidos, en una carta testamentaria escrita cinco horas antes de su muerte, retomó este argumento con un eslogan lapidario: "El sermón en la montaña es a largo plazo mucho más fuerte que toda la propaganda de Hitler o todos los fusiles y bombas de Goering"[243].

Durante el conflicto entre Rusia y Ucrania, las autoridades religiosas ortodoxas de los dos bandos han apoyado a sus respectivos Gobiernos. Estos ejemplos muestran que la causa puede ser literalmente sagrada, en el sentido de que es Dios quien la apoya y la sostiene.

Pero muy a menudo son otros valores, como la democracia, la "civilización", la libertad o la economía de mercado, los que se elevan al rango de valores sagrados. Ya en el discurso de Roosevelt se alternaban estos dos tipos de valores sagrados. La "fe" de América es la fe de Dios, pero también la fe en sus otros valores. Así, la fe en las cuatro libertades fundamentales (de la palabra, de la religión, de estar libre de la miseria y vivir con seguridad) aparece a menudo en los discursos de Roosevelt[244] y constituye el tema principal de numerosos carteles de la propaganda americana[245].

La democracia se eleva al rango de valor sagrado y por ella deben aceptarse todos los sacrificios:

La llama de la democracia debe seguir ardiendo. Para conservar esta llama, cada uno de nosotros debe aportar todas sus fuerzas. El esfuerzo personal de cada individuo puede parecer mínimo, pero hay 130.000.000 de individuos, y aún más en Gran Bretaña y en otras partes, que defenderán valientemente la gran llama de la democracia y de la aniquilación de la barbarie[246].

En los últimos conflictos ha resurgido este argumento de la mitología maniquea: la santa democracia del mercado lucha contra los "Estados canallas"[247] y las fuerzas del mal. El ministro francés Hubert Védrine se encontró muy solo cuando en junio de 2000 declaró que la democracia no era una religión: "Los países occidentales tienden demasiado a creer que la democracia es una religión y que basta con convertir a la gente"[248]. Pero, siempre que ha sido posible, los beligerantes también han utilizado el argumento religioso para apoyar su causa.

Así, en Yugoslavia, el conflicto entre albaneses y serbios era sentido y presentado por estos últimos como una guerra de carácter religioso. Se trataba de la cristiandad ortodoxa y acosada —una vez más a lo largo de la historia— por el islam. Incluso siendo ateos, los serbios hicieron hincapié en este aspecto de la guerra, situándola entre "la media luna y la cruz", e insistían en la religión ortodoxa como principal elemento constitutivo de su identidad. La religión ortodoxa era presentada como el cimiento de los serbios frente a los ataques de la OTAN. Los paneles publicitarios de Belgrado fueron tapizados en la primavera de 1999, durante los bombardeos, con inmensos carteles realizados por un partido de derechas, asegurando sobre un fondo de eslóganes religiosos ("Cristo ha resucitado", leitmotiv de la Pascua ortodoxa): "Ellos [la OTAN] creen en las bombas, nosotros creemos en Dios". La foto oponía una bomba y un huevo de Pascua pintado a la manera tradicional del este europeo.

En ese mismo sentido, Belgrado publicó en 2000 un libro de fotos que ilustraba las acciones cometidas contra los serbios en Kosovo tras la ocupación de las fuerzas armadas internacionales[249]. En

numerosas fotos de esta obra se ven monasterios e iglesias ortodoxas de Kosovo destruidas por los albaneses[250]. Los serbios esperaban una solidaridad cristiana contra los "iconoclastas" musulmanes pero este mensaje solo fue recibido en los países ortodoxos. Los países católicos y protestantes rechazaron en este caso la dimensión religiosa del conflicto, menos importante, según ellos, que su dimensión política.

El arzobispo de Nueva York[251], el presidente de la Comisión Social de la Iglesia de Francia[252] y la Iglesia reformada declararon sentir profundas dudas o sentirse "profundamente hostiles" a causa de los bombardeos de la OTAN, pero el arzobispo de Praga[253] y el presidente de la Comisión Justicia y Paz del episcopado francés[254] apoyaban por completo las acciones occidentales contra Yugoslavia.

Por otro lado, la gran masa de ortodoxos (rusos, rumanos, griegos, búlgaros…) sintió el conflicto como una nueva batalla contra los "turcos" y como una humillación ver a los occidentales apoyando la media luna frente a la cruz. Los patriarcas rusos organizaron ayuda humanitaria en solidaridad con sus hermanos ortodoxos serbios[255], y los griegos fueron los más reacios de los occidentales a seguir la política de la OTAN.

En los demás países cristianos de la OTAN, este aspecto religioso de la guerra, destacado por los serbios, fue silenciado en la medida de lo posible.

Casi siempre se "olvidaba" mencionar que los albaneses a los que se socorría eran (como también lo eran los chechenos de Grozni) musulmanes[256]. Cuando era inevitable hacer esa precisión, los albaneses de Kosovo eran presentados entonces como practicantes de un islam especialmente discreto, tolerante, moderado y, por así decirlo, "europeo"[257]. Se prefería hablar de otras cosas, como del carácter sagrado de una intervención contra un régimen que rechazaba la democracia de mercado. El argumento de carácter religioso de la guerra a veces resulta más fácil de defender en un bando que en el otro. Y desde luego, solo es invocado cuando sirve a nuestra causa…

La puesta en práctica de este principio siempre ha otorgado a los combatientes el "valor para actuar". No están defendiendo

cualquier causa, sino la santa causa de Dios, lo que les asegura la invulnerabilidad y un lugar en el paraíso para los combatientes caídos en caso de que mueran.

Durante la guerra liderada por Estados Unidos contra Afganistán, los talibanes blandieron su fe a capa y espada, pero el presidente estadounidense Georges W. Bush también utilizó fórmulas con connotaciones religiosas. Se presentaba a sí mismo como un cristiano tocado por la gracia de Dios, como un instrumento del Señor, y a su país como el encargado por la Providencia de remediar los errores espirituales y morales (¡así como políticos y económicos!) de otras naciones.

La idea del eje del mal, retomada durante la segunda guerra de Irak, guarda cierta semejanza con el enfrentamiento apocalíptico contra Babilonia. Restablecer la economía de mercado en Irak y derrocar a Sadam Huseín eran misiones que formaban parte de esa vasta cruzada contra los anticristos (islamistas, comunistas y muchos otros) que querían perturbar la paz de Dios: “God bless America”.

Por otro lado, cabe destacar que en el bando contrario, conforme se aproximaba el enfrentamiento de 2003, Sadam Huseín —antaño paladín del laicismo— empezó a fingir cada vez más una piedad ostentosa, a leer versos del Corán en la televisión y a motivar a los combatientes musulmanes a repeler, en nombre de Alá, a las tropas anglo-estadounidenses de infieles: “Allah Akhbar”.

¡Dios tiene una forma muy imparcial de patrocinar a los beligerantes!

10. Los que ponen en duda la propaganda

de guerra son unos traidores

Lord Ponsonby ya había dicho que cualquier intento de poner en duda los relatos de los servicios de propaganda era considerado inmediatamente como una falta de patriotismo, o aún peor, como una traición.

Es cierto que la Primera Guerra Mundial estuvo llena de ejemplos que apoyaban este principio de la propaganda de guerra. En Francia, el ministro de Finanzas Louis Lucien Klotz, responsable de la censura de prensa al comienzo de la guerra, provocó la indignación del director de Le Figaro por negarse a publicar un reportaje sobre los niños a quienes los alemanes habían cortado las manos. En sus memorias[258] cuenta:

Una tarde me trajeron una muestra de Le Figaro en la que dos reputados eruditos afirmaban y corroboraban con su firma haber visto con sus propios ojos un centenar de niños a quienes los alemanes habían cortado las manos. A pesar del testimonio de estos hombres de ciencia, me quedaban dudas respecto a la exactitud de lo que explicaban y prohibí la publicación. Como el editor del diario mostró una gran indignación, me declaré dispuesto a hacer una investigación, en presencia del embajador de América, sobre este asunto que debía de emocionar al mundo. Les pedí a los dos eruditos que me indicaran el nombre de la localidad en donde se habrían realizado las investigaciones. Insistí en que se me dieran esos datos inmediatamente. Todavía espero su respuesta o su visita.

Por haber contradicho las acusaciones de las atrocidades hechas contra los alemanes o haber dado a entender públicamente que los franceses no habían sido precisamente más blandos que ellos, un

profesor francés —Mayoux— fue despedido y condenado a dos años de prisión[259]. También fue despedido un profesor del instituto francés de El Cairo para la misión laica, porque en una conferencia sobre la guerra "había silenciado la forma atroz en que el enemigo había llevado a cabo las hostilidades"[260].

En Francia, la Sociedad de Estudios Documentales y Críticos sobre la Guerra tenía como fin investigar las responsabilidades que podía tener cada nación en el desencadenamiento del conflicto. Realizaba estudios documentales sobre este tema y tenía una línea muy moderada, a pesar de contar entre sus filas con pacifistas. A pesar de su moderación, la Sociedad, simplemente por plantear algunas cuestiones, era objeto de una continua vigilancia policial y asistían a sus reuniones confidentes de la policía. En 1917, el prefecto de policía solicitó y obtuvo del Ministro del Interior la prohibición definitiva de las actividades de la Sociedad, por lo que se vio obligada a cesar su labor.

Georges Demartial, una de las almas de la Sociedad y a quien he citado con frecuencia a lo largo de este libro, fue llevado ante el Consejo de la Orden de la Legión de Honor tras haber publicado un artículo en el que se negaba a considerar a Alemania como la única responsable de las hostilidades[261].

La situación de quienes habían puesto en duda o contradicho la propaganda de guerra en Gran Bretaña no fue muy distinta. La Union of Democratic Control, que era una de las principales voces de la oposición a la guerra en ese país, tenía controlados el correo, el teléfono y las reuniones por Scotland Yard. Sus mítines eran interrumpidos por provocadores, que arrancaban sus pancartas y golpeaban a oradores y público. Muy pronto no hubo nadie que quisiera alquilarles las salas y se produjo un vacío en torno a Morel, figura destacada de la Union, quien por otro lado no era un pacifista y afirmaba que si se atacaba a Inglaterra, él lucharía. Pero ese no era el caso.

La policía registró la sede de la UDC y el domicilio personal de Morel. Su despacho era vigilado constantemente. Requisaron sus papeles y la prensa lo acusó incluso de estar al servicio del enemigo. El Daily Sketch propuso que "se detuviera al archiconspirador"[262]. El Daily Express se preguntaba sobre quién financiaba su "Sindicato

proalemán”[263] y el Evening Standard lo calificó de “agente de Alemania en este país”[264]. Finalmente, fue encarcelado y condenado a trabajos forzados.

En Estados Unidos, el presidente Theodore Roosevelt escribió en tiempos de la Primera Guerra Mundial: “Cualquiera que exprese directa o indirectamente su simpatía por Alemania en Estados Unidos, debe ser detenido, fusilado, ahorcado o encarcelado para el resto de sus días”[265].

Y así fue. Algunos sospechosos de resistirse a la entrada de Estados Unidos en la guerra fueron o bien encarcelados ¡o bien embadurnados con alquitrán y cubiertos con plumas!

Lo mismo ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial. Los opositores a la participación estadounidense fueron considerados como traidores. Franklin D. Roosevelt acusó a Lindbergh y a sus compañeros de la mayor de las imposturas[266] y también aseguró que los republicanos aislacionistas habían “lanzado la bomba más grave jamás lanzada sobre América”[267].

“Hay, dentro de nuestra comunidad, ciertas fuerzas compuestas por gentes que se llaman a sí mismos americanos pero que quieren destruir América. Su único fin, como ocurre en otros países, es debilitar a la democracia y destruir la fe del hombre libre en su propia causa”[268].

Aquellos que ponen en duda lo bien fundada que está la intervención americana en las guerras europeas no son patriotas: “Ustedes y yo, que hemos servido al país desde la Gran Guerra, debemos enfrentarnos estos últimos años a los esfuerzos incívicos [antipatrióticos] de ciertos compatriotas nuestros por hacernos creer que los sacrificios realizados por nuestro país han sido en vano”[269].

También durante la Guerra Fría los que no participaron activamente en la lucha anticomunista fueron calificados sin más como traidores[270].

Aún hoy, en Irlanda del Norte, Israel, Palestina o Chipre[271], los que proclaman la reconciliación o participan en grupos mixtos son

frecuentemente acusados de traición.

En cualquier guerra, aquel que muestra prudencia, escucha los argumentos de los dos bandos antes de forjarse una opinión o pone en duda la información oficial es inmediatamente considerado como cómplice del enemigo.

La guerra contra Yugoslavia no fue la excepción a la regla. La mayoría de los periodistas asumieron dócilmente las informaciones distribuidas diariamente por el portavoz de la OTAN, Jamie Shea, en sus briefings. Pero hubo algunos periodistas, así como algunos artistas[272] e intelectuales, que se negaron a participar en el entusiasmo general e hicieron reflexiones críticas, "contra la marea de intelectuales bien pensantes acurrucados bajo el ala protectora del Tío Sam"[273].

Por no seguir la línea de la mayoría, fueron inmediatamente acusados de ser antioccidentales, antidemócratas y, resumiendo, de "apoyar a Milosevic".

Los medios de comunicación, comprometidos en su inmensa mayoría con cumplir las órdenes de la OTAN, arremetieron contra ellos, a pesar de que se les concedieron pequeñas plataformas gratuitas como coartada y "prueba" del pluralismo de los medios.

Le Soir y la RTBF belgas, así como la BBC británica, rechazaron las aportaciones de estos molestos opositores.

Esta última cortó las imágenes de la devastación causada por los bombardeos de la OTAN[274] de un vídeo electoral del Partido Socialista Laborista de Arthur Scargill. Sin embargo, el portavoz jefe del Gobierno de Tony Blair, Alastair Campbell, acusó a los medios de comunicación británicos, y a la BBC-TV en particular, de complacencia por mostrar los "errores garrafales" de la OTAN[275].

En Le Monde Daniel Schneidermann escribió dos artículos casi iguales —en abril y junio de 1999— en los que reprochaba a los periodistas franceses no haber sido suficientemente disciplinados. Algunos de ellos habían manifestado una "excesiva prudencia", mostrándose "incrédulos", y tomando "los testimonios de los refugiados con pinzas". Es decir, que habían pecado de "exceso de

desconfianza”[276].

El informe de Jiří Dienstbier sobre Kosovo, transmitido como una información complementaria por el secretario general de la ONU a los Estados miembros, le valió a su autor un torrente de ataques por ser demasiado equilibrado. Sus conclusiones eran estas: “La depuración étnica de los albaneses que se ha producido en primavera, acompañada de muertes, torturas, saqueos e incendios de casas, fue seguida en septiembre por la depuración étnica de serbios, gitanos, bosnios y otras personas no albanesas, y se cometieron las mismas atrocidades”[277].

Este informe provocó el virulento ataque contra Jiří Dienstbier por parte de Ismail Kadaré en Le Monde[278], quien le reprochaba “poner en un mismo plano a víctimas y verdugos”. Dienstbier le respondió en estos términos: “No existen ‘crímenes serbios y albaneses’. Los crímenes son cometidos por criminales muy concretos. A veces tienen nombre serbio; otras, albanés, u otro nombre. Así que yo no sitúo a víctimas y verdugos en un mismo nivel. Pongo en el mismo nivel a los verdugos serbios y albaneses, y me preocupan tanto las víctimas albanesas como las serbias”. Negándose a explicar la segunda serie de crímenes cometidos en presencia de la MINUK, la KFOR y la OSCE por una “venganza comprensible”, explicó que “la principal razón de las expulsiones, muertes, saqueos, destrucción de casas y otras violencias es la actividad organizada por quienes, con las armas en la mano, acaparan los bienes de los expulsados e intentan hacerse con el poder. Los criminales y los mafiosos franquean libremente la frontera abierta”[279].

La mayoría de las personalidades que mostraron algunas reservas respecto a las tesis oficiales de la guerra contra Yugoslavia fueron arrastradas por el lodo. Los intelectuales albaneses de Kosovo, Veton Surroi y Baton Haxhia, fueron tratados como “traidores” por la agencia oficial, favorable a la UCK, solo por haber criticado los crímenes cometidos contra la población no albanesa. El comentario de la agencia oficial los calificaba como “degenerados, bastardos, que apestan la fetidez eslava que no tienen un lugar en el Kosovo libre y pueden ser la diana de eventuales y justificables represalias”[280].

El escritor Peter Handke, que en junio de 1999 dirigió una obra de

teatro para el Burgtheater de Viena proclamando su desprecio por las “hienas humanitarias”, los expertos internacionales y los periodistas al servicio del poder monopolista de producción de la verdad[281], fue acusado inmediatamente de haber abrazado la causa serbia, y precisamente por ese país “al que todo el mundo lo odia”. Su obra, que hablaba de los sufrimientos del pueblo serbio, cuando los medios solo se hacían eco de los de los kosovares, fue abucheada. El diario vienés Kurier, al igual que el Frankfurter Allgemeine Zeitung, se encarnizaron contra el autor “enfurecido”, sus posturas “agresivas y parciales” y su texto, que no era más que “una sarta de tonterías”[282].

En Francia ocurrió lo mismo. Los que se atrevieron a cuestionar si era necesario bombardear a la población civil yugoslava fueron tratados como “rojipardos” y cómplices de Milosevic. El semanario L’Évènement publicó el 29 de abril de 1999 el nombre y la foto de todos aquellos que, según el titular, eran “Los cómplices de Milosevic”[283]. De forma esporádica podemos encontrar a algunos intelectuales y escritores franceses críticos o escépticos frente a la política de la OTAN (Pierre Bourdieu, Max Gallo, Serge Halimi…), ¡aunque también al cantante Renaud, al abad Pierre y a monseñor Gaillot! L’Évènement denunció, además, a sus órganos de prensa (Le Monde diplomatique, L’Humanité, Politis) y a instituciones (MRAP, CGT, PCF, Mouvement de la Paix) ¡por haber “elegido enarbolar la gran bandera serbia”!

Le Monde también vilipendió a los contrarios a la guerra de la OTAN. Por ejemplo, cuando se hizo pública la petición “Los europeos quieren la paz” del colectivo “No a la Guerra”, con 100.000 nombres en ella, pidiendo el cese inmediato de los ataques aéreos de la OTAN y la apertura de “negociaciones reales […] en torno a un plan de paz sostenible”, Le Monde (1 de abril de 1999) no tituló su noticia tomando los nombres prestigiosos que apoyaban la petición (el abad Pierre, Gilles Perrault, Max Gallo, Alexandr Zinóviev, Peter Handke, Jean-François Kahn), sino con la siguiente frase: “La incómoda llamada a la paz de la ‘nueva derecha’”[284].

Y es que el diario parisino revelaba que, entre los 100.000 firmantes, “había sobre todo una quincena de representantes y simpatizantes del movimiento bautizado como Nueva Derecha,

sugiriendo que se trataba de una alianza 'rojiparda', de una conexión entre la extrema derecha y el movimiento comunista, o mejor, anarquista".

Pero en Francia fue Régis Debray quien fue objeto de la más violenta campaña de difamación. Recordemos que el escritor había tenido la audacia de, en plena guerra contra Yugoslavia, "ir a ver qué pasaba en el otro lado". Y que había llegado a la conclusión, según publicó en dos artículos en Le Monde[285] y en Marianne[286], de que los peores abusos cometidos en Kosovo habían acaecido bajo el diluvio de las bombas y que se trataba de "represalias" ejecutadas por elementos "incontrolados" con la probable complicidad de la policía local. Pero según Régis Debray, definir por ello y a priori al pueblo serbio como colectivamente criminal no era digno de un demócrata. La última conclusión de las impresiones kosovares de Régis Debray, publicadas en Marianne, tenía una palabra imperativa: "Dudad".

Desde el día siguiente a la aparición de su artículo en Le Monde (lo que prueba el enfrentamiento del diario con los que se le oponían), Régis Debray sufrió un acoso aterrador. Bernard-Henri Lévy le dijo: "Adiós, Régis Debray", lo que equivalía a una excomunión. Y como no estaba "en la línea", la maquinaria mediática se puso en marcha, acusándolo de revisionismo y de negacionismo. Patrick Canivez, maestro de conferencias en la Universidad Charles de Gaulle-Lille III, lo acusó de cinismo e ingenuidad, de haber "puesto en duda los relatos de violaciones, expulsiones, asesinatos", de haber "negado el crimen", de haber transmitido el mensaje que los serbios querían transmitir, de haber intervenido en un tema sobre el que estaba claro que no tenía suficiente información y de haber jugado un importante papel para los serbios, quienes lo habrían acogido y protegido[287]. Pierre Bayard y Jean-Louis Fournel, profesores de la Universidad de París VIII, acusaron a Debray de tener mala fe, de negar las atrocidades, de revisionismo a través de la "hipercrítica". Si se le hiciera caso, "no tardaremos en acoger con la mayor de las sospechas los relatos de las mujeres y los hombres expulsados y heridos en sus carnes[288]. Alain Joxe, director de estudios en la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales, escribió en Le Monde: "Régis Debray ha escogido su bando: el bando de Milosevic"[289]. Pierre Georges reprochó a Debray ser un "falso

periodista”[290]. Y Daniel Schneidermann lo acusó de “abofetear a distancia a los refugiados”[291]. El pelotón de ejecución al completo podía fusilar al “traidor”.

Cuando el Gobierno de Estados Unidos decidió bombardear Afganistán en 2001, también los detractores, incluso aquellos que dudaban, fueron rápidamente víctimas de este ostracismo. Así, cuando la ciudad universitaria de Berkeley, en California, se pronunció en el consejo municipal de octubre de 2001 en contra de los bombardeos —con la propuesta de Dora Spring—, no tardaron en surgir las amenazas de muerte, de violación o de boicot contra la propia ciudad, provenientes tanto de empresas, como de particulares o de organizaciones[292]. Barbara Lee, mujer, demócrata, negra y californiana, además de ser el único miembro del Congreso estadounidense que no votó a favor de permitir al presidente la invasión de Afganistán, también tuvo que afrontar, fruto de su voto, amenazas de muerte constantes.

Del mismo modo, en Australia, el boxeador Anthony Mundine pagó cara su oposición a la guerra contra Afganistán. Este campeón aborigen participaba en el programa de televisión Ray Martin Show, del Canal 9, una cadena australiana que pertenecía a Rupert Murdoch. Allí declaró que la guerra contra Afganistán no era la solución al terrorismo y que no sería sorprendente que Estados Unidos recibiera una respuesta violenta a sus agresiones constantes por todo el planeta, aunque la emisión se vio interrumpida por “motivos técnicos”. Mundine fue tachado en los medios de comunicación australianos de simpatizante de Bin Laden y los talibanes, y el presidente de la Federación Internacional de Boxeo, Joe Dwyer, declaró que los comentarios de Mundine habían “acabado con su carrera”. Unos días más tarde, el Consejo Mundial de Boxeo anunció su expulsión definitiva del ranking internacional[293].

Durante la segunda guerra contra Irak, la prensa del continente europeo se mostró muy cautelosa, al igual que muchos de sus Gobiernos, pero Estados Unidos aplicó con creces este último principio de la guerra.

No faltaron las burlas, las ironías, las alusiones a la vida personal y las amenazas para descalificar a quienes vacilaran o fueran

culpables de resistirse a la política belicosa del momento.

En febrero de 2003, el actor Sean Penn fue ridiculizado públicamente por su viaje a Irak y su posicionamiento hostil frente las amenazas de G. W. Bush en Irak a manos del periodista estrella de la Fox News, Bill O'Reilly. Al mismo tiempo, el Washington Post anunció en portada que uno de los inspectores enviados a Irak —que rehusó ser un mero peón en los preparativos de la guerra— regentaba un club sadomasoquista, algo que, en cualquier caso, no tenía mucho que ver con la integridad de su misión allí.

Los "disidentes" europeos fueron señalados por la prensa estadounidense como traidores, y el Wall Street Journal calificó al presidente Jacques Chirac de "rata" y "despreciable fiscal de Sadam"[294], mientras que David Kelly, que siempre había antepuesto las exigencias de la verdad a las de la política, fue descrito por el ministro británico de Medio Ambiente, Bren Bradshaw, como un "soplón" (16 de julio de 2003).

Los "traidores" estadounidenses que se oponían a la guerra debían comprar los espacios publicitarios de la prensa para poder explicarse, como el senador Robert Byrd[295] o el doctor Matthias Rath[296]. El delegado demócrata del Congreso, James Moran, tras sus críticas contra los preparativos para la guerra en Irak, fue acusado de minar la moral de las tropas americanas y de ataques insidiosos contra el patriotismo[297]. Por esos mismos motivos, el 16 de febrero de 2003 dos artistas neoyorquinos fueron arrestados, ¡acusados de pegar fotos de habitantes de Bagdad en los muros la ciudad![298].

Ni siquiera el papa quedó exento, pues se mantuvo fiel a una línea diplomática de neutralidad en cuanto al conflicto entre Rusia y Ucrania. Después de haber declarado "que la guerra entre Rusia y Ucrania no era un enfrentamiento entre 'buenos' y 'malos'", el pontífice tuvo que defenderse con vehemencia de estar a favor de Putin[299].

La misma suerte corrió Jean-Luc Mélenchon cuando, en agosto de 2022, el líder de La France Insoumise calificó como "provocación" la visita sorpresa a Taiwán de Nancy Pelosi, presidenta de la Cámara de los Representantes estadounidense.

“Para los franceses desde 1965 y el General de Gaulle, solo hay una China”, según la línea adoptada por la diplomacia francesa. “Me he limitado a repetir la doctrina constante de nuestro país (Francia, recuérdese) desde 1965 con respecto a China”, escribió Mélenchon, subrayando que “esto se rige también por los acuerdos internacionales aceptados por nuestro país y los miembros de la ONU”, y que “China y Estados Unidos se comprometen a respetar mutuamente su soberanía y su unidad territorial[300]”.

Sus palabras cayeron en saco roto, Mélenchon fue tachado de prochino, amigo de dictaduras…

En Bélgica, fue Nabil Boukili, miembro del Partido Laborista belga, quien resultó víctima de este principio. Aunque condenó la intervención militar rusa y se preocupó de precisar que no simpatizaba con el chovinismo de Putin, sus críticas a la responsabilidad de Estados Unidos y la OTAN en el conflicto le valieron este comentario del primer ministro belga, Alexandre de Croo: “Parece que, en la actualidad, Putin tiene aliados en este Parlamento. En un momento como este, me parece especialmente inapropiado. Los ciudadanos ucranianos corren hoy un peligro mortal porque han querido vivir en un país libre y democrático […]. La OTAN nunca ha sido una amenaza para Rusia”[301].

Se ha demostrado así que, durante un conflicto, nadie tiene derecho a preguntar en voz alta por qué hay una guerra ni a pronunciar la palabra “paz” sin “traicionarla”. Los medios de comunicación dependen tan extrañamente de las autoridades políticas que les resulta imposible garantizar un auténtico pluralismo en un momento delicado.

Por supuesto, las constituciones europeas no dicen que la libertad de opinión se deba eliminar en tiempo de guerra, pero en la realidad es así. Está muy extendida la opinión de que, en tiempos de guerra, la gente debe abstenerse de cualquier oposición a su Gobierno. La Unión Sagrada está a la orden del día.

Sin embargo, debería ser en tiempos de guerra —momentos en los cuales los errores de los Gobiernos pueden costar más caros— cuando más debería garantizarse la libertad de opinión. Ese sería el modo de impedir que los Gobiernos causaran mayores perjuicios.

Para evitar ser vistos como traidores, ¿deberíamos abstenernos de toda oposición? ¿No puedes estar a favor de tu país si está bien, pero en contra si está mal? ¿No nos obligan la justicia y la verdad a defender a nuestros enemigos si los acusamos de delitos que no han cometido? A riesgo de ser acusados de alta traición…

De lord Ponsonby a Jamie Shea

Es posible que algunos lectores piensen que los principios de la propaganda de guerra que hemos descrito se utilizaron efectivamente en el pasado, pero que ya no se utilizan hoy en día y que, sin duda, no se aplicarían en un conflicto futuro. Hacerlo sería suponer que somos más inteligentes que nuestros antepasados e ignorar el carácter universal de estos principios. Aunque parezca imposible, oiremos sin duda la misma vieja historia de "agresión", del bien contra el mal y del líder adversario demoníaco. La tinta de los eruditos se utilizará para derramar la sangre de los mártires. Y seguiremos avanzando.

Para concluir, la descripción de los principios de la propaganda de guerra plantea una serie de cuestiones fundamentales:

¿Somos tan crédulos hoy como lo fueron ayer nuestros predecesores?

¿La aplicación de estos principios es un acto consciente?

¿Importa acaso la verdad?

¿No entraña ciertos riesgos la duda sistemática?

Mi respuesta a la primera pregunta es "sí, pero".

"Sí", hoy nos creemos tantas mentiras como ayer nuestros predecesores. La mentira sobre los bebés kuwaitíes arrancados de sus incubadoras por soldados iraquíes no es diferente de la mentira sobre los bebés belgas con las manos cortadas. Se ganó nuestra simpatía y el público en general se la tragó con la misma voracidad. Con más voracidad, quizá, porque la comunicación se ha convertido

en un arte consumado. Puesto que el consentimiento de la población es necesario para lanzar y proseguir una guerra, los métodos de persuasión utilizados para crear ese consentimiento se han depurado. Contrariamente a lo que afirman algunos, los medios de comunicación no son en absoluto contradictorios en tiempos de guerra[302]. Incluso en una "democracia", existe un monopolio de facto sobre la producción y difusión de información e imágenes que no deja lugar a contradicciones ni a posibles contradiscursos.

La creación de un estado de hipnosis compartida, donde nos encontramos en el lado virtuoso del bien ultrajado, corresponde sin duda a una necesidad patológica. Nos gusta fingir (ante nosotros mismos y ante los demás) que participamos en una operación caballeresca, en nombre del bien, contra el mal. Nos convencemos de que estamos siendo honestos y nos complace crear una ideología que nos justifique.

La actual tecnología de "las apariencias" nos lleva mucho más allá en este sueño colectivo de lo que nos podría llevar Goebbels. Un humorista decía: "Hoy en día la gente no se traga ninguna tontería a no ser que la hayan pasado por televisión"[303].

Y si algunas personas son medianamente conscientes del abuso que los medios de comunicación hacen de su credulidad, entienden que han sido engañadas, ¡pero no quieren admitirlo!

"Pero…"

Sin embargo, la credulidad ya no es lo que era. El escepticismo también está muy presente en el mundo que nos rodea, ya sea en relación con las autoridades religiosas, militares o políticas. Algún día podría llegar a enfrentarse con la credulidad de los medios de comunicación. Es de esperar que de las mentiras de ayer surja un espíritu más crítico. Ahí reside nuestra esperanza, la esperanza de quienes intentan educar al público en el lenguaje de los medios de comunicación y el sentido del enfoque adoptado en este libro.

A la pregunta de si la aplicación de los principios de Ponsonby a los conflictos actuales es razonada o fruto de la casualidad, no tengo apenas respuesta. Fue Bérénice, mi hija de 12 años, quien me hizo esta pregunta tan ingenua a la vez que pertinente mientras yo

preparaba este libro. ¿Se imaginaba a los falsificadores en plena faena, tecleando en sus ordenadores "noticias" directamente inspiradas en los diez principios de Ponsonby que habían colgado delante de ellos, o lamentando no haber sido capaces de aplicarlos a sus mentiras del día? Esta idea tan descriptiva implicaría asumir la existencia de un complot a gran escala que yo no comparto, pero la profesionalización de las comunicaciones a día de hoy es tal que no podemos descartar que, por ejemplo, el portavoz de la OTAN no se plantease recurrir a dichos principios durante la guerra aérea contra Yugoslavia.

En efecto, Jamie Shea no es ningún ignorante. Este especialista en propaganda tiene un posgrado en el Lincoln College de la Universidad de Oxford gracias a su trabajo de fin de estudios precisamente sobre los intelectuales franceses y la Primera Guerra Mundial[304]. Conoce perfectamente los términos en los que se mueve y los filtros mediáticos que operarán para seleccionar a periodistas que sean más eficaces a la hora de transmitir el mensaje deseado.

Además, los diez principios elementales de la propaganda de guerra no se aplican en todos los conflictos de manera simétrica.

En lo que respecta a las guerras más recientes contra Afganistán o Irak, si bien podemos afirmar que todos estos principios clásicos se han aplicado a la propaganda, sí que es cierto que unos han aparecido por casualidad mientras que otros han sido deliberadamente el núcleo de las noticias.

De esta forma, en el caso del ataque de la primavera de 2003 contra Irak, se fraguó con antelación entre la opinión pública que nuestros enemigos, tal como dicta el sexto principio, estaban utilizando armas ilícitas. En el caso concreto de Irak, no se los acusó de haber utilizado armas de destrucción masiva, sino que la mera sospecha de que las poseyeran ya fue pretexto suficiente para justificar la guerra. Los demás principios se utilizarían como meros complementos del que ya era el principal —y falso— pretexto para la guerra.

Ya son tantas las veces en la historia en las que la "información" que había movilizado a los belicistas fue desmentida posteriormente sin crear revuelo, que uno se pregunta si la verdad tiene aquí

alguna importancia.

La desconfianza no conduce necesariamente a la verdad. Hay muchas verdades “incognoscibles”, bien sea por la naturaleza de los hechos o por los medios de investigación a nuestro alcance. Sin embargo, que no conozcamos la verdad absoluta no significa que algo deje de existir. ¿Hubo 200.000 o 20.000 muertos en Bosnia? En la masacre de Sétif de 1945, ¿la armada francesa acabó con 1.500 o con 45.000 víctimas argelinas? Que el número de víctimas serbias estimado en Kosovo oscile entre 2.500 y 500.000 no quiere decir, por supuesto, que la cantidad de muertos no sea un hecho real y objetivo. Sin embargo, curiosamente, los que proponían el número de víctimas cuando no se podía saber nada de ellas y cuando se temía que fueran cientos de miles han decidido, cuando por fin disponemos de datos serios para evaluarlas, que las cifras carecen, en conjunto, de sentido y de interés.

También sería especialmente ingenuo creer que podemos hallar la verdad tan solo comparando las dos versiones de los hechos. In medio stat virtus (la virtud está en el justo medio) no es un adagio aplicable a la verdad histórica.

Por supuesto, puede darse el caso de que se haya mentido a uno de los dos bandos y que uno de los dos haya sido agredido a pesar de no querer recurrir a la guerra, pero tratar de juzgar a uno como agresor y a otro como agredido es un asunto bastante delicado.

¿Realmente cambia esto las cosas? Las mentiras, por muy virtuosas que sean, siguen siendo mentiras y por supuesto que afectan al conocimiento de la verdad. Y si se piensa que nada de esto tiene importancia, hay que preguntarse por qué se inventaron estas falacias para crear el consenso necesario para iniciar y continuar la guerra si en realidad no tenían ninguna importancia.

La cuarta pregunta (¿no entraña ciertos riesgos la duda sistemática?) nos remite de nuevo a los riesgos del relativismo. Si todos dicen lo mismo y utilizan los mismos argumentos, ¿acaso no tendríamos que meter a todos en el mismo saco?

Hemos comprendido claramente que la gran mayoría de los comunicadores mienten, pero, no obstante, nosotros esperamos que

nuestro caso sea distinto. Nosotros, que somos los demócratas, los altruistas (al contrario de los que dicen ser altruistas sin serlo), los defensores de los derechos humanos, nosotros —excepcionalmente — somos diferentes y no mentimos, al menos no esta vez.

Nosotros nunca mentiríamos, solo haríamos la guerra por una buena razón…

En realidad, si esos bastardos utilizan el lenguaje que los valientes quieren oír para persuadirlos, puede que sea porque estos argumentos altruistas corresponden a principios morales universales. Incluso las empresas más despreciables se revisten así de nobles motivaciones de idealismo moral que el público espera, convenciéndose de los méritos de esas empresas.

Pero hay sentencias idénticas ("volamos para socorrer a una población perseguida") que pueden ocultar realidades de lo más diferentes. Evidentemente, no es lo mismo utilizar persecuciones reales para nuestros propios fines que inventarlas para utilizarlas como autojustificación. La instrumentalización de las masacres no tiene nada que ver con el hecho de que estén teniendo lugar, pero no es sencillo dilucidar la verdad que hay detrás de las palabras que hablan de ellas.

Respecto a los peligros de una hipercrítica, podemos decir que la prudencia excesiva puede conducir a la paralización de toda acción cuando puede que dicha acción sea de una urgencia vital. Joël Kotek dice que, de esta manera, los anglo-estadounidenses fueron demasiado escépticos durante la Segunda Guerra Mundial a la hora de informar sobre los crímenes nazis en los campos por culpa de la propaganda británica repleta de mentiras acerca de los crímenes alemanes en 1914-1918[305].

Pero, en general, nos parece estupendo que haya escépticos en las filas de nuestros enemigos, pero no en las nuestras. Por lo tanto, la hipercrítica —aunque pueda conducirnos a despropósitos como el negacionismo— tiene poco impacto en la conciencia, y el escepticismo excesivo me parece que tiene menos consecuencias trágicas que la credulidad ciega. La duda sistemática me sigue pareciendo el mejor antídoto contra el veneno de la persuasión casera que nos destilan a diario los medios de comunicación, ya sea

en guerras internacionales, conflictos ideológicos o conflictos sociales.

En este último caso, tratarán de persuadirnos, con todos los medios especificados en la descripción del tercer principio de Ponsonby ("el líder opositor tiene cara de diablo"), de que los dirigentes sindicales, si están a la cabeza de un movimiento de ruptura con el sindicalismo de empresa, son el peor de los monstruos sanguinarios. Los medios de comunicación los calificarán de provocadores, cabecillas, manipuladores, demagogos, aventureros, gurús, mafiosos, criminales, conspiradores, terroristas… Y les aplicarán los calificativos nada envidiables de "patanes, estrechos de miras, déspotas, violentos, tiranos, irresponsables…"[306].

De nosotros depende dudar. Ya sea en una guerra fría, caliente o tibia…

Epílogo

Tiempos convulsos para la propaganda

Este librito es una joya. Un antídoto a la lógica de rebaño. Una respuesta a la voz que, ahora mismo, en el momento de escribir estas líneas, nos dirige disciplinadamente por la cañada que conduce al abismo de una guerra mayor. Ese es un escenario bien conocido de la historia europea.

En los últimos 500 años, Europa saltó de una guerra a otra, especialmente en los dos siglos que van de 1615 al fin de las guerras napoleónicas en 1815. En ese periodo las naciones europeas estuvieron en guerra una media de 60 o 70 años por siglo. Luego hubo un poco más de paz hasta 1914, si olvidamos la guerra de Crimea o la franco-prusiana, pero en ese espacio de tiempo Europa continuó culminando la exportación de guerra y genocidio hacia fuera de sus fronteras con el holocausto colonial-imperial que fue la conquista del mundo no europeo. Además, en ese periodo de relativa paz interna Europa "inventó" la industrialización y con ella industrializó la guerra, lo que la convirtió en algo mucho más destructivo. Dos guerras mundiales de inusitada mortandad e incubadas en y por Europa, fueron el resultado.

En la historia mundial, Europa ha sido el continente más guerrero y ahora está volviendo a las andadas.

Todo lo que Anne Morelli expone en estas páginas lo vivimos diariamente a propósito de la guerra de Ucrania y la gran masacre de civiles de Palestina. La propia actualidad confirma lo que esta autora nos explica en su decálogo. Por eso su publicación no puede ser más oportuna. Particularmente en un momento en el que la propaganda que rodea ambas violencias está sufriendo serios cortocircuitos.

Las ambigüedades "antibelicistas" del presidente Donald Trump sobre Ucrania y su deseo de llegar a un acuerdo con Putin, con el poco realista propósito de alejar a Rusia de China, tambalea el relato que redujo desde el principio la infame invasión rusa de su vecino a una fechoría "no provocada" —el énfasis sobre ese aspecto

era reiterado—, violadora del derecho internacional y animada por un líder malvado deseoso de reconstruir un imperio. Cualquier intento de situar el conflicto en un contexto serio, es decir, en términos de intereses elitarios y geopolíticos contrapuestos, ha sido rechazado durante años como "propaganda rusa". La afirmación de Trump de que la guerra podría haberse evitado, sugiere que sus responsabilidades son compartidas, lo que rompe la versión oficial. Su efecto sobre los súbditos de la OTAN recuerda al desconcierto y la desorientación que la perestroika, la reforma soviética de Mijaíl Gorbachov, sembró en su día en las filas del Pacto de Varsovia, el bloque militar soviético de la Guerra Fría. Con todas las diferencias que se quiera mencionar entre el propósito pacifista y humanista de aquel gran hombre hijo de un humilde mujik de la Rusia meridional, y el disparatado narcisismo del actual presidente de Estados Unidos, un millonario reaccionario enriquecido en los negocios mafiosos del inmobiliario neoyorkino, es la común crisis del principio de obediencia debida lo que distorsiona la lógica de sumisión de los vasallos hacia su señor, los llena de congoja y siembra el desconcierto. ¿Qué será de la OTAN si su gran jefe reniega de ella? ¿Cómo dar marcha atrás sin reconocer sus propias responsabilidades en la génesis de la guerra ni perder la cara?

Perder Ucrania supone una derrota estratégica mayor para Estados Unidos y las potencias centrales europeas. El asunto es demasiado grave para ser consentido. Por eso ceder es inconcebible y es imperativo profundizar la guerra, advierten al nuevo presidente los estrategas del neoconservadurismo americano dominante desde el fin de la Guerra Fría.

En Palestina todo ha sido aún más burdo y dramático. La comparación entre la indignación occidental ante la invasión rusa de Ucrania, motivo de sanciones y ayudas de guerra directa contra Rusia sin precedentes, con la cómplice cooperación con Israel ha mostrado la desnudez moral de Occidente y la falacia de sus lecciones sobre "derechos humanos" y derecho internacional. La investigación de la Corte Penal Internacional a Israel por "plausible genocidio" incide en lo mismo: ha desmontado la propaganda del "derecho de Israel a defenderse". Ni la cómplice manipulación de los grandes medios de comunicación occidentales ni las acusaciones de "antisemitismo" dirigidas contra la ONU, sus castigadas agencias

y su mismo secretario general, o contra cualquiera que proteste, ni la criminalización de la solidaridad con Palestina en Alemania, Francia e Inglaterra pueden remediarlo: la evidencia de la quiebra moral de Occidente se ha hecho patente ante el mundo entero.

El capitalismo global y el imperialismo oligárquico conducen a la humanidad hacia el suicidio a través del caos climático y la guerra. La acción mediática intenta impedir que la gente reaccione ante la evidencia del peligro. Que esa propaganda de guerra esté hoy enfrentada a tantas contradicciones abre colosales oportunidades a su cuestionamiento.

El derecho a una información libre e independiente, fuente del criterio ciudadano, es básico y fundamental. Es imperativo legislar contra su asumida corrupción por el capital. Que un puñado de magnates controle el grueso de los medios de comunicación y que las redes sociales transmitan su ideología al conjunto de la población en condiciones de práctico monopolio es algo tan evidentemente abusivo, obsoleto e injusto como lo fue en el pasado excluir del voto a las mujeres o a los no propietarios, o que el estrato superior de la sociedad disfrutase por nacimiento del privilegio de no pagar impuestos, como ocurría en el antiguo régimen. Poner coto a esta manifiesta irregularidad, legislando en consecuencia, regulando las incompatibilidades entre intereses privados y el derecho a una información independiente, y desarrollando medios de comunicación y redes sociales bajo control ciudadano, debería formar parte de los programas de cualquier proyecto de reforma social.

Las turbulencias y contradicciones que la propaganda de guerra atraviesa en estos convulsos tiempos ofrecen oportunidades que es necesario aprovechar. Crear y potenciar medios y redes sociales públicos e independientes es un imperativo del momento actual. Este librito lleva implícita una invitación a ello.

Como ha dicho el centenario sociólogo francés Edgar Morin, en una observación universal que vale tanto para Bruselas y Washington como para Moscú y Pekín: “No todo está perdido allí donde subsisten fuerzas pluralistas, en el Estado, fuera del Estado, contra el Estado, donde los poderes todavía son compartidos, donde todavía hay desórdenes y libertades”.

Rafael Poch-De-Feliu

Enero de 2025

NOTAS

1 . El libro tiene dos versiones. La primera, de más de 727 páginas (Témoins. Essai d'analyse et de critique des sonvenirs des combattants edites en français de 1915 à 1928, París, 1929), desencadenó reacciones muy virulentas (positivas o negativas) cuando apareció. A esta le siguió una edición "de bolsillo" que apareció en 1930, publicada por Gallimard, titulada Du témoignage. La obra de Norton Cru fue objeto de un coloquio en el Museo del Ejército de Bruselas a finales de 1999.

2 . Editado por Allen and Unwin, Londres, 1928. La obra se ha traducido al francés con el título Les faussaires à l'oeuvre en temps de guerre. Como principalmente denunciaba a los falsos aliados de los que el autor tenía conocimiento, no era un libro que pudiera desagradar a los alemanes. La traducción francesa apareció en Bruselas en 1941, lo que durante mucho tiempo le confirió a la obra una injusta reputación de obra colaboracionista. Edición en español, Falsedad en tiempos de guerra. Mentiras propagandísticas de la Primera Guerra Mundial, con traducción de Yolanda Morató, Athenaica Ediciones, Sevilla, 2023.

3 . Morel, por ejemplo, fue detenido y pasó seis meses condenado a trabajos forzados.

4 . Georges Demartial, La guerre de 1914. Comment on mobilisa les consciences, Éditions des Cahiers internationaux (UDC), Roma, París y Ginebra, 1922.

5 . En la edición francesa, Les faussaires à l'oeuvre en temps de guerre, 1941, op cit., pp. 159 y ss.

6 . Ibidem, pp. 168 y ss.

7 . Ibidem, pp. 159 y ss.

8 . Ibidem, pp. 178 y ss.

9 . Sobre Arthur Ponsonby, puede ser útil consultar Harold Josephson, Biographical Dictionary of Modern Peace Leaders, Greenwood Press, Londres, 1985, pp. 760 y ss.

10 . Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 96.

11 . Ibidem, p. 306.

12 . Véanse las actualizaciones del mes de diciembre 1941.

13 . America chooses! In the words of President Roosevelt [June 1940 - June 1941], presentado por Gordon Beckles (seudónimo), Harrap, Londres, 1941, p. 23.

14 . Le Livre Jaune Français. Documents diplomatiques 1938-1939, obras relativas a los acontecimientos y a las negociaciones que

precedieron al inicio de las hostilidades entre Alemania por un lado y Polonia, Gran Bretaña y Francia por otro, publicado por el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, Imprimerie Nationale, París, 1939.

15 . Ibidem, p. l.

16 . Ibidem, p. 8.

17 . Ibidem, p. 129.

18 . Carta de Robert Coulondre, embajador de Francia en Berlín, a Georges Bonnet, ministro francés de Asuntos Exteriores, 23 de noviembre de 1938, en Le Livre Jaune Français, op. cit., p. 38. Es obvio a todas luces que Hitler, en aquel momento, intentaba tranquilizar a Francia para tener las manos libres en Europa central.

19 . Correo del embajador de Alemania en París al ministro francés de Asuntos Exteriores Georges Bonnet, 15 de marzo de 1939, en Le Livre Jaune Français, op. cit., p. 89.

20 . Carta del encargado de Asuntos Exteriores de Francia en Berlín al ministro francés de Asuntos Exteriores, 6 de abril de 1939, en Le Livre Jaune Français, op. cit., p. 126.

21 . Carta del encargado de Asuntos Exteriores de Francia en Berlín, de Saint Hardouin, a Georges Bonnet, en Le Livre Jaune Français, 10 de agosto de 1939, p. 264.

22 . Ibidem, pp. 332 a 334.

23 . Ibidem, p. 354.

24 . Ibidem, pp. 373-375.

25 . Ibidem, p. 270, conversación del 15 de agosto de 1939.

26 . Cámara de Diputados francesa, sesión del sábado 2 de septiembre de 1939, Journal Officiel, 3 de septiembre de 1939.

27 . Efectivamente, él había hecho todo lo posible para aplazar la guerra, sobre todo porque la poca preparación francesa desde el punto de vista militar era enorme, en Le Livre Jaune Français, op. cit., p. 416.

28 . Le Figaro, 30 de enero de 2020.

29 . Mensaje del jefe del Estado y discurso del jefe del Gobierno francés el 4 de agosto de 1914.

30 . Sobre esto, véase Georges Demartial, L'Evangile du Quai d'Orsay, André Delpeuch, París, 1926.

31 . Citado por Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 85.

32 . Este cura antifascista italiano, fundador del Partido Popular Italiano, recién acabada la Primera Guerra Mundial escribió una obra sobre la comunidad internacional y el derecho de guerra. La edición inglesa es de 1929; la francesa, de 1931; la italiana (La comunità internationale e il diritto di guerra, Zanichelli, Bolonia), de 1954.

33 . Ibidem, pp. XXI y XXIX, de la introducción a la edición italiana.

34 . Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 38.

35 . Ibidem, p. 39.

36 . Véase Pierre Monniot, Les Etats-Unis et la neutralité de 1939 à 1941, Pedone, París, 1946, pp. 6 y 7. El presidente Wilson había sido elegido por su aislacionismo, pero los torpedeos del Lusitania y después del Arabic le dieron el pretexto para entrar en el conflicto, algo que se auguraba como muy rentable para la economía y las empresas de su país.

37 . Encontraremos el texto del Tratado de Versalles firmado el 28 de junio de 1919 en Louis le Fur y Georges Chklaver, Recueil de textes de droit international public, Librairie Dalloz, París, 1934, pp. 297 y ss.

38 . Citado por Arthur Ponsonby, 1941, op. cit., p. 55.

39 . Ibidem.

40 . Artículo 1 del pacto de 1924.

41 . Artículo 2.

42 . Para el texto de los Acuerdos de Locarno, firmados el 16 de octubre de 1925, véase Louis le Fur y Georges Chklaver, 1934, op, cit. En las páginas 879-880 encontraremos también el tratado entre Francia y Polonia. En el artículo 1 se comprometen a prestarse ayuda y asistencia en caso de que haya que recurrir a las armas. El artículo 4 (p. 880) prevé que este tratado permanecerá en vigor en las mismas condiciones que los Acuerdos de Locarno firmados ese mismo día.

43 . Journal Officiel, 3 de septiembre de 1939.

44 . Le Livre Jaune Français, op. cit., p. 416.

45 . La división de los checos y eslovacos en la década de 1990, presentada como una fatalidad, podría presentarse por parte de los alemanes como una victoria “final” de esta tesis.

46 . Volveremos sobre ello en el capítulo 4 al hablar de la actitud checoslovaca respecto a sus minorías.

47 . Texto transmitido a París por el embajador de Francia en Londres el 30 de agosto de 1939, Le Livre Jaune Français, op. cit., p. 355.

48 . Le Livre Jaune Français, op. cit., p. 389.

49 . Ibidem, pp. 373-375.

50 . Pierre Monniot, 1946, op. cit., p. 25.

51 . Declaración de Von Ribbentrop a Monseñor Tiso, jefe del Gobierno eslovaco, el 5 de abril de 1939, Le Livre Jaune Français, op. cit., p. 126.

52 . Véase, por ejemplo, Le Livre Jaune Français, op. cit., pp. 146 y 150.

53 . Pierre Monniot, 1946, op. cit.

54 . Discurso de Hitler reproducido en Pierre Monniot, 1946, op. cit., p. 355.

55 . Ibidem, p. 356.

56 . La Libre Belgique, 1 de noviembre de 2010. El artículo informa

sobre la publicación de un libro del historiador Marc Ferro, en el que podemos leer una sentencia cargada de significado: “Hablar de sorpresa cuando nos referimos a Pearl Harbor es una pantomima”.

57 . Véase, por ejemplo, Gérard Challan y Jean-Pierre Rageau, Atlas stratégique-géopolitique des rapports de fortes dans le monde, Complexe, París, 1988, pp. 12 y 44.

58 . Artículo de Pierre Lellouche titulado “Au danger nucléaire succéde la menace bactériologique et chimique, le fléau du XXIème siècle. Enquête en Russie. Les savants fous de la guerre biologique”, Paris-Match, 20 de julio de 2000, pp. 103 a 107.

59 . Seminario de ciencias políticas en la ULB el 30 de noviembre de 1999, “Questions politiques et administratives belges”.

60 . El artículo 35 de la Constitución francesa, por ejemplo, es claro al respecto: “El Parlamento autoriza la declaración de guerra”.

61 . Los términos “el mundo” y “la comunidad internacional” tendrían evidentemente que ser analizados…

62 . Citado por Michel Collon, Monopoly. La OTAN a la conquista del mundo, Hiru Argitaletxea, Hondarribia, 2000.

63 . 6-7 de agosto de 2000.

64 . A 15 días antes de la guerra, un informe oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, dirigido por el verde Joshca Fischer, aseguraba: “No hay persecución étnica contra los albaneses en tanto que grupo. Solo enfrentamientos entre dos ejércitos”.

65 . Le Soir, 2 agosto de 2000, artículo de Jean-Paul Collette, “Hace diez años, Irak violaba a Kuwait y a la ley”.

66 . Para aquellos que habían leído las proposiciones de Rambouillet (aunque no fueron reveladas al público más que una vez desencadenada la guerra) era evidente que esas proposiciones eran inaceptables para Yugoslavia, sobre todo porque preveían la ocupación militar del país por las fuerzas de la OTAN.

67 . Nº del 7 mayo de 1999.

68 . Entrevista reproducida por La Libre Belgique, 4 de abril de 2003.

69 . Mensaje a los iraquíes en la antigua televisión estatal, reproducido por Le Figaro el 11 de abril de 2003.

70 . Le Soir, 1 de octubre de 2001.

71 . El director general del Organismo Internacional de Energía Atómica llegó a la conclusión de que los documentos eran falsos en marzo de 2003, La Libre Belgique, 11 de marzo de 2003.

72 . Le Soir, 27 de marzo de 2003.

73 . Nicolás Maquiavelo, Istorie fiorentine, libro settimo, capítulo XVI.

74 . Término peyorativo para nombrar a alemanes y japoneses respectivamente durante la Segunda Guerra Mundial.

75 . En el Memorial Príncipe Carlos en Raversijde se puede ver una foto tomada en 1913 por la reina Isabel en la que se ve al emperador François-Ferdinand, en amigable compañía con el rey Alberto en las dunas belgas.

76 . Yves Guyot, en el serio Journal des économistes, polemizando con el profesor alemán Brentano, cuenta que el príncipe heredero ¡rompió una vitrina y robó joyas en un castillo! (citado por Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 136).

77 . Es el tema de una foto trucada en la que la borrosidad del cigarrillo que tiene en la mano da la impresión de que va a dar una bofetada al káiser.

78 . Citado por Arthur Ponsonby.

79 . Estos ejemplos sobre el cambio de opinión británica respecto al káiser se han extraído del libro de Arthur Ponsonby. El paquebote

americano Lusitania fue hundido por los alemanes, ocasionando un gran número de víctimas entre sus pasajeros. Los aliados aseguraron que se trataba de un simple barco civil, pero enseguida se supo que el navío estaba registrado como crucero auxiliar de guerra y que transportaba, al tiempo que a sus pasajeros, 4.700 cajas de municiones. Para los alemanes, no se trataba pues en ningún caso de un acto de piratería, sino que los aliados habían utilizado a los pasajeros civiles como “escudo humano”.

80 . Para el texto del Tratado de Versalles, véase Louis le Fur y Georges Chklaver, 1934, op. cit., pp. 297 y ss.

81 . 22 de noviembre de 1921.

82 . 14 de febrero de 1991.

83 . 9 de abril de 1999.

84 . Del 2 al 8 de abril de 1999.

85 . Acuerdos firmados en París el 14 de diciembre de 1995 con Tudjman e Izetbegovic.

86 . Algunos nos sorprenderán, porque, contrariamente a lo que afirma Occidente, estos discursos y escritos proclaman generalmente la superación de los conflictos interétnicos y elogian a Yugoslavia en tanto que comunidad plurinacional.

87 . Sus padres debían tener, de hecho, otras preocupaciones en su primera infancia, puesto que su madre, resistente comunista, fue torturada y después ejecutada por los pronazis.

88 . Le Monde, 27 de marzo de 1999: “Kosovo: en caso de fracaso…”. Pierre Hassner es director de investigaciones en el Centro de Estudios de Investigaciones Internacionales (CERI).

89 . Libération, 17 de julio de 2000.

90 . Libération, 26 de abril de 2000.

91 . Artículo de Vincent Hugeux, “La terreur Mugabe”, Le Vif-Express, 4 de mayo de 2000.

92 . Este es el título de un artículo de USA Today, del 2 de octubre de 2002.

93 . He podido comentar esta secuencia en la televisión francesa en el programa Arrêt sur image.

94 . La foto se encuentra disponible en el National Security Archive.

95 . Le Monde, 14 de enero de 2002.

96 . Para la cadena Al-Arabiya, en Le Figaro, 28-29 de junio de 2003.

97 . Sobre la demonización, véase un artículo de Le Figaro (3 de abril de 2003) titulado “Los herederos del mal”, que acusa a Oudaï de haber matado a palos al hombre que había presentado a Sadam Huseín a la mujer que se convertiría en su amante “para vengar el honor de su madre”. La foto que lo ilustra, difundida por todas partes en el momento de su muerte, lo muestra —no por casualidad — fumando un puro.

98 . La Voix du Nord, 4 de abril de 2022.

99 . Le Figaro, 17 de marzo de 2022, con motivo del libro de Patrick Weil, Le président est-il devenu fou?, Grasset, 2022.

100 . Incluso si, a veces, como en el caso de la guerra de la OTAN contra Yugoslavia, pasó por alto esta “formalidad” prevista por la Constitución, como ocurrió en Francia.

101 . Los aliados pidieron prestados a Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial 11 millardos de dólares y, muy lógicamente, Estados Unidos les notificó tras la guerra que tenían que devolverlos. Curiosamente, las reparaciones exigidas por los aliados a Alemania se elevaban… ¡a la misma cantidad!

102 . Discurso del 5 de septiembre de 1919, citado por Arthur Ponsonby, 1941, op. cit., p. 55.

103 . Citado por Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 96.

104 . Émile Zola, Sidoine et Médéric, Flammarion, París, (s. f.), pp. 56-58.

105 . Se trata de los artículos 7 (párrafos 1, 3 y 4) y 8 (párrafo 2). Por el artículo 1 los países firmantes (también Checoslovaquia) se comprometían a que ninguna ley nacional o reglamento contraviniera estas garantías. Para el texto del Tratado de Saint-Germain, tratado de paz firmado con Austria el 10 de septiembre de 1919, véase Louis le Fur y Georges Chklaver, 1934, op. cit., pp. 537 y ss. También pueden leerse en el Tratado de Versalles (artículos 81 al 86), las páginas 345 a la 348, dedicadas a Checoslovaquia, donde se prohibía de manera tajante que los alemanes que vivían en Checoslovaquia conservaran su nacionalidad alemana, bajo la pena de ser expulsados del país.

106 . Sobre todo, por las leyes del 20 de febrero de 1920 y del 23 de marzo de 1923 sobre el empleo de lenguas en la Administración, los tribunales y el comercio.

107 . A pesar de la promesa de Edouard Benes de que todas las funciones sean igualmente accesibles para todos.

108 . Véase, por ejemplo, un informe del embajador de Francia en Berlín con fecha del 17 y 18 de agosto de 1939 (Le Livre Jaune Français, op. cit., pp. 280, 283 y 284).

109 . Ibidem, p. 280.

110 . Le Livre Jaune Français, op. cit., p. 313. El 23 de agosto Hitler había expresado los mismos propósitos ante el embajador de Gran Bretaña.

111 . Ibidem, p. 301. También en esta ocasión se produce el habitual baile de cifras, el embajador de Francia habla de 741.000 alemanes en Polonia (ibidem, pp. 348-349).

112 . Ibidem, pp. 334-335.

113 . En el caso de Danzig, por ejemplo, solo se mencionó muy de pasada la importancia crucial del puerto para las exportaciones de cereales de Polonia.

114 . Sobre los intereses económicos en juego (y silenciados por la propaganda) en la Segunda Guerra Mundial, encontraremos algunos ejemplos en Jacques Pauwels, Le mythe de la bonne guerre, Aden, Bruselas, 2005.

115 . Véase Pierre Monniot, 1946, op. cit., pp. 116-121.

116 . Mensaje escrito al Congreso con fecha de agosto de 1940, pero hecho público el 3 de septiembre, sobre la “transferencia” a Gran Bretaña de 50 destructores (antitorpedos) americanos “over-age”. Véase America Chooses!, op. cit., pp. 28-29.

117 . Sobre el “préstamo-arrendamiento”, véase Edward Reilly Stettinius, El préstamo-arrendamiento, arma de la victoria: origen y desarrollo de la ley de préstamo-alquiler, Ediciones Trasatlánticas, Nueva York, 1944.

118 . Véase el documental de Barbara Trent, titulado Juste cause, galardonado en 1992 con un Academy Award. La invasión, de una especial brutalidad, causó al menos 2.000 muertos.

119 . Si, por el contrario, los traficantes de heroína son nuestros aliados políticos, como fue el caso de los grupos de la UÇK albanesa, se les perdona fácilmente este ligero defecto, (véase el artículo de Erich Incyan titulado “Las redes albanesas de la heroína, la propaganda de Belgrado contra la UÇK y la realidad”, Le Monde, 4 y 5 de abril de 1999).

120 . Esta vez serbios y gitanos. Según Jiri Diensbier, más de 300.000 de ellos habrían sido expulsados brutalmente de la provincia tras la guerra.

121 . Su economía era ampliamente mixta y abierta a lo privado desde hacía mucho tiempo.

122 . Washington Post, 13 de abril de 1999, citado por Michel Collon, 2000, op. cit.

123 . Declaración citada por Serge Halimi, L’opinion, ca se travaille: Les médias et les “guerres justes”, Agone Éditeur, Marsella, 2000, p.

68.

124 . Véase Le Monde, 20 de julio de 1999, “L’usine d’automobiles Zastava intéresse Daewoo”.

125 . Contradictions, nº 105, 2004.

126 . Le Soir, 25 de febrero de 2002.

127 . Alternatives Economiques, “La guerre en Ukraine, une bonne affaire pour le gaz américain”, 21 de junio de 2022.

128 . En Le monde comme il va. Vision de Babouc, en Oeuvres complètes de Voltaire, tomo VIII, París, 1876, p. 317.

129 . Véase John Horne, “Las manos cortadas: ‘Atrocidades alemanas’ y opinión francesa en 1914”, en Guerres et cultures, 1914-1918, J. J. Becker et al. (eds.), Armand Colin, París, 1994, pp. 133-146. En la misma obra colectiva, véase el artículo de Alan Kramer “Las atrocidades alemanas: mitología popular, propaganda y manipulaciones en el ejército alemán”.

130 . Ibidem, pp. 134-136.

131 . Tragedy of Lord Kitchener (c. 1920), citado por Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 58.

132 . Suzanne Tassier, Bélgica y la entrada en guerra de Estados Unidos 1914-1917, La Renaissance du Livre, Bruselas, 1951.

133 . Con el fin de llenar de víveres un barco de harina y leche condensada, en un cartel de propaganda aparece la imagen de los niños belgas esperando su llegada. Pero también se utiliza a una niñita llevada por un soldado con casco puntiagudo en un cartel… ¡para el cuarto préstamo americano!

134 . Francesco Saverio Nitti, Scritti politici, vol. VI. Rivelazioni, Bari, Roma, 1963.

135 . Véase, por ejemplo, el Journal, del 10 de diciembre de 1914, que reúne en un mismo relato casi todas estas historias. El soldado alemán se aleja bebiendo la leche del biberón del bebé que acaba de degollar, acompañado por los estallidos de risa de sus camaradas.

136 . Arthur Ponsonby, 1941, op. cit., pp. l21-122.

137 . Relatado por Arthur Ponsonby, 1941, op. cit.

138 . Relatado por Arthur Ponsonby, 1941, op. cit.

139 . Georges Demartial cita una recopilación de testimonios publicada en 1915 por el Ministerio de Asuntos Exteriores austríaco, una obra del mayor Stupnagel, un libro negro publicado

por la Asociación Richard Wagner para la Alemania del Norte.

140 . Figura en facsímil en la obra de Robert Boucard, Les secrets du GQG (Grand Quartier General), Éditions de France, París, 1936, p. 172.

141 . La señora Weber, cuyo caso es relatado en Le Matin del 15 de octubre de 1914.

142 . La Vagne, 18 de noviembre de 1920.

143 . Georges Demartial, 1922, op. cit., pp. 258-259.

144 . Se cree que allí murieron más de 20.000 mujeres y niños, con tasas de mortalidad superiores al 50%.

145 . El informe de los médicos forenses concluyó que todos los cadáveres habían sido alcanzados por balas disparadas a distancia y que las pretendidas “mutilaciones” eran en realidad mordeduras de perros errantes infligidas antes de su inhumación.

146 . Véase las declaraciones en agosto de 2000 de Paul Risley, portavoz del Tribunal Penal Internacional de La Haya, donde se indica una cifra definitiva de víctimas de entre 2.000 y 3.000 (The Guardian, 18 de agosto de 2000; Le Monde, 19 de agosto de 2000).

147 . Respecto a este tema, véase los informes de la OSCE. Diana

Johnstone, que fue encargada de prensa del grupo de los Verdes en el Parlamento Europeo entre 1990 y 1996, realizó un estudio profundo de estos informes que fue publicado en Balkans-Infos, nº 42, de marzo de 2000. También es muy útil el testimonio del único periodista occidental presente en Kosovo, Paul Watson, corresponsal canadiense de Los Angeles Times (International Herald Tribune, de 23 junio de 1999, vuelto a publicar por Le Monde el 26 de junio de 1999). Concluyó que la guerra aérea de la OTAN enconó la guerra civil y generó "represalias contra el objetivo más cercano y más desprotegido: los kosovares de origen albanés que la OTAN había venido a salvar).

148 . Nouvel Observateur, 1 de julio de 1999, citado por Scrge Halimi, 2000, op. cit., pp. 21-22.

149 . El relato de Nancy Durham apareció en el número de octubre de 1999 del mensual Brill's Content.

150 . Ibidem, p. 56.

151 . Véase Serge Halimi, 2000, op. cit., p. 72.

152 . France Inter, 16 de abril de 1999, citado por Serge Halimi, 2000, op. cit., p. 75.

153 . Entre muchos otros, recuerdo sobre todo a la enfermera amputada tras un bombardeo en su hospital de Nic y al niño serbio que vio como un misil de la OTAN mataba a su padre, a su tío, a su abuelo y a su perro ante sus ojos.

154 . Véase Serge Halimi, 2000, op. cit., p. 87.

155 . Jiri Dienstbier, informador de las Naciones Unidas para los derechos humanos en Kosovo, fue ministro checo de Asuntos Exteriores con Vaclav Havel. Su informe concluyó que la ocupación de Kosovo por la OTAN no había resuelto los problemas humanos existentes, sino que los había multiplicado.

156 . Nº del 21 de mayo de 1999.

157 . Nato crimes in Yugoslavia-Documentary Evidence, vol I, mayo de 1999 (sobre los acontecimientos del 24 de marzo al 24 de abril), vol. II, julio de 1999 (sobre los acontecimientos del 25 de abril al 10 de junio).

158 . Days of Terror in Presence of the International Forces.

159 . Le Soir, 30 de agosto de 2000.

160 . Cuando se produjo el bombardeo del hospital de Belgrado en mayo de 1999, llamé a la RTBF para decirles que esa misma mañana estaba en el lugar y que podía suministrarles imágenes inéditas: las rechazaron. Se conformaban con difundir las imágenes y comentarios suministrados por la CNN, cuyo locutor, Walter Rodgers, contaba cosas que entraban en total contradicción con la realidad que nosotros habíamos visto ante nuestros ojos.

161 . J. Robert Lilly, La face cachée des GI'S, Payot, Paris, 2003.

162 . La Libre Belgique, 11 de marzo de 2003, habla de los 5.000 soldados occidentales desplegados en la capital afgana.

163 . Sin embargo, la palabra tiene tanta connotación a día de hoy que La Libre Belgique la utiliza entre comillas (2 de abril de 2003).

164 . La Libre Belgique, 2 de abril de 2003.

165 . Ibidem, 2 de mayo de 2003.

166 . 19 de junio de 2003.

167 . Le Monde, 6 de agosto de 2022.

168 . Tratado del 6 de febrero del 1922 relativo al empleo de submarinos y de gases asfixiantes en tiempo de guerra, cuyo texto se reproduce en Louis Le Fur y Georges Chklaver, 1934, op. cit., pp. 711 y ss.

169 . Véase Le Livre Jaune Français, op. cit., pp. 414-415.

170 . Ibidem, p. 373.

171 . America Chooses!, op. cit., pp. 129-132.

172 . Con los bombardeos de la pequeña ciudad de Guernica.

173 . Sobre estas cuestiones, hubo puntualizaciones en el coloquio mantenido en Mons en 1995, titulado “Hiroshima sans amour”. Los textos fueron publicados en el nº 252 (noviembre-diciembre de 1995, pp. 301-374) de la revista Socialisme.

174 . La hipótesis es actualmente poco verosímil para China y Corea del Norte.

175 . Paris-Match, 20 de julio de 2000, pp. 103-107: “Al peligro nuclear sucede la amenaza bacteriológica y química, la calamidad del siglo XXI. Investigación en Rusia. Los sabios locos de la guerra biológica”.

176 . La organización Human Rights Watch, al acabar una investigación llevada in situ, evaluaba, a principios de 2000, que las víctimas de los bombardeos aliados sobre Yugoslavia habían sido 500 y cuestionaba el uso de bombas de fragmentación, concluyendo que la Alianza Atlántica había contravenido el derecho internacional sobre el uso de armas que agravan inútilmente el sufrimiento de la población (Jacques Isnard, Le Monde, 10 de febrero de 2000).

177 . Carta dirigida a la ONU por George Robertson, secretario general de la Alianza Atlántica y reproducida en Le Monde el 24 de

marzo de 2000.

178 . Hubo dos documentos particularmente sospechosos, entre ellos una carta del presidente nigerino que se refería a sus poderes según la Constitución de 1965 a pesar de haber perdido su validez hacía cuatro años. Además, la firma del jefe de Estado había sido claramente falsificada. El otro era una carta fechada en octubre de 2000, relativa al uranio, firmada por el ministro de Asuntos Exteriores Alle Elhadj Habibou, quien no ejercía ese cargo desde… 1989. Llevaba también el membrete del Consejo Militar Supremo, disuelto en 1999.

179 . ABC y la FOX anunciaron, el 20 de marzo de 2003, el descubrimiento de armas de destrucción masiva que negaba el régimen iraquí. Fox lanzó el titular de “Una importante planta química descubierta en Irak”.

180 . Se trataba de una minibomba atómica, que podría llegar a destruir el centro de una ciudad grande. La acusación se reprodujo en Le Vif-Express, el 20 de septiembre de 2003.

181 . Véase el artículo de Alain Larcan, antiguo presidente de la Academia Nacional de Medicina de Francia, al respecto: “El arsenal olvidado de los americanos”, Le Figaro, 5 y 6 de julio de 2003.

182 . Véase Le Monde, 4 de julio de 2002, y Le Vif-Express, 24 de mayo de 2002.

183 . Los anuncios de estos “kits” aparecieron regularmente en la Fox News y en la CNN en marzo de 2003. También hay ejemplos de

estos anuncios en The New York Times del 12 de marzo de 2003.

184 . La Libre Belgique, 19, 20 y 21 de abril de 2003.

185 . Carta publicada el miércoles 2 de julio de 2003 en The Guardian.

186 . Del latín divertere, ‘desviar’.

187 . La Dépêche, 23 de septiembre de 2022.

188 . Citado por Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 300.

189 . Texto de Maurice Barrès, con fecha del 8 septiembre de 1914, es decir, ocho días después de la batalla, citado por Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 139.

190 . Cifra confirmada por Newsweek, 7 de mayo de 2000.

191 . Los detalles fueron publicados en un artículo aparecido en la revista especializada Flight International, que se reprodujo en Le Monde los días 17 y 18 de septiembre de 2000.

192 . Las cifras se dieron a conocer por el general Dragoljub Ojdanic, jefe del Estado Mayor del Ejército de la República Federal

de Yugoslavia el 15 de junio de 1999 y fueron publicadas en febrero de 2000 por Balkans-Infos, nº 41, p. 4.

193 . Para Afganistán, anunciado en la televisión belga en RTBF el 25 de octubre de 2001.

194 . Le Soir corrigió la información el 27 de marzo de 2003, en un artículo de Baudouin Loos titulado “¿Ha verificado usted la información?”.

195 . Le Monde, 18 de agosto de 2022.

196 . Véanse sus artículos en L’Illustration, sobre todo, los del 24 de diciembre de 1915 y el 3 de noviembre de 1917, citados por Georges Demartial, 1922, op. cit., pp. 161-162.

197 . Véase el Collier de Bellone, reunido por Gustave Dupin y citado por Georges Demartial, 1922, op. cit.

198 . Citado por John Horne, 1994, op. cit., p. 134.

199 . Citado por Arthur Ponsonby, 1941, op. cit.

200 . “Su brazo izquierdo era obstinadamente deforme / era emperador, pero seguía sin conseguir levantar la espada con las dos manos ante sí” (Émile Verhaeren, Les ailes rouges de la guerre, París, Mercure de France, 1916, p. 84.

201 . Ibidem, pp. 195-201.

202 . La Belgique sanglante.

203 . Citado por Arthur Ponsonby, 1941, op. cit.

204 . Véase Anne Morelli, La guerre de 1914-1918 et l'art religieux en Belgique, Boudin, Hugh Robert, Braekman y Emile M., Bruselas, 1984, pp. 101-120.

205 . John Horne, 1994, op. cit., p. 135.

206 . Citado por Georges Demartial, 1922, op. cit., pp. 137-138.

207 . Christophe Prochasson, Les intellectuels, le socialisme et la guerre (1900-1938), Seuil, París, 1933, p. 114.

208 . Ibidem.

209 . Ibidem, pp. 115-117 y Martha Hanna, The Mobilization of Intellect French Scholars and Writers during the Great War, Harvard University Press, Cambridge, 1996. Esta autora analiza, además, las grietas de esta aparente unanimidad, especialmente en la polémica sobre Kant, defendido por la izquierda y aborrecido por la derecha.

210 . Publicado por Hachette en 1915.

211 . La lista completa de los firmantes figura en Christophe Prochasson, 1933, op. cit., pp. 294-295.

212 . Prólogo a la obra de Christophe Prochasson, 1933, op. cit., p. 9.

213 . Véanse las citas en Georges Demartial, 1922, op. cit., pp. 11, 85, 159 y 239.

214 . Clérambaut, histoire d'une conscience libre pendant la guerre, Albin Michel, París, 1920, p. 87.

215 . Ibidem, pp. 87-88.

216 . Algunos serán acusados en el momento de la liberación como colaboradores.

217 . Por ejemplo, su discurso en el Congreso del 8 de diciembre de 1941.

218 . Véase el cartel "Los americanos lucharán siempre por la libertad" (reproducido en Jacques Pauwels, 2005, op. cit., p. 113), una verdadera composición pictórica que presenta como volando en

auxilio de la misma causa a los combatientes de la guerra de Independencia de 1778 y a los de 1943.

219 . Véase “Nosotros luchamos por…”, reproducido en Jacques Pauwels, 2005, op. cit., p. 114.

220 . Para la presentación y el análisis de estos documentos, véase, sobre todo, la obra Guerres et propaganda, ou comment armer les esprits, Crédit Communal, Bruselas, 1983.

221 . Debidas a Victor Hubinon y a Jean-Michel Charlier.

222 . “Ciel de Corée y avions sans pilotes”.

223 . Por Le Rallic.

224 . Este cómic, aparecido en el año 2000, no es obra del difunto Edgard P. Jacobs, sino de sus “continuadores” (Yves Sente y André Julliard). En Avancées de julio-agosto de 2000, pp. 38-39, encontramos un análisis de la ideología de este álbum.

225 . Sobre la propaganda anticomunista, consultamos sobre todo a Pascal Delwit y José Gotovitch (eds.), La peur du rouge, Éditions de l’Université de Bruxelles, 1996.

226 . Bernard-Henry Lévy, Daniel Schneidermann, Patrice Canivez (maestro de conferencias en la Universidad de Lille III), Alain Joxe

(jefe de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales), Pierre Bayard y Jean-Louis Fournel (profesores de la Universidad de París VIII), entre muchos otros.

227 . Otro mapa, publicado en el mismo número (p. 76 de la edición inglesa), se supone que representa los emplazamientos de las fosas creadas por los serbios en Kosovo. No corresponde a ningún inventario oficial. En el mismo número vemos fotos de serbios con aspecto patibulario (pp. 78-79), refugiados, muertos, ruinas… y tímidas jovencitas albanesas de Kosovo llevando flores a los soldados de la OTAN.

228 . Véase Le Vif-Express del 7 de julio de 2000.

229 . Citado por Georges Demartial, 1922, op. cit., pp. 137-138.

230 . En Bélgica, por ejemplo, Le Soir de los días 16, 17 y 25 de febrero de 2002, donde Guy Haarscher apoyaba el punto de vista de los firmantes.

231 . The New York Times, 11 de marzo de 2003, acompañado de “advertencia”.

232 . Ibidem, 9 de marzo de 2003.

233 . Ibidem, 2 de marzo de 2003.

234 . Ibidem, 9 de marzo de 2003.

235. RTBF, 7 de marzo de 2022.

236 . Sura 9, versículo 29.

237 . “Patriotismo y resistencia”, carta pastoral de Navidad de 1914, Bloud et Gay, París.

238 . Como se sabe, la religión está muy presente en la vida pública americana. Régis Debray decía (¡malignamente!) que una cabeza es americana cuando ha reemplazado la política por el Evangelio, Le Monde, 1 de abril de 1999.

239 . “If the spirit of God is not within us, and we are not prepared to give all we have and are to preserve Christian civilization, then our band will be headed for destruction”, citado en America chooses!, op. cit., p. 33 (traducción de la autora).

240 . “As Americans, we go forward in the service of our country by the will of God”, 20 de enero de 1941, citado en America chooses!, op. cit., p. 79 (traducción de la autora).

241 . Ibidem, pp. 86-87 (traducción de la autora).

242 . Ibidem, p. 140, discurso del 1 de julio de 1941 (traducción de la autora).

243 . Ibidem, p. 64. Se trataba de un discurso que debía ser pronunciado algunas horas después en Baltimore.

244 . Ibidem, p. 72 (discurso del 6 de enero de 1941 sobre el estado de la Unión) y p. 124 (discurso del 27 de mayo de 1941).

245 . Véanse dos ejemplos en Jacques Pauwels, 2005, op. cit., pp. 113-114.

246 . Citado en America chooses!, p. 95, discurso de Franklin D. Roosevelt el 17 de marzo de 1941 (traducción de la autora).

247 . Por ejemplo, el término es empleado contra Rusia, en Paris-Match el 27 de julio de 2000, por André Glucksmann, p. 77.

248 . Le Monde, 29 de junio de 2000, retomando su discurso del 27 de junio de 2000 (véase el Bulletin officiel du ministère de l'Europe et des Affaires étrangères del 27 de junio de 2000).

249 . Days of terror: in presence of the international forces, publicado por el Center for Peace and Tolerance, Belgrado, 2000.

250 . Parece probado que varias decenas de iglesias serbias ortodoxas fueron destruidas desde junio de 1999.

251 . John J. O'Connor.

252 . Monseñor Olivier de Berranger.

253 . El cardenal Miloslav Vlk.

254 . Monseñor Jacques Delaporte, arzobispo de Cambrai. Sobre estas diferentes posiciones, véase Xavier Ternisien, "Les Églises face à la 'guerre juste'", Le Monde, 27 de mayo de 1999.

255 . Véase Le Monde, 8 de abril de 1999, artículo de François Bonnet.

256 . André Glucksmann en su artículo de apoyo a los chechenos (Paris-Match, 27 de julio de 2000, p. 82) ha "olvidado" precisar ese "detalle" a sus lectores.

257 . Véase, por ejemplo, Xavier Ternisien, "L'Islam européen des Albanais", Le Monde, 15 de abril de 1999, p. 16.

258 . De la guerre à la paix, Payot, París, 1924.

259 . Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 269.

260 . Progrès civique, 24 de septiembre de 1921, citado por

Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 271.

261 . Christophe Prochasson, 1933, op. cit., pp. 162-167 y 212.

262 . 1 de diciembre de 1915, véase Adam Hochschild, Les fantômes du roi Léopold. Un holocauste oublié, pp. 338-339 y 399.

263 . Ibidem, 4 de abril de 1915.

264 . Ibidem, 7 de julio de 1917.

265 . Citado por Georges Demartial, 1922, op. cit., p. 298; según Le Matin, 6 de abril de 1918 retomando el Kansas City Star.

266 . America Chooses!, op. cit., pp. 51-52, discurso del 25 de abril de 1941.

267 . Ibidem, pp. 40-41 y 24, octubre de 1940.

268 . Ibidem, p. 49, discurso del 4 de noviembre de 1940 en Cleveland, Ohio (traducción de la autora).

269 . Ibidem, p. 51, discurso sobre la tumba del soldado desconocido en el cementerio de Arlington, el 11 de noviembre de 1940 (traducción de la autora).

270 . Véase Pascal Delwit y José Gotovitch (eds.), 1996, op. cit.

271 . 400 griegos y turcos de la isla se sacaron sangre para encontrar un donante potencial de médula espinal que pudiera salvar a dos niños con leucemia. La iniciativa, llevada a cabo por grupos “mixtos”, no fue bien vista por las autoridades, ya fueran griegas o turcas. La prensa acusó a los participantes de estos grupos intercomunitarios de traición, Le Vif L’Express, 14 de abril de 2000.

272 . Como Renaud, Georges Moustaki o el cantante de origen flamenco Arno, que rechazaron participar en la emisión del programa Por Kosovo, recordando que la máxima suma que se podía recolectar en esa velada no alcanzaría nunca ni siquiera el coste de dos o tres bombas lanzadas en ese mismo día por la OTAN.

273 . Las palabras son de Georges Moustaki, en su artículo titulado “A Daniel Cohn-Bendit”, Le Monde, 3 de junio de 1999.

274 . Michelle Collon, 2000, op. cit., p. 48.

275 . Le Monde, 13 de julio de 2000.

276 . Le Monde, “Télévisions & Radio”, 11 y 12 de abril de 1999 y 28 de junio de 1999.

277 . Citado por Serge Halimi, 2000, op. cit., p. 58.

278 . 14 de diciembre de 1999.

279 . 26 de enero de 2000.

280 . Citado por Serge Halimi, op. cit., 2000, p. 60.

281 . La obra se titulaba El viaje en la canoa, o el guion para la película sobre la guerra.

282 . Le Monde, 11 de junio de 1999 y 13-14 de junio de 1999.

283 . Del 29 de abril al 5 de mayo de 1999.

284 . Le Monde, 1 de abril de 1999, artículo de Ariane Chemin y Christiane Chombeau.

285 . Ibidem, 13 de mayo de 1999.

286 . Marianne, del 17 al 23 de mayo de 1999.

287 . Le Monde, 16 y 17 de mayo de 1999.

288 . Ibidem.

289 . Ibidem, 14 de mayo de 1999.

290 . Ibidem, 18 de mayo de 1999.

291 . Le Monde, “Télévisions & Radio”, 16 y 17 de mayo de 1999.

292 . Véase spring@ci.berkeley.co.us.

293 . La polémica de Anthony Mundine se pudo seguir desde el mes de octubre de 2001 en los periódicos australianos, pero más concretamente en el Sydney Telegraph (artículos de Piers Akerman) y el Sydney Morning Herald (artículo de Miranda Devine).

294 . Artículo de Christopher Hitchens, citado por Gary Younge, The Guardian, 11 de febrero de 2003.

295 . The New York Times, 9 de marzo de 2003, p. 25.

296 . Ibidem, p. 19, publicado en versiones traducidas y otras en varios periódicos europeos (véase Le Soir, 24 de marzo de 2003).

297 . The New York Times, 12 de marzo de 2003.

298 . Émile Clark y Lytle Shaw combinaron las fotografías tomadas por Paul Chan. Su detención fue parte de una serie de procesos intimidatorios que pretendían impresionar a los protestantes.

299 . La Croix, 14 de junio de 2022.

300 . Palabras de Jean-Luc Mélenchon sobre Taiwán: “La polémica resumida en cuatro actos”, 6 de agosto de 2022, www.francestvinfo.fr.

301 . Alexander de Croo increpa al Partido del Trabajo de Bélgica: “Es repugnante pensar que Putin tienen aliados en este Parlamento”, www.7sur7.be.

302 . Leí, de la pluma Laurence van Ypersele (UCL), en la revista Louvain, nº 107, en abril de 2000, que “son los regímenes totalitarios los que se especializan en la falsificación de la historia por medio de imágenes […]. La ventaja de las democracias es que nunca han llegado a tener el monopolio completo de la producción y difusión de imágenes […]. Esta producción […] provino de varios centros, a veces contradictorios, lo que dejó espacio a posibles contradiscursos. Estas propuestas son, al menos en mi opinión, falsas en tiempos de guerra”.

303 . O más bien lo hizo decir, ya que fue Greg quien puso estas palabras en boca de su héroe Aquiles Talón.

304 . Jamie Shea, French Intellectuals and the Great War,

1914-1920, considera que cualquier oposición o crítica a la Primera Guerra Mundial es un pacifismo sentimental.

305 . Joël Kotek es el autor de Le siècle des camps: détention, concentration, extermination, cent ans de mal radical, Éditions Jean-Claude Lattès, París, 2000.

306 . Véase el análisis que Geoffrey Geuens, de la Universidad de Lieja, dedicó a la construcción de estas imágenes: “Del arquetipo académico al estereotipo político. Figuras mediáticas del dirigente obrero”, Quaderni, nº 40, invierno de 1999-2000.

COLECCIÓN PRIMERO DE MAYO

TÍTULOS PUBLICADOS

14D, historia y memoria de la huelga general

José Babiano y Javier Tébar

20 razones para que no te roben la historia de España

Bruno Estrada

Crítica del hipercapitalismo digital

Albino Prada

Un futuro sin sindicatos

Unai Sordo

Conciencia de clase I. Historias de las comisiones obreras

VV AA

Emigrar después de la crisis

Ana Fernández Asperilla y Susana Alba

Repensar la economía desde la democracia

VV AA

Conciencia de clase II. Historias de las comisiones obreras

VV AA

Lucha de clases en tiempos de cambio

Joan Gimeno i Igual

¿Para qué sirve un sindicato?

Antonio Baylos

Sindicalistas. Mujeres en las Comisiones Obreras

VV AA

Vidas low cost. Ser joven entre dos crisis

VV AA

Proceso 1001. El franquismo contra Comisiones Obreras

José Antonio Pérez y Mayka Muñoz

El precio de la libertad. Recuerdos de un antifranquista

Julián Ariza

Aún queda trabajo por hacer

Luc Cortebeeck

La amnistía laboral en España durante la transición

Mayka Muñoz y José Babiano

1001. La lucha que alumbró la democracia

VV AA

Mitos y cuentos de la extrema derecha

Steven Forti (ed.)

Las metamorfosis del trabajo y de la relación salarial

Carlos Prieto

El antifranquismo en la universidad

Jordi Sancho Galán

Negociación colectiva. Un instrumento esencial para el bienestar laboral y un reparto justo de la riqueza generada

Ramón Rueda López y Jaime Aja Valle (coords.)